Chris Offutt

LA LEY DE LOS CERROS

Traducción de Javier Lucini

Tras veinte años como agente de la División de Investigación Criminal del ejército, Mick Hardin se retira y planea instalarse en Córcega. Antes, viaja a su Kentucky natal después de una ausencia de dos años para pasar unos días con su hermana Linda, la sheriff del condado. Una vez allí, Linda lo pone al día del caso que está investigando: el asesinato del mejor mecánico de coches de carreras locales, presuntamente involucrado en peleas ilegales de gallos. Cuando Linda es herida de gravedad en un tiroteo, Mick es nombrado ayudante del sheriff y hará lo que sea necesario para dar con el pistolero.

«La ley de los cerros» es, tras «Los cerros de la muerte» y «Los hijos de Shifty», la tercera novela de Chris Offutt protagonizada por Mick Hardin.

Chris Offutt

La ley de los cerros

Mick Hardin - 3

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2024

Título original: *Code of the Hills*
Chris Offutt, 2023
Traducción: Javier Lucini

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para James Offutt

Nunca he conocido a nadie de Kentucky que no estuviese pensando en volver a casa o camino de casa.

ALBERT BENJAMIN «HAPPY» CHANDLER,
antiguo gobernador de Kentucky

Capítulo 1

Janice conducía despacio para evitar que los envases de plástico con comida acabasen en el suelo, detrás de su asiento. En casa tenía mejores, pero su padre era muy dado a usarlos para guardar tuercas y tornillos. Le llevaba comida dos veces por semana, y era una auténtica lata: el trasiego en la cocina, el trayecto, el irritante esfuerzo que había que hacer siempre para encontrar un tema de conversación que no fuese el clima o los coches. Era una cuestión de mera proximidad. Janice era la mayor de los cuatro vástagos, y la única que vivía a mano. Con frecuencia deseaba que su padre hubiese muerto antes que su madre. Fue quedarse viudo y caer en barrena, se volvió una completa nulidad. Lo único que le motivaba era trastear en los coches y atender a sus pollos.

Al tomar el desvío que llevaba a su hondonada, procuró eludir los socavones de barro, una tarea condenada al fracaso dada su anchura. Estaban secos, lo que hacía que los neumáticos rebotasen aún con más violencia. En el último, se vio ante un dilema: atravesarlo directamente a velocidad de tortuga narcotizada, o bordearlo y arriesgarse a acabar tirada en la cuneta entre las matas de hierba carnicera. Janice nunca blasfemaba en voz alta, pero en su cabeza el lenguaje soez campaba a sus anchas. Que le den por culo, pensó, hundió el pie en el acelerador y los viejos amortiguadores rasparon metal cuando los neumáticos acometieron el hoyo de diez centímetros.

El camino de acceso se adentraba a duras penas hasta un patio de tierra compactada atestado con cinco coches: tres para piezas de recambio, uno para usarlo y otro en vías de reparación. Llevaba seis meses sin dejarse ver por las tiendas. Ella ya ni se acordaba de la última vez que fue a visitarla. Casi que mejor, pensó. Su padre olía a sudor, tabaco y aceite de motor. Tras décadas ejerciendo de mecánico, la grasa se le había incrustado en los poros y tenía las

manos negras.

Tocó el claxon para anunciar su llegada, se apeó y abrió la puerta de atrás. Como era de esperar, había un charco de salsa de espaguetis en el cartón que había puesto debajo de los envases. En la alfombrilla había lechuga esparcida del otro recipiente, una ensalada que se había molestado en preparar con todo esmero, aun sabiendo que su padre ni la cataría. La tapa del envase de la pasta se había deslizado bajo el asiento, ya la recuperaría luego. A él le daría igual. Se la comería con los dedos sobre el fregadero, como si lo viera.

Cargó con la comida hasta el porche, tiró de la puerta mosquitera con un dedo, la abrió del todo empujando con el pie y entró. El aroma familiar de la crema y el jabón de manos de su madre persistía bajo la capa, más espesa, del olor a ermitaño. Esa mezcla de olores siempre le traía a la memoria los días dorados del pasado.

—Papá —dijo—. Te traigo algo de cena.

No se oía nada, lo que tampoco era raro. Su padre solía echarse unas cabezaditas en el cuarto de invitados, lo que en vida de su madre había sido el cuarto de la costura. No había vuelto a dormir en la cama de matrimonio desde su muerte. Janice dejó la comida en la encimera y sacudió la cabeza ante el panorama de platos sucios que la recibió en el fregadero. Le iba a tocar lavarlos. Volvió a llamarlo, esta vez más bajito, no fuese a ser que estuviese durmiendo, pero el cuarto de invitados estaba vacío, salvo por la estrecha cama individual y la provisión de telas de su madre. Restos de rollos de saldo que descansaban apoyados en un rincón. Janice descorrió las cortinas y alzó la ventana para ventilar la estancia. A través de la mosquitera, vio a su padre tirado en el suelo.

Cruzó la casa y salió disparada al patio trasero pensando que habría sufrido un derrame o un infarto. Sintió que el corazón se le salía por la boca. Estaba tendido bocarriba, como echándose una siesta, con una pesada llave inglesa junto a sus dedos engarfiados y ennegrecidos de grasa. Tenía la pechera de la camisa apelmazada con sangre seca de una herida de bala. Llamó a la policía y se puso a lavar los platos. Los servicios de emergencia ya estaban de camino, coches patrulla, ambulancias y camiones de bomberos. Sintió remordimientos por todo lo que había estado pensando sobre

su padre. Ya era demasiado tarde, lo sabía, pero la culpa anidaría en ella durante una buena temporada, como una correa suelta de uno de los coches del patio.

Capítulo 2

Mick Hardin se dio su habitual ducha de dos minutos, se secó en un minuto y vestirse le llevó otros dos. La camiseta se le humedeció en las zonas mojadas del torso, pero no le importó. Se pasó la mano por la cabeza para peinarse, su melena ya empezaba a implorar un corte. Lo que tampoco le importaba. Desde las doce de la noche había dejado de ser miembro en activo de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Ya no estaba obligado a andarse con remilgos.

Estudió su reflejo recién rasurado en el espejo empañado. Tenía treinta y nueve años, seguía en forma y conservaba todos los dientes y el cabello. Tampoco es que fuera algo de lo que jactarse, pero ya quisieran muchos. Si no le daba por ponerse a derrochar, podría vivir décadas de su pensión. Antes de presentar la renuncia, accedió a formar agentes para la División de Investigación Criminal a cambio de un ascenso con su correspondiente aumento salarial. Estuvo un año con eso. Le resultó muy grato trabajar con soldados jóvenes, ¿quién se lo hubiera dicho?, pero no lo bastante como para prolongar su alistamiento. No era un profesor, sino un investigador, y ahora estaba en paro.

En su último día en el ejército, cada acción parecía estar cargada de significado: la última ducha, la última cama hecha, el último desayuno de huevos pasados por agua, pan tostado de bolsa y patatas deshidratadas. Su último recorrido de la cantina a los barracones. Su última retirada de fondos del banco de la base (veinte mil dólares en efectivo). En la base Leonard Wood la actividad continuaba como si no estuviese sucediendo nada del otro mundo. Para el resto de los soldados no era más que otra jornada tediosa en las Fuerzas Armadas.

Llevó la maleta y la talega a la camioneta. Un cabo le dedicó un último saludo, chapucero y raudo, con una dejadez que evidenciaba resaca. En el portón principal se despidió de los guardias con una

inclinación de cabeza y puso rumbo al norte, dejando atrás los sempiternos negocios que suelen establecerse alrededor de los cuarteles: casas de empeño, pizzerías, estudios de tatuajes, clubs de estríperes y salones recreativos. Comida rápida y moteles baratos. La Base Leonard Wood estaba en las Ozarks de Missouri, un territorio espléndido que a Mick le recordaba mucho a casa. Se dirigió rumbo nordeste a Saint Louis, donde tomó la I-64 para emprender el largo trayecto, dirección este, hacia Rocksalt, Kentucky. La camioneta tiraba bien, una vieja *stepside* de 1963 que había heredado de su abuelo, el hombre que lo crio en lo más remoto del bosque nacional Daniel Boone.

Como cualquier soldado, llevaba soñando con aquel día desde el campamento de reclutas. Ahora le resultaba decepcionante y triste. Agradecía que se le hubiese dispensado de una ceremonia formal y aburrida que le exigiese simular una entereza estoica. Había puesto fin a su carrera estampando su rúbrica en múltiples formularios. Algo bastante parecido a su divorcio. En ambos casos, había finiquitado abruptamente una parte significativa de su vida con unos documentos jurídicos en un despacho anodino. Experimentó una súbita sensación de incertidumbre que no dudó en barrer al instante.

Tras cuatro períodos de servicio como paracaidista de combate, lo trasladaron a la División de Investigación Criminal, donde se pasó doce años rastreando a soldados que habían cometido delitos violentos. Ahora era libre, libre de verdad. Libre de órdenes, guerra y presión. Libre de las reacciones viscerales de las víctimas y sus familias. Libre de cometer errores con repercusiones colosales, como arrestar a un inocente y dejar suelto a un asesino.

Mick tenía un plan para el futuro, al menos para los primeros seis meses, pero no se cerraba en banda, estaba listo para adaptarse a cualquier circunstancia. Todos los planes se desbarataban al primer contacto con el enemigo, incluso cuando el enemigo era la vida civil. Las cosas no se habían desarrollado según lo previsto para cuando llegara el día de su retiro: la idea era montar un negocio de alquiler de barcos en el lago Cave Run y gestionarlo con su mujer. Ahora Peggy vivía con su nuevo marido y tenían hijos. Sus padres llevaban siglos enterrados y la casa donde se había criado había sido pasto de las llamas. El lugar al que regresaba ya

no era su hogar.

Paró tres veces a echar gasolina y tardó diez horas en llegar a Rocksalt, la vieja camioneta no daba más de sí. Llevaba fuera dos años y el pueblo no parecía haber cambiado mucho: algún que otro coche, ningún peatón y los semáforos de los cruces parpadeando en ambos sentidos. Fue directamente a casa de su hermana. No tenía por costumbre llamar con antelación, un hábito que le había supuesto no pocos problemas con su oficial al mando, su exmujer y su hermana. Había crecido sin teléfono y nunca se había sumado al uso generalizado de los móviles. Llevaba el suyo en la guantera, apagado. Llegar sin previo aviso tenía sus ventajas, sobre todo cuando te disponías a arrestar a un joven adiestrado para matar. A él ya no le hacía falta pensar de ese modo, pero lo tenía muy arraigado, igual que lo de ponerse en guardia ante la aparición de objetos sospechosos junto a la carretera, un coche que llevara demasiado tiempo siguiéndolo, o el movimiento rápido de una silueta furtiva en la sombra. Esa intensidad era lo que lo había mantenido vivo en zonas de guerra. Pero también entendía que había socavado severamente su matrimonio y lo hacía dudar de su capacidad para mantener una relación íntima. Ni a él ni a su hermana se les había dado nunca demasiado bien.

Linda vivía en la casa de su madre, al final de la avenida Lyons. Presentaba mejor aspecto que en su anterior visita, hacía dos años, recién pintada y con los canalones y los bajantes restaurados. El sol poniente destellaba en el tejado con un brillo ininterrumpido que sugería tejas nuevas. Tal vez le habían aumentado el sueldo al ganar las elecciones a sheriff. Se dirigió a la puerta lateral, pero la llave no abrió. Se encaminó a la principal, reservada exclusivamente para los predicadores, los políticos y los niños en Halloween. La llave de allí tampoco abrió. Volvió a probar en las dos, luego examinó las cerraduras a la luz de una linterna de bolsillo. Lucían nuevas y flamantes.

Condujo hasta la oficina del sheriff y aparcó al lado del SUV de su hermana, cedido por el condado. Al poner la mano en la manija, vaciló. Estaba tan acostumbrado a conducirse en modo «misión» que había pasado por alto un detalle con potencial negativo. Dos años atrás, había pasado su última noche en el condado de Eldridge con Sandra Caldwell, operadora del departamento del sheriff. Se

preguntó si estaría mosqueada por su marcha repentina y la posterior falta de contacto. La perspectiva de verla lo aterraba más que una incursión prohibida a una población afgana sembrada de bombas trampa.

Mick pensó en llamar y ver si respondía ella, o telefonear directamente a su hermana y decirle que saliera. Las dos opciones apestaban a cobardía, algo que no podía tolerar. Cabía la posibilidad de que Sandra se hubiese casado o de que, con un poco de suerte, ya no trabajase allí. Se bajó de la camioneta y se dirigió a la puerta de la oficina, que tenía la llave echada. Lo acometió una súbita sensación de alivio al comprobar que el personal ya se había ido a casa. Aporreó el cristal hasta que su hermana emergió de su despacho y fue a abrirle.

—Madre del amor hermoso —dijo Linda—, mira lo que han traído los perros.

—¿Qué te cuentas, hermanita?

—Te he visto ahí sentado. Reuniendo valor para entrar, me apuesto lo que quieras.

—Algo así.

—¿No te atreves a dar la cara ante Sandra?

—¿Qué sabrás tú de eso?

—Si tu camioneta se pasa toda la noche delante de su casa, se entera hasta el último mono. Dos años no son nada en el condado de Eldridge. Como dos minutos en cualquier otra parte.

—¿Está muy encabronada?

Linda se rio, algo excepcional en ella, y le franqueó el paso a su despacho. Seguía siendo tan espartano como siempre: la bandera estatal y la nacional, el retrato del gobernador, un escritorio, un archivador y una silla para visitas. En la pared, algún adorno nuevo: un título honorífico de Coronel de Kentucky[1], un galardón del estado por el desempeño meritorio de su cargo y una distinción especial del FBI.

—Dos añitos —dijo ella—. Estás exactamente igual.

—Tú has perdido peso.

—Un pelín —dijo ella—. Me pillé un par de uniformes nuevos que se supone que optimizan mis verticales, lo que sea que eso signifique.

—Bueno, pues funciona.

—Sí, hasta que me pongo el chaleco.

Se quedaron callados, no tanto evaluándose como evidenciando una voluntad de aceptación. Cada uno era para el otro la única familia que le quedaba en el mundo. Pese a sus diferencias —muchas y extremas— detentaban la lealtad de los cerros.

—Me pasé por tu casa —dijo él—. Las llaves no abren.

—Cambié las cerraduras.

—¿Las de mamá se dieron de baja?

—Qué va, no es eso.

—¿Alguien te está acosando por alguna movida del trabajo?

—No es asunto tuyo. Y no tiene nada que ver con el trabajo.

—¿Te falló el radar con algún maromo?

—Otra vez. Para variar.

Linda se reacomodó en la silla y se quedó mirando el pequeño arce encuadrado en la ventana. Fuera no ocurría nada. La humedad adornaba las hojas con un peso que las hacía encorvarse. Mick supo que había dado el tema por zanjado.

—Gracias por cuidarme la camioneta —dijo.

—Pensé que te vería cuando viniste a por ella.

—No pude ausentarme del curro. Por eso contraté a Albin para que me la llevara a la base. Me salió por un ojo de la cara.

—Albin está implicado en un caso de asesinato.

—¿Albin? Ese chaval no mataría ni una mosca.

—No es sospechoso. Además, tiene una coartada inexpugnable. Estaba en las carreras, compitiendo en la pista de tierra de Bluestone. Ante cerca de doscientos testigos.

—¿Cómo quedó?

—Segundo. Johnny Boy dijo que habría ganado de haber contado con Pete Lowe en el *box*.

—No lo conozco.

—Ni lo conocerás. Es la víctima. Alguien se lo cargó de un tiro en el patio de su casa. Lo encontró su hija.

—Bueno —dijo Mick—. Estoy retirado. Pero yo en tu lugar indagaría en la familia y los amigos. Y husmearía entre sus posibles ligues.

—Sí, y luego entre los vecinos.

Mick asintió.

—Se te está dando bien lo de sheriff —dijo—. Una auténtica

Nancy Drew[2].

—¿Cuándo tienes que volver?

—Nunca. Estoy fuera.

—No te lo crees ni tú.

—Te lo digo en serio. Rescindido. Retirado. Relevado del servicio. Es un proceso complicado, con un montón de trámites. Ahora mismo estoy en la fase que el ejército llama «de transición a la vida civil». Se supone que es bastante ardua.

Linda se recostó en la silla, la rotó hacia un lado, plantó los pies en el suelo y se impulsó hacia el lado contrario. Al completar la rotación lucía una sonrisa de oreja a oreja, como si el giro hubiese borrado los años. Mick llevaba siglos sin ver ese lado alegre de su hermana. Ya solo por eso, el viaje había merecido la pena.

—¡Joder! —dijo ella—. Veinte años y parece que fue ayer. ¿Piensas quedarte para siempre?

—Me gustaría pasar unos días contigo, si no te importa.

—Por mí no hay problema.

—Luego me iré a Francia. He alquilado una casa, seis meses.

—¿Y eso? ¿Por qué Francia?

—Me defiendo un poco con el francés. No como para ponerme a hablar con un banquero, claro, y no entiendo ni papa cuando hablo por teléfono, pero puedo pedir comida y desenvolverme en las tiendas.

—¿Hablan inglés?

—Dicen que no, pero hay muchos que sí. Mi acento es tan lamentable que, en cuanto abro el pico, la mayoría cambia al inglés.

—¿Hablan como Pepé Le Pew[3]?

—Ya te digo. El país entero está plagado de mofetas de dibujos animados. ¿Sabes lo que nunca entendí? Por qué esa mofeta franchute tenía un nombre español.

—Supongo que vas a tener tiempo de sobra para desentrañar ese misterio.

Mick asintió. Echaba de menos hablar con su hermana, hablar con alguien que lo conociese tan bien. Los demás estaban muertos o habían salido de su vida. No era extraño en los cerros que hermano y hermana vivieran juntos en la casa familiar, pero ni él ni ella serían capaces de aguantarse. Los dos eran bastante especialitos. Aunque, por otro lado, su presencia evitaría que su hermana tuviese

que andar cambiando las cerraduras cada vez que quisiera impedir que entrara un hombre en su casa. Pero eso no era de su incumbencia.

—En serio —dijo ella—, ¿por qué has venido?

—Para despedirme de ti, hermanita.

—¿Y ya?

—Dejaré la camioneta por ahí, para que no se quede plantada delante de tu casa. Puede que no haga juego con tus cerraduras nuevas.

Linda cogió una hoja de la mesa, hizo un gurruño y se lo lanzó. Mick apartó la cabeza y le pasó por encima del hombro.

—En su día me habrías lanzado un pisapapeles —dijo.

—Sí, bueno, el tiempo afecta a cada cual de una manera. Estamos madurando.

—No te conocía yo ese lado filosófico.

—Es por el curro. Antes pensaba que todo era simple, blanco y negro, legal e ilegal. Ahora es mucho más complejo. Lo lícito, lo justo y lo mejor para la comunidad. A veces coinciden, aunque no muy a menudo.

Mick asintió. Dos años era el período más largo que habían estado sin verse. Se preguntó si para ella habría sido un tiempo crucial. Cuando se producía un cambio, lo hacía de manera gradual. Luego los resultados aparecían de pronto, como el triunfo repentino, de la noche a la mañana, de un músico que llevase quince años haciendo bolos.

Mick señaló con la barbilla los certificados enmarcados de la pared.

—¿Y todo eso? —dijo.

—Las mamonadas de rigor.

—¿Y si son mamonadas por qué las cuelgas?

—Política, hermano mayor. Nunca sabes quién puede entrar por esa puerta.

—Vas aprendiendo.

—Sí, por las malas. También me he ganado unos cuantos enemigos.

—Mientras tus amigos tengan más chicha que ellos, todo bien.

—A veces es difícil saber quién es quién en el libro.

—Más que un libro yo lo veo como un Telesketch —dijo Mick—.

¿Te acuerdas de aquel cacharro? Lo ponías bocabajo, lo sacudías y la pantalla se quedaba en blanco. La política es eso.

Linda sacó un juego de llaves del bolso, desenganchó una y la deslizó sobre la mesa.

—Te veo luego en casa. Tengo que esperar a la operadora del turno de noche y me queda por liquidar un montón de papeleo. Hay medio bocadillo en la nevera.

—A lo mejor lo comparto con Johnny Boy —dijo Mick.

—Está en el circuito de Bluestone hablando con conocidos de la víctima. Esta noche hay carreras y estarán todos allí. Mejor eso que tener que deambular por cuatro condados detrás de ellos.

Mick cogió la llave.

—Gracias —dijo.

—No metas las narices en mis cosas.

Él asintió, sonrió y salió de su despacho.

Capítulo 3

Como casi todos los chavales de la zona oriental de Kentucky, Johnny Boy Tolliver había crecido embelesado por la épica de las carreras, inmerso en mil historias sobre bólidos legendarios. Él y sus compañeros de primaria dibujaban los coches de carreras que pilotarían en el futuro y seleccionaban la combinación de colores que les representaría. Aprender a conducir a los quince supuso un cambio. La conjunción de manos, pies y ojos que se precisaba para el manejo de aquellas máquinas peligrosas le imponía demasiado, así que conducía con suma cautela. Se la llegaría a meter tres veces, por suerte nada grave, rozaduras y poco más, dos caídas en la cuneta y un choque leve contra un árbol. Pero en lugar de envalentonarlo, la experiencia lo volvió más precavido. Nunca volvió a tener un accidente.

A los diecisiete acudió al circuito de Bluestone porque se enteró de que iba a ir cierta chica. Autos de serie corriendo por un óvalo de tierra, atronando en las rectas y llenando el aire de polvo. La combinación de ruido y tierra amostazó a Johnny Boy, y al final la cosa se saldó con una decepción suprema: la chica por la que bebía los vientos había ido a ver a un piloto que tuvo que abandonar la carrera con el motor en llamas. Ella se fue directa al *box* y Johnny Boy a su casa.

No había vuelto a Bluestone desde entonces, y la verdad es que no había cambiado mucho. La gente seguía zampando perritos calientes, enriquecía las Coca-Colas con *bourbon* y fumaba marihuana en el aparcamiento. Los jóvenes desaliñados se comían con los ojos a las mujeres despampanantes que iban enganchadas a los brazos de los hombres duros. El estruendo y el polvo lo impregnaban todo. Ya estaba listo para irse, y solo había hablado con unos cuantos conocidos del muerto.

A Pete Lowe se le consideraba el mejor mecánico de la pista, un hombre de trato difícil, por lo general, más aún desde que murió su esposa. Había trabajado en varios talleres de tres condados (Eldridge, Fleming y Bath), pero siempre acababa mosqueándose por alguna nimiedad y los mandaba a tomar viento. Nunca lo habían despedido. Sus habilidades con los motores bordeaban lo numinoso, como si estuviese en sintonía con una veta de conocimiento etéreo inaccesible para el resto de los mortales. Podía diagnosticar el problema con solo escuchar cinco segundos el motor. Olfateaba el carburador y sabía el ajuste exacto que precisaba para la inyección de combustible. Se limaba la uña del pulgar en ángulo para poder calibrar al milímetro los puntos de sujeción de las bujías. En lo referente a motores, era un fiera. Todos querían tenerlo en su *box*.

Johnny Boy estaba cansado de alabanzas. La vieja cantilena de «no hablar mal de los muertos» pesaba demasiado en los cerros. Podías estar cagándote en la puta madre de alguien, pero como se te cayera redondo ahí mismo, al momento dabas un volantazo y, de buenas a primeras, resultaba que no habías conocido a nadie mejor en toda tu vida, cualquiera diría que la acababa de diñar un apóstol. Lo peor que oyó sobre Pete salió de boca de un tipo descomunal de voz grave que dijo: «Pete era mucho Pete». Johnny Boy estaba perdiendo el tiempo y desanimándose. Se acordó de aquella chica que lo rechazó en su adolescencia. Ahora tenía cuatro críos y ya iba por su tercer marido. De haberse casado con él, aún seguirían juntos y él sería un hombre feliz. Estaba de mala baba con todo: la atención absurda a unos coches que daban vueltas en círculo sin llegar a ninguna parte, el polvo, el estruendo y los aficionados ebrios, su propio pasado y, por encima de todo, consigo mismo. Se fue y puso rumbo a Rocksalt, conduciendo ocho kilómetros por debajo del límite de velocidad.

Por la interestatal se llegaba antes, pero optó por la vieja 60 en honor de un compañero de clase que participó en tres carreras. A Chad le habían flipado los Mustang desde canijo, y los pilotaba a pesar de su parva aceleración en los momentos cruciales. Pintó su coche igual que el que solía dibujar en clase, con el número 8 en un círculo azul. Johnny Boy recordaba que decía que el ocho era su número favorito porque si lo volcabas era el símbolo del infinito y,

al final, todos los bólidos acababan volcados. Chad nunca iba por la interestatal porque, como él mismo decía, era un hombre de pista oval, no de piques o carreras de aceleración. Prefería la autopista 60 por las curvas. Una noche, alguien reportó un accidente y la policía dio con el vehículo al momento. Se pasaron toda la noche buscando a Chad, visitaron las viviendas de los aledaños, imaginándose que habría resultado herido y andaría vagando por las inmediaciones. La bruma de la mañana se despejó y los agentes descubrieron el cadáver en un árbol, había salido proyectado del coche.

Johnny Boy era demasiado joven para aferrarse al pasado. Los habitantes de los cerros solían tener muertes prematuras. A los treinta, todos conocían a unos cuantos residentes del cementerio. Se le ocurrió pensar que esa era la razón por la que la gente de los cerros veneraba tanto a los muertos. Había demasiados para una población tan reducida.

Paró en un cruce a echar gasolina en el veinticuatro horas que había arruinado a la vieja gasolinera familiar. Meneó la cabeza al pensarlo: más dosis del pasado. No tenía sentido lamentar la pérdida de una gasolinera mientras introducía la pistola de un surtidor en la boca del depósito. Para animarse, entró en la tienda a por una botella de Dr. Pepper. Al otro lado del mostrador atendía una mujer bajita, ágil y rápida de movimientos. Salvo la cara, todas las partes visibles de su cuerpo estaban cubiertas de tatuajes, y Johnny Boy supuso que cuanto más pequeño fueras, más barato te saldría tatuarte entero. Un gigantón necesitaría un segundo curro para poder liquidar la cuenta de su tatuador.

De nuevo fuera, completó el pago automatizado de la gasolina mientras se fijaba en un viejo Jeep Wagoneer que acababa de estacionar junto al surtidor más apartado. Se apeó un hombre, miró a su alrededor como si se le hubiese perdido un gato, y dio un paso hacia el resplandor de las bombillas LED que iluminaban los surtidores. Lucía barba y tenía el pelo largo, una combinación poco corriente en los cerros, totalmente pasada de moda. Los jóvenes estaban exhumando las barbas largas, pero llevaban el pelo corto, remedando los estilos que veían por la tele. Aquel hombre no parecía lo bastante mayor para ser un viejo *hippie* encallado en el pasado.

Johnny Boy arrancó y pasó junto al extraño para echarle una

ojeada, luego aminoró para fijarse mejor. El tipo alzó la vista y Johnny Boy lo examinó. Le sonaba de algo. No de haberlo arrestado ni de haber visto su careto en una alerta estatal de búsqueda y captura. Probablemente no fuese más que un parecido familiar con la gente que veía a diario. Aun así, le roía por dentro, como una rata en un granero. Eran los ojos, pensó. Tenían que ser los ojos, puesto que lo demás apenas era visible. No el color, sino la estructura ósea, la frente y los pómulos. Conocía esos rasgos. Lamentó no haber tomado nota de la matrícula.

Rocksalt era una localidad universitaria, lo que quería decir que había alquileres de pacotilla para dar y tomar, casitas para profesores adjuntos y unas cuantas calles con viviendas de lujo para médicos, abogados y autoridades de la universidad. Johnny Boy vivía en un apartamento de cuatro habitaciones de uno de los pocos edificios destinados a los currantes adultos. Estaba ahorrando para comprarse una casa, pero no sabía dónde. Se figuraba que la mujer con la que decidiera casarse influiría en la decisión, pero eso estaba por ver, ni siquiera tenía novia, y su última cita databa de hacía tres años.

Se sentó en su sillón favorito —el único que tenía— y se planteó si estaba deprimido. Concluyó que el mero hecho de planteárselo indicaba que no. La gente deprimida se limitaba a quedarse sentada, a dormir o a sumirse en una neblina mental. En los últimos veinte años, la esperanza de vida en los cerros había decrecido, y se preguntó si eso habría podido adelantar la crisis de la mediana edad. Tenía veintiséis. A lo mejor era el principio: autoevaluación negativa, aburrimiento de una vida insignificante y reminiscencia crónica. Estaba harto de sus rutinas inocuas. Necesitaba cambiar, pero no se le ocurría qué. Le gustaba su trabajo y no quería vivir en ningún otro sitio. Aparte de eso, ¿qué le quedaba?

Capítulo 4

Acostumbrado al horario castrense, Mick se despertó poco antes del amanecer y decidió hacerle el desayuno a su hermana antes de que se fuese al trabajo. Remoloneó en la cama mirando la habitación en la que había dormido hasta cumplir los ocho, cuando se fue a vivir al bosque con su abuelo. Su madre se dedicó en cuerpo y alma a su hija, pero Linda se mudó a los dieciocho a un apartamento diminuto, empezó a trabajar y a asistir a clases en la universidad de Rocksalt. Su madre se fue encerrando cada vez más en sí misma, rara vez salía a la calle, sus únicas preocupaciones eran el tiempo y el clima. En la casa había más de sesenta relojes y decenas de calendarios. Por cada ventana se veía un termómetro. El gigantesco televisor estaba siempre encendido en un canal meteorológico de veinticuatro horas. Murió viendo un alud de lodo en Birmania. Linda heredó la casa.

Hizo café y se dispuso a preparar el único plato que dominaba gracias al magisterio de su abuelo: tostada, huevos, beicon y patatas. Con los años, incorporaría tortillas y huevos escalfados a su repertorio, pero hoy se ciñó a la fórmula clásica de freír, voltear y deslizar.

Oyó la puerta del cuarto de baño y añadió cebolla picada a las patatas. Al cabo de unos minutos, Linda entró en la cocina con un gruñido amable y se sirvió café. Mick se despertaba siempre como un sabueso, listo para echar a correr, pero Linda tardaba más en activarse. Le puso un plato delante y comieron en silencio. Tras la segunda taza de café, Linda se sintió lo bastante despierta como para hablar.

—¿De verdad lo has dejado? —dijo—. ¿Para siempre?

—Para siempre.

—¿Y cómo te ha dado por ahí?

—Serví los veinte años de rigor. Así que ya puedo vivir de la

pensión. Cada año hay miles de reclutas nuevos. Siempre de la misma edad; yo, en cambio, cada vez más viejo.

—Diría que lo tenías calculado al milímetro —dijo ella—. Es un día especial, deberías marcarlo en el calendario, si eres capaz de dar con uno en esta casa.

Ella sonrió, la primera sonrisa del día, y él se imaginó que, probablemente, también sería la última. Asintió.

—¿Has hablado con Peggy? —dijo él.

—A mí no me metas en tus historias. Mamá lo intentó conmigo y con papá y, más adelante, contigo. Me negué entonces y me niego ahora. Si quieres hablar con ella, coges y la llamas.

—¿Sigue con ese tío?

—Sí, han tenido otro niño. Y, por mi parte, no hay más que hablar.

Linda se acabó el café y volvió a su habitación. Mick limpió la cocina. Ella volvió uniformada y con el cinturón de servicio, el pelo recogido en un moño prieto. Llevaba las llaves del coche en una mano y un chaleco antibalas en la otra.

—¿Te lo pones siempre? —dijo Mick.

—Cuando hay un aviso. Se supone que va bien para armas cortas. ¿Vosotros qué llevabais?

—Nivel cuatro con placas de cerámica. Lo mejor para fusiles y metralla. Algo que no echaré de menos, te lo aseguro. Demasiado calor en el desierto para ir cargando con ese muerto.

—Pero funcionan, ¿no?

—Menos bajas, eso sí. Pero más soldados desmembrados y heridos en la cabeza.

—¿Qué piensas hacer hoy? ¿Conducir por ahí y ponerte triste?

Mick asintió. Ella siguió mirándolo y él entendió que esperaba recibir más información. Era un viejo truco, él mismo lo había utilizado mil veces. Significaba que ella estaba aprendiendo en el desempeño de sus funciones o que había recibido adiestramiento. Podía sostenerle la mirada hasta que se rindiera, ponerse a hablar de otra cosa o, simplemente, largarse de la cocina. Estaba tratando de decidir qué opción la jodería menos, cuando ella rompió el silencio.

—Gracias por el desayuno.

Y se marchó.

Mick salió del pueblo por el este, hizo un alto para echar gasolina en Biblias y Neumáticos Haney, una gasolinera regentada desde hacía treinta años por una familia de pelirrojos que encanecían prematuramente. Había llegado a conocer a tres generaciones, todos respondían a alguna variante del nombre Joe. Un veinteañero de cabello negro se acercó con parsimonia a la camioneta, llevaba una gorra ladeada de una tienda de piensos y un manómetro enganchado a la camisa.

—¿Nuevos dueños? —preguntó Mick.

—Nanay. Todos piensan eso por el color de mi pelo. Soy Joey. Los neumáticos parecen nuevos. Así que viene a por gasolina o a por una biblia.

—Llénamelo.

Mick paró el motor y observó a Joey, incapaz de recordar la última vez que un empleado le había llenado el depósito. Era un oficio moribundo, como el de reparador de máquinas de escribir o el de las secretarias versadas en taquigrafía. En cuarenta años, Joey estaría sentado por ahí contando batallitas de los viejos tiempos, de cuando los coches eléctricos aún no habían hundido el negocio familiar.

Mick pagó en metálico y reanudó su camino pensando en la rareza de nacer con el pelo negro en una familia de zanahorios. O bien alguien había cortado la tradición del incesto, o bien había logrado imponerse un voluntarioso gen de cabello negro. Reflexionó sobre lo poco que sabía de genética en general, luego cabeceó para aclararse la mente. Dejar el ejército había eliminado la necesidad de pensar con rigor, pero no le gustaba cómo se le derramaban las ideas. Su discurrir era descabellado. La misión del día era visitar la única propiedad que tenía, legada por su abuelo. Supuso que se estaba despidiendo, aunque no tenía muy claro de qué. ¿De su abuelo? ¿Del pasado? ¿De la tierra que amaba? Sospechaba que de sí mismo.

El camino de tierra ascendía hasta coronar una cresta tan invadida por la vegetación que no le quedó más remedio que parar y seguir a pie. Más que un camino propiamente dicho, era un acceso de un kilómetro y medio reconquistado por la maleza que él mismo había podado hacía dos años. De los tocones de liquidámbar habían brotado incontables retoños, como si, enfurecidos por la tala,

hubiesen decidido armarse de refuerzos. Era el único árbol que su abuelo aborrecía.

En la cumbre, descansó unos segundos y admiró la pequeña meseta que se alzaba al fondo de la angosta cresta cercada de bosques frondosos. Una pareja de arrendajos azules alertó de la irrupción de un intruso. Algunas aves más pequeñas echaron a volar desde los árboles. Mick se aproximó a los vestigios de la cabaña en la que había crecido. Habían pasado dos años desde el incendio que se cebó con ella, dejando huecos ennegrecidos en las puertas y las ventanas, una chimenea de piedra, y poco más. El tejado y el porche ardieron. Solo quedaban en pie las cuatro paredes, construidas con troncos gruesos, ranurados en los extremos para la traba. Habían resistido cien años de intemperie, y ahora también un incendio. Se sirvió de un palo para hurgar entre los escombros, sin mucha convicción, a la caza de cualquier jirón del pasado: una piedra de la suerte, un clavo de traviesa, una cafetera. No encontró nada. La lluvia había apelmazado la gruesa capa de ceniza. En el salón había brotado un álamo.

Regresó a la camioneta y bajó al pueblo. En el solar donde antes se cernía el viejo autocine había ahora un Dollar General y una franquicia de una cadena de gasolineras. Paró, llamó a su hermana al móvil y le preguntó si estaba en el despacho.

—Pues no —dijo Linda—. Estoy merodeando por el condado, hablando con los vecinos de Pete Lowe. No son muchos, pero cada uno vive en una punta.

—¿Y Johnny Boy? ¿Estará allí?

—Tampoco, sigue detrás del equipo para el que trabajaba Pete en las carreras. Habló con Albin, que preguntó por ti. Se había enterado de que habías vuelto.

—¿No llevo aquí ni doce horas y ya se ha enterado?

—Te has olvidado de cómo es Rocksalt —dijo ella—. Aquí, cuando se entera el cornudo, ya lo sabe todo el mundo.

—Esa es del abuelo.

—Esa y otras tantas, buenísimas.

—Precisamente vengo de la cabaña —dijo—. De lo que queda de ella.

—Infalible para ponerte triste. Lo mismo deberías volver a alistarte o algo. Tener un propósito en la vida.

Mick asintió.

—Estás asintiendo, ¿a que sí? —dijo ella—. ¿A cuento de qué tanto interés en saber dónde andamos Johnny Boy y yo? Déjame adivinar. Tu siguiente plan es pasarte a ver a Sandra y quieres asegurarte de que esté sola en la oficina.

Mick asintió.

—Asiente todo lo que quieras. Eso es más o menos como lo de ir a la cabaña, solo que ya estarás triste y tendrás que hablar con ella. Te veo luego.

Linda colgó y Mick se quedó mirando el teléfono. Tenía toda la razón. La futilidad de su plan no haría sino incrementar la sensación de melancolía que se estaba apoderando de él. Se dirigió a la oficina del sheriff, reunió coraje y se bajó de la camioneta. Sandra salió del edificio y echó la llave a la puerta. Momentáneamente desconcertado, Mick se obligó a avanzar como si se dispusiera a formar filas para la inspección matinal después de una noche de farra. Ella lo miró inexpresiva.

—Ey, Sandra.

—¿Qué te cuentas, Mick?

Él desvió la mirada hacia los cerros orientales. La silueta oscura de los árboles se recortaba como un trenzado decorativo contra el cielo pálido. Del otro lado del aparcamiento llegaba el sonido gutural de unos hombres que conversaban, luego una risa que se perdió en la distancia.

—Tendría que haberte dejado una nota —dijo.

—¿Una nota?

—Sí. Cuando me…, eh…, fui de tu casa.

—¿Hace dos años?

Mick asintió.

—¿Andas preocupado por una nota?

—Sí. Sería lo correcto. Habría sido, quiero decir.

—Te esfumaste. Linda no sabía dónde estabas. Nadie lo sabía.

—Mi vuelo salía de Detroit. Tuve que ir hasta allí, hacer noche en un motel y partir al día siguiente.

—Una llamadita o un mensaje de texto no habría estado mal.

—Tienes toda la razón. Ni lo pensé. Lo de Detroit se complicó. Luego me vi de vuelta en la base, en Alemania. Me figuré que no querrías saber nada de mí.

—Pues te figuraste mal.

—Suele pasarme con las mujeres. Ya te lo dije en su día.

—Lo que me dijiste fue que tu abuelo no te enseñó nada sobre las mujeres, salvo a ser amable, escucharlas y cargar cosas pesadas.

Mick asintió, sorprendido por su memoria. Eso era de su primera cita, de una breve conversación que mantuvieron en la camioneta. Fue un error, como lo de haberse presentado ahora allí de sopetón. Todo lo que había hecho en su vida de civil había sido un error. Solo despuntaba en el ejército, siguiendo órdenes, cumpliendo misiones específicas.

—Bueno —dijo—. Lo siento.

Se giró para irse. Ya tenía la mano en la manija de la puerta de la camioneta cuando ella volvió a tomar la palabra.

—Mick. ¿Tienes hambre? Iba a almorzar.

—Es un poco pronto para mí.

—Nunca es demasiado pronto para embucharse unos buenos tacos. Conduzco yo. Es un sitio nuevo. Te va a gustar.

—¿Y puedes largarte de la oficina así como así?

—Sí, ahora tengo dos móviles. Me redirigen las llamadas del curro. El otro es mío, con el mismo número que, por lo visto, perdiste.

Mick se subió al asiento del acompañante del coche de Sandra, aún más desconcertado por la interacción. No tenía hambre, pero nunca había sido capaz de decirle que no a una mujer, otra de las lecciones de su abuelo. Su exmujer lo caló enseguida, pero casi nunca le pidió nada. Hasta que le pidió el divorcio.

—¿Cómo está tu tío? —preguntó Mick.

—Falleció.

—Vaya, lo siento. ¿Fue hace poco?

Ella lo miró con dureza.

—Entre estos dos últimos años.

Para evitar volver a cagarla, Mick decidió guardar silencio mientras cruzaban el pueblo. Había unas cuantas personas sentadas en las mesas de la terraza de la cafetería-librería que habían abierto en el local del antiguo cine. Dos puertas más allá, en la mítica tienducha de aquel tipo que encerraba a los clientes hasta que le compraban algo, había ahora un bar. Murió siendo el más rico del pueblo. En su tumba había un buzón en un poste para cobrar los

pagos atrasados.

Sandra se metió en un aparcamiento con un solo vehículo pintado de colores estridentes, mitad camión y mitad furgoneta, en cuyo lateral podía leerse: ROCKIN' TACOS. Al lado había cuatro mesas de picnic. Sandra aparcó y Mick la siguió hasta el camión de comidas. Tenía una ventana grande, abierta como una escotilla, que daba sombra a una repisa con servilletas y condimentos.

—Eh, Ray-Ray —dijo ella—. ¿Ya habéis abierto?

Una cabeza con forma de punta de obús apareció en la ventana. Raymond Kissick le dedicó una amplia sonrisa a Sandra, pero moderó la expresión al reparar en Mick. Se miraron sin mediar palabra. Raymond era un marine que había regresado hacía poco al condado de Eldridge. La última vez que lo vio fue tras una misión ilegal para vengar a sus hermanos. Mick nunca lo habló con nadie y se imaginaba que Raymond tampoco.

Una voz con acento del otro lado de la frontera sureña de Estados Unidos gritó desde el interior del camión.

—¡Todavía no estamos listos, Raimundo!

—Es Sandy —le dijo Raymond.

El vehículo expidió una sucesión de ruidos de sartenes y cubertería, luego sonó un portazo y apareció un hombre rodeando el camión. Era bajito y ágil, de pelo corto y negro, brillante y rectificado a los lados con rasuradora. Abrazó a Sandra, le plantó un beso en la mejilla y miró a Mick.

—¿Y este quién es, Sandra? —dijo—. ¿*Un amante*[4]? ¿Tu noviete nuevo?

—¿Qué dices? —dijo ella—. Ni de guasa.

—*Hola* —dijo Mick—. ¿*Cómo estás*?

—*Estoy bien, gracias por preguntar. ¿Tienes hambre? Por Sandra lo que sea.*

—*Casa. Cuchillo. Gato. Inodoro*. Eso es todo el español que sé. Y algunas groserías. Soy Mick.

Se estrecharon las manos con gravedad.

—Yo Juan Carlos. Eres amigo de Raymond. Me habló de ti. *El soldado*.

—Ya no —dijo Mick—. Me he retirado.

—Ah, ya no tienes casa.

Raymond también se había bajado del camión y se acercaba a

ellos por la grava.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Mick.

—Mejor —dijo Raymond—. Sigue siendo dura de pelar, pero quiere mucho a J. C.

—Sí —dijo Juan Carlos—. Mamá Shifty me quiere más que a ti.

Volvió al camión. Mick vio pasar un coche viejo, con el parachoques ladeado y sostenido por alambres. Raymond y Sandra habían ido juntos al instituto y retomaron la amistad cuando él volvió después de veinticinco años en el Cuerpo de Infantería de Marina.

—¿De verdad te has salido? —dijo Raymond.

Mick asintió.

—¿Y lo echas de menos?

—No, pero esta mañana se me pasó por la cabeza realistarme.

—Sí, claro, al campamento de reclutamiento con cuarenta tacos —dijo Raymond. Se rio, un sonido estridente en el aire inmóvil.

Ocuparon una mesa, Mick y Raymond, instintivamente, de cara a la carretera. Tres gorriones los vigilaban desde un arce. Al fondo del solar, un gato pardo y amarillo acechaba a los pájaros. Una camioneta tocó el claxon al pasar. Raymond saludó con la mano.

—Te veo muy integrado —dijo Mick.

—Ese chaval solía hostiarme en el instituto. Ahora no tiene huevos.

—¿Y a Juan Carlos cómo le va por aquí?

—Les gusta su comida, pero los tiene desconcertados.

—¿Por ser gay, por mexicano o por las dos cosas?

—Sobre todo por lo de ser católico.

—Me cae genial —dijo Sandra—. Tiene a todo Rocksalt comiendo de su mano. Literalmente.

Juan Carlos sacó con destreza varios platos de papel rebosantes de tacos, frijoles, arroz y guacamole. Comieron en silencio. Cuando el sol coronó el cerro, la sombra retrocedió hacia el este como la línea del oleaje al bajar la marea. Mick se acabó un taco y la emprendió con un segundo.

—¿Vas a querer otros dos? —dijo Juan Carlos.

—Sí y no —dijo Mick—. Podría comerme hasta seis más, pero me voy a contener. Es el queso lo que les da el puntazo.

Juan Carlos hizo un gesto de aprobación.

—Claro —dijo—. Es *queso* de Oaxaca. Artesanal.

—¿Dónde lo consigues? —quiso saber Sandra—. En el súper nunca lo he visto.

—En Mexington —dijo Juan Carlos.

—Es un barrio de Lexington —aclaró Raymond—. Vamos una vez por semana para abastecernos. Es el único sitio donde se consiguen tortillas de maíz. J. C. conoce los mejores sitios para comprar.

—Hay un bar que nos gusta bastante —dijo Juan Carlos—. Si se nos va la mano con la bebida, nos quedamos en un hotel. Nos los pasamos de puta madre. Deberíais venir algún día con nosotros.

—No —dijo Sandra. Su voz sonó firme, sin la menor traza de cortesía.

Juan Carlos enarcó las cejas y sonrió.

—Es como una telenovela —dijo—. Os reconciliaréis después del tercer corte publicitario. Siempre es el más largo, el tercero. Te tienen en vilo mientras la tele intenta venderte algo.

Mick hundió la mirada en el plato. Se preguntó si ya habrían llegado al primer corte publicitario, si le daría tiempo a abandonar el país antes del tercero. Sacudió la cabeza rápido para despejarse. Se había metido de lleno en la metáfora de Juan Carlos, la había asumido al pie de la letra y se había plegado a sus consecuencias. En menos de veinticuatro horas de vida civil, ya estaba con el agua al cuello.

Llegaron dos coches. Juan Carlos abandonó la mesa, rodeó el camión y reapareció en la ventana.

—¿Nadie se ha metido con él? —dijo Mick.

—Delante de mí, no —dijo Raymond—. ¿Cuánto piensas quedarte?

—Un par de días.

—Me he enterado de que te vas a Europa —dijo Sandra.

Mick asintió.

—¿Adónde? —dijo Raymond.

—Córcega.

Llegó otro vehículo, seguido de un cuarto. Raymond se levantó y recogió los platos de papel, los cubiertos de plástico y las servilletas.

—Tengo que ganarme el jornal —dijo.

—Pensaba que era al revés —dijo Mick.

—Según mamá y J. C. no.

Se alejó dedicándole el típico gesto de saludo de los cerros a un coche, un movimiento lateral rápido, dejando el brazo caído y alzando apenas la mano. Mick llevaba tanto tiempo sin verlo que lo había olvidado. Era el saludo de su abuelo de toda la vida, un gesto de reconocimiento sin ánimo de sociabilidad.

—Córcega —dijo Sandra—. ¿Te has echado una novia de allí?

—Un conocido. Sebastien. Un soldado británico retirado.

—¿Y cómo es que te vas?

—Me recuerda mucho a esto. Una tierra hermosa, con buena gente y un modo de vida anticuado. Si estás en un país extranjero, ser forastero es lo normal. Aquí nunca he encajado, Sandra. En Córcega, eso no importa.

Había siete personas en la cola de la ventana. Llegó una furgoneta y el conductor se apeó. Raymond salió con una caja de cartón, recaudó los pagos y volvió a meterse en el camión. Llegaron otros tres vehículos y la cola creció.

—Se les está petando —dijo Sandra—. Deberíamos dejar la mesa libre.

Mick se levantó y se encaminaron hacia el coche.

—A Ray-Ray le va bien —dijo ella—. Se animó mucho cuando vino Juan Carlos.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Lo conozco como si lo hubiera parido. Hablabas antes de encajar. Imagínate ser él, venir de esa familia. Los gais por aquí no lo tienen nada fácil.

—No lo tienen nada fácil en ninguna parte.

Se miraron brevemente para manifestar su mutuo acuerdo. Había más pájaros en los árboles, a la espera de las sobras. Un cuervo intrépido picoteaba cautelosamente el suelo, como enviado en misión de reconocimiento por su bandada. Alguien se rio y el cuervo echó a volar hasta posarse en un sicómoro.

—Tengo que volver al trabajo —dijo ella—. ¿Vienes?

—No, echaré una mano a Raymond.

Sandra abrió la puerta del coche, se puso al volante y giró la llave de contacto. Mick volvió al camión de comidas y se dedicó a fregar los platos en un espacio mínimo hasta que remitió la hora punta del almuerzo. Juan Carlos le devolvió dos sartenes con

manchas infinitesimales de ternilla endurecida que había pasado por alto. Mick acabó la tarea, salió del camión, se quitó la camisa y la extendió sobre una de las mesas de picnic. Raymond se le unió.

—Ea, a despelotarse —dijo—. No has tardado mucho en recuperar el estilo de vida local. La mitad de los chavales de por aquí suelen llevar una camisa en el coche, para poder entrar a comprar tabaco en las gasolineras.

—¿Me acercarías al pueblo en un pispás? He dejado la camioneta en la oficina del sheriff.

—No puedo. Nos quedaremos aquí hasta las cuatro y luego nos plantaremos en el pueblo para pillar a los universitarios y a la peña que sale del curro. Te pido un taxi.

Raymond volvió al camión. Mick observó al cuervo que, en ese momento, estaba ahuyentando a los tres petirrojos que intentaban apoderarse de un trozo desgarrado de tortilla. El cuervo se lo acabó y luego se puso a desfilar en círculo, como un centinela. Un petirrojo aguardaba en la periferia. Mick entendía la motivación de aquellas aves. Podían volar a cualquier parte pero, al igual que él, siempre regresaban a los paisajes familiares.

Un taxi entró en el aparcamiento y se detuvo a su lado.

—Mick —dijo el conductor—. ¿Eres tú? Ey, tío. ¿Eres tú mi cliente? Cojonudo. Te llevo a donde sea. Oí que andabas por aquí.

Mick se subió al coche.

—¿Qué hay, Albin? ¿Coche nuevo?

—Ya ves. Contrataron a más gente y me subieron de categoría. Tienes delante al mejor piloto de una flota de tres.

—Llévame a la oficina del sheriff.

Mick se dispuso a padecer la velocidad habitual de Albin, pero, para su sorpresa, este recorrió los cinco kilómetros como un hombre que hubiese perdido las gafas. Andando habría llegado antes.

—¿Y esto de ir pisando huevos? —preguntó Mick.

—No me queda otra. No puedo arriesgarme ahora que compito en Bluestone. Te dije que algún día lo lograría.

—Cuando nos conocimos te pensaste que yo era promotor de carreras, me acuerdo.

—Sí, bueno, pues al final resulta que no he necesitado a ningún promotor, lo que necesitaba era un coche. Pusimos la pasta entre tres colegas y ahora nos turnamos para conducirlo. La semana

pasada quedé segundo. Todo lo que ganamos se nos va en el coche, pero el trofeo te lo llevas calentito a casa. Yo he puesto el mío en una repisa especial. ¿Quieres verlo? Tengo una foto en el móvil.

—Mejor me la enseñas cuando paremos, no vaya a ser que mi hermana te mande una citación por conducción temeraria.

Albin levantó el pie del acelerador. El coche desaceleró al momento, pero siguió avanzando como si el motor al ralentí siguiera revolucionado. La camioneta de Mick se habría calado.

—Estaba de coña —dijo Mick.

—Cualquier precaución es poca. Sobre todo después de que Johnny Boy me friera a preguntas. ¿Te has enterado de lo de Pete? Johnny Boy cree que me lo cargué yo.

—¿Y?

—¡Joder, pues claro que no! Gracias a Pete Lowe entré en las carreras. Me afinó el coche como un violín, y ahora tira como una máquina de coser.

—Johnny Boy es un buen agente —dijo Mick.

—Eso dicen. Pero habla mucho.

—Igualito que tú, Albin. Imagínate lo que tiene que ser dar con la horma de tu zapato.

Llegaron a la oficina del sheriff y Albin aparcó junto a la camioneta de Mick.

—¿Qué te debo? —dijo Mick.

—Si me haces un favorcillo, nada.

—Prefiero pagarte.

Mick le dio un billete de diez dólares.

—Es por mi primo —dijo Albin—. Lo van a desahuciar. Hoy le vence el plazo. Lo mismo podrías hablar con tu hermana.

—¿Ha dejado de pagar el alquiler?

—No, no va por ahí —dijo Albin—. Es bastante peor que eso.

—¿El banco? Contra esos no se puede hacer nada.

—Es su padre.

Johnny Boy salió del edificio y se acercó al coche de Albin.

—Justo el tipo al que quería ver —dijo Johnny Boy—. ¿A quién llevas ahí dentro? Ey, Mick, oí que habías vuelto. ¿Todo bien?

Mick asintió.

—Albin —dijo Johnny Boy—, tienes cuatro tíos, ¿me equivoco?

—Cinco.

—El que ando buscando es Bill-Tom Reeder. El que vive en Crosscut Ridge.

—No, ese se mudó a Redbird. El de Crosscut es Tío Hank.

—¿Entonces cuál es el que tiene un hijo que se llama Roscoe?

—Bill-Tom.

—Bueno, pues ese quiere que Roscoe se largue de su propiedad.

—Ya me he enterado —dijo Albin—. Justo ahora se lo estaba comentando a Mick. A lo mejor podría echaros un cable.

—Buena idea —dijo Johnny Boy—. Vamos, Mick. Iremos en mi coche.

—No me necesitas —dijo Mick.

—Igual sí. Los desahucios pueden ponerse chungos.

—¿Y Linda?

—Anda por ahí, interrogando a los vecinos de Pete Lowe.

Mick se vio atrapado en un fuego cruzado. Los dos hombres requerían su ayuda, pero con objetivos contrarios. Lo más inteligente sería largarse pitando. ¿Pero adónde? ¿A casa de su hermana a ver la tele? Salió del taxi y fue a su camioneta a por el móvil. A su espalda oyó las risas de Albin y Johnny Boy. Mick llamó a la compañía aérea para reservar un vuelo antes de lo previsto a Córcega, pero no había plaza en ninguno.

Capítulo 5

Mick y Johnny Boy cruzaron Rocksalt, fundada en la extensión más ancha entre los cerros. Lo que en su día fue una localidad ferroviaria para las industrias de extracción, hoy era sede de un hospital y un centro universitario, cada uno en un extremo. Johnny Boy redujo la velocidad al pasar por una gasolinera para fijarse en los clientes.

—¿Buscas a alguien? —dijo Mick.

—Sí y no. Busco, pero no sé a quién. Hace unos días vi una cara que creí reconocer. No paro de darle vueltas.

—Dos sitios por los que pasa todo el mundo, gasolineras y farmacias. Y si están de viaje, establecimientos de comida rápida y lavanderías.

Johnny Boy viró de pronto y pasaron junto a un edificio bajo pintado de blanco con un cartel que ponía:

LAVANDERÍA AUTOSERVICIO
SE ACEPTAN *BEAKER BUCKS*

Había tres vehículos en el aparcamiento. Una joven cargó con un cesto de plástico hasta uno de ellos, trasladó el peso a la cadera y abrió la puerta trasera. Johnny Boy entornó los ojos por la ventanilla y meneó la cabeza.

—Nada —dijo—. Todos matrícula del condado de Eldridge.

—¿Qué son los *beaker bucks*?

—Una especie de moneda universitaria. Las máquinas de refrescos los aceptan.

Mick asintió. Al oeste del pueblo pasaron por un aserradero familiar convertido en tienda de salchichas artesanales. Un perro viejo echado a la sombra alzó la cabeza para monitorear el paso de la camioneta y volvió a posarla sobre las patas cruzadas.

—Un poco gordo para ser un perro de exterior —dijo Johnny Boy.

—Seguro que se ha puesto así de zampar salchichas. ¿Las has probado?

—Paso de comer cosas artesanales. No es más que una excusa para sablearte. ¿Sabías que hay patatas fritas artesanales de bolsa? Se supone que las fríen por tandas. ¿Y luego qué? ¿Tiran el aceite? Anda ya, eso no lo hacen ni después de las cremaciones. Tengo un amigo que curra en un sitio de esos. Me cuenta que ni limpian la retorta entre cadáveres. Te dan una bolsita de plástico con las cenizas de tu abuela mezcladas con las de todos los que hayan incinerado esa semana.

—Lo mismo te haces de oro si abres un crematorio artesanal.

Mick le estaba vacilando, pero Johnny Boy se quedó un buen rato considerándolo, lo que aportó un respiro de lo más oportuno a la conversación.

—No —concluyó Johnny Boy—. No pienso tontear con las incineraciones. Podría haber fantasmas. Por eso tienen esa tonalidad grisácea, por las cenizas.

Ya estaban fuera del pueblo, habían dejado la carretera principal para tomar una estrecha vía asfaltada flanqueada por una zanja.

—¿Hubo suerte con lo del mecánico de Albin? —dijo Mick.

—No. Estamos estancados, no hay por dónde meterle mano. Pete Lowe no tenía amigos, pero tampoco enemigos. Linda va a tener que pasarse un par de días más sonsacándoles a los vecinos.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Viven en carreteras infernales, tanto en los cerros como en los valles. Se tarda un huevo en llegar a una casa. Luego salte otra vez a la carretera principal, da con el siguiente desvío y vuelta a empezar. A veces ni siquiera están en casa. Y si llueve, no te queda otra que esperar a que baje el cauce del riachuelo para poder cruzar. Anoche llovió.

Johnny Boy frenó para desviarse por una carretera de tierra que ascendía a un cerro. Pasaron junto a dos caravanas y un granero semiderruido. El círculo de ladrillo de un pozo construido al nivel del suelo estaba cubierto por una vieja nevera sin puerta. El apaño hizo sonreír a Mick, un clásico de la cultura de los cerros.

—Cuéntame en qué nos estamos metiendo —dijo Mick.

—Desahucio, es lo único que sé.

—¿Traes los papeles?

—Es un asunto familiar. Nada de alquiler, ni de arrendamiento. Linda quiere que averigüe qué pasa y evite cualquier problema.

Mick asintió, pensando en la petición de Albin de interceder por su primo. Esperaba que no se tratase de un chaval vendiendo drogas en casa de sus padres. La carretera culminó ante un roble de tamaño considerable y Johnny aparcó. Recorrieron a pie el sendero de tierra y pasaron junto a una pequeña estructura bien armada con un ventanuco cubierto por una malla de alambre. Tenía un tejado verde de chapa y dos escalones en la entrada.

Al final del sendero de acceso se alzaba otra casa. A la sombra de un gran arce había un Ford Bronco con el capó levantado. La puerta principal de la casa estaba abierta y al momento salió un hombre de cincuenta y pocos. Llevaba pantalones vaqueros, botas y una camisa de algodón de faena con las mangas enrolladas.

—¿Señor Reeder? —dijo Johnny Boy.

—El mismo —dijo el hombre—. ¿Es usted agente de la ley?

Johnny Boy señaló el vehículo que había dejado en la cumbre.

—Sí. Ayudante del sheriff.

—Sin las gafas no veo de lejos —dijo el señor Reeder—. Y dentro de casa no las necesito. Se me esconden.

—Mi tía las llevaba siempre colgadas al cuello, con un cordel.

—Lo intenté con el cordón de un zapato. Pero las muy cabronas se me metían en los huevos. Como huevos todos los días. Bueno, comía, ya no. Por eso les he llamado.

—¿Por los huevos? —dijo Johnny Boy.

—Por lo de mi hijo que vive en el gallinero.

Señaló la estructura maciza. Johnny Boy se quedó mirándola un minuto con todos sus segundos antes de hablar.

—Es el mejor gallinero que he visto en mi vida —dijo.

—Eso mismo dijo Roscoe. Quiero echarlo.

—¿Está ahí metido ahora mismo?

—Sí, él y su mujer, los dos.

—¿Viven ahí dentro?

—Se lo aseguro, me cago en mi vida. Soltaron a las gallinas y no ha quedado ni una viva.

—¿Las mató su hijo? —dijo Johnny Boy.

—No, ese no haría daño ni a una hormiga. Demasiado vago hasta para espantar una abeja. Los perros de los vecinos se ventilaron unas cuantas. Y por la noche, zorros y búhos. Vi a un halcón llevarse una delante mismo de mis narices.

El señor Reeder señaló una zona indeterminada del patio e inclinó la cabeza como rindiendo homenaje a un emplazamiento de interés histórico.

—¿Vive usted con alguien, señor Reeder?

—No. Mi mujer se largó hace cuatro años con un fontanero del condado de Cárter. El mes pasado me eché una novia, pero no sé, no tengo ni idea.

—¿Qué es lo que no sabe?

—Dónde anda.

Mick identificó un azulejo índigo que trazó una línea azulada en el aire, fue a posarse en una rama baja y emitió su alegre reclamo. Estaba descubriendo una cualidad de Johnny Boy que no conocía, el motivo por el que era tan buen ayudante. Linda ya se habría puesto de mala hostia. Para Johnny Boy no era más que precalentamiento.

—Bueno —dijo Johnny Boy—, parece que la cosa tiene fácil arreglo. Basta con que le diga a su hijo que se mude a vivir con usted.

—Ya lo hice. Se negó de plano.

—¿Está metido en algo de lo que no quiere que usted se entere?

—¿Como qué? Si no mueve un puto dedo.

—No pretendo decir que su hijo sea uno de ellos —dijo Johnny Boy—. Pero hay gente que cocina meta y la vende.

—Más quisiera yo. Ahora mismo no vale ni para carnada. Mi hermano me dijo que tendría que haberlo criado como a un perro, para poder venderlo y ahorrarme los disgustos.

—¿Está bien? Quiero decir, ¿ha estado deprimido o algo así?

—¿Mi hermano? Toma pastillas para el corazón.

—Me refería a su hijo.

—No, ese bien que se anima cuando viene a por la comida.

—¿Entonces come con usted?

—No exactamente. Le sirvo un par de platos y se los lleva. Su mujer es una tiquismiquis. Solo come sardinas y atún.

—Ajá —dijo Johnny Boy—. He de hacerle un par de preguntas oficiales. No vaya a tomárselas a mal. En situaciones como esta, he

de ceñirme a las normas. ¿Le parece bien?

—A mí me da lo mismo.

—¿Tiene algún motivo para temer a su hijo?

—¿Temer a Roscoe? Pobrecito mío.

—¿Le ha amenazado? ¿Ha abusado de usted de alguna manera?

—No, señor.

—¿Esta propiedad es suya?

—Sí.

—¿Alguna parte está a nombre de su hijo o de otra persona?

—No, es mía enterita. Puede usted disparar en cualquier dirección y la bala caerá en mi tierra.

El viento ligero cambió de curso y la brisa propagó por el patio el hedor a amoníaco del estiércol de pollo. Johnny Boy se sacó un pañuelo del bolsillo. Se enjugó los ojos y se sonó la nariz, luego lo dobló cuidadosamente y se lo volvió a guardar.

—Señor Reeder —intervino Mick—. ¿Su hijo tiene algún arma de fuego ahí dentro?

—Empeñó su rifle, pero podría tener una pistola. Y también tiene dos gallos chiquitines.

—Si son chiquitines —dijo Mick—, ¿cómo sabe que son gallos?

—No me refiero a que sean polluelos, lo que digo es que son chiquitajos.

—¿Me da usted permiso para entrar en el gallinero? —dijo Johnny Boy.

—Coño, claro, para eso les he llamado.

Johnny Boy cruzó por la hierba crecida y aporreó la puerta.

—Roscoe —dijo—. ¿Estás ahí dentro? Soy Tolliver, el ayudante del sheriff.

Desde el interior llegó una voz masculina, ligeramente amortiguada por las paredes de madera.

—¿Eres tú, Johnny Boy?

—Sí.

—No pienso hablar con ningún poli. ¿Quién es ese que ha venido contigo?

—Un amigo.

Johnny Boy miró a Mick y señaló la puerta.

—Soy el hijo de Jimmy Hardin. ¿Puedo entrar?

—La puerta está abierta. No tiene cerrojo.

—¿Tienes algún arma de fuego de la que debería preocuparme?

—Sí, por algún sitio debe andar.

Mick pasó junto a Johnny Boy, empujó la puerta y entró. Dentro el olor era más fuerte. Respiró por la boca, dejando que su visión se ajustase a la oscuridad. Abrió un poco más la puerta para que entrase la luz. En la penumbra del fondo se distinguía la figura de un hombre.

—Cierra la puta puerta —dijo Roscoe.

—No veo nada. ¿No tienes luz?

Roscoe hizo un movimiento y encendió una lámpara de pie. Mick cerró la puerta. La estancia contenía un microondas, un sofá con ropa de cama, una butaca y un ordenador portátil. Había ponederos vacíos, separados por paneles, en tres de las paredes. De pie en un rincón, la réplica en joven del señor Reeder: misma ropa, corte de pelo y complexión. Acunaba cariñosamente a un gallo pequeño contra su pecho. Mick se figuró que Roscoe no representaba ninguna amenaza, a no ser que le diera por utilizar el gallo como arma arrojadiza.

—¿Y tu mujer? —dijo Mick.

—Se largó hace tiempo. Le dije a papá que seguía conmigo para que me dejase en paz. Respeta la privacidad de las damas.

—¿Te importa que me siente?

—Tú mismo. Puede que haya mierda de pollo.

Mick se desplazó hasta la butaca y se sentó, estirando las piernas con aire despreocupado.

—La ropa se lava —dijo—. Me he sentado en sitios peores.

—¿Vives también en un gallinero?

—No. Estuve en el ejército.

—Yo lo barajé, lo de meterme en el ejército —dijo Roscoe—. Pero no quería dejar esto.

—Bueno, tienen barracones mejores que este.

—Me refiero a los cerros, no al gallinero.

—Te entiendo —dijo Mick—. Yo no veía el momento de largarme. Y luego no veía el momento de volver. Ahora ya ni sé lo que quiero.

—En cualquier caso, ¿qué andas haciendo con Johnny Boy? Ese nunca ha tenido amigos, que yo sepa.

—Yo tampoco —dijo Mick—. Así que supongo que ambos nos

apañamos con lo que podemos.

Roscoe arrastró los pies hasta una jaula de alambre y soltó al gallo dentro. Le habló suavemente con un tono agudo, como si se dirigiese a un crío.

—Ahí te quedas, Tigre —dijo—. Todo está bajo control. Yo estaré aquí mismo hablando un rato. Anda, ve y bebe algo.

El gallo alzó la cabeza, miró a su alrededor como buscando una vía de escape, luego dio tres pasos pomposos hasta la escudilla del agua. Roscoe cerró la puerta de la jaula y la trabó.

—¿Esa cosa ha crecido ya del todo? —preguntó Mick.

—Sí, esta raza es así, chiquitaja.

Sonó una especie de crujido en un rincón oscuro. Mick divisó un leve movimiento en las sombras.

—¿Tienes otro por ahí? —dijo Mick.

—Puede. ¿Por qué?

—Por nada.

—Solo para que lo sepas —dijo Roscoe—. No pienso salir de aquí y Tigre no está en venta.

—¿Y qué me dices del otro?

—Charles no es mío. Y puedes decirle a Johnny Boy que tampoco lo he robado.

—¿Y de quién es?

—De Pete Lowe.

—¿Pete, el mecánico?

—Sí, me lo trajo él. Me pidió que se lo cuidase.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hará tres días. Lo mismo una semana. No sé. Llevo el horario de los pollos.

—Tengo que salir un momento —dijo Mick.

—Asegúrate de cerrar bien.

Mick asintió. Salió y le hizo un gesto a Johnny Boy. Se alejaron lo bastante del señor Reeder para poder hablar en privado. Mick le contó lo de Charles.

—¿El gallo de Pete Lowe? —dijo Johnny Boy—. A lo mejor Roscoe lo mató y se apropió de Charles. ¿Pero entonces por qué te iba a contar de quién es? No, va a ser que no. Tenemos que hablar con el señor Reeder.

—Buena idea.

El señor Reeder estaba inclinado junto al Bronco sobre una caja de herramientas con las tablas manchadas de aceite. Sostenía una llave de vaso a diez centímetros de su cara. Se la mostró a Johnny Boy.

—¿Es la de veintidós milímetros? —dijo—. Soy incapaz de verlo.

—Veintidós, sí señor —dijo Johnny Boy—. Oiga, ¿sabe si Pete Lowe se ha pasado últimamente por aquí?

—Sí.

—¿Trajo algo?

—Una caja de cartón. Se la dio a Roscoe.

—¿Cuándo fue eso exactamente?

—El miércoles pasado, por la tarde.

—¿Está usted seguro?

—Sí, estaban sonando las campanas de la iglesia del valle para llamar a misa —dijo el señor Reeder—. Alcánceme un trozo de alambre, ande.

Johnny Boy rebuscó en la caja de herramientas hasta dar con una bobina oxidada.

—Esta nación se construyó con alambre de enfardar —dijo el señor Reeder—. Ahora se las ve uno negras para poder comprar un rollo nuevo. En las franquicias esas del pueblo ya no lo trabajan. Este país se ha ido a la mierda desde que murió Johnny Cash.

Empezó a desenrollar el alambre, usando de medida el pulgar. Mick regresó al gallinero y llamó a la puerta.

—Voy a entrar —anunció.

Entró y dejó la puerta abierta de par en par para dejar a Johnny Boy al descubierto. La luz del sol se propagó por el interior y se difuminó en los rincones. Las dos aves estaban metidas en jaulas de metal. Roscoe, tumbado en el sofá, parpadeó ante la súbita irrupción de la luz. Mick se desplazó deprisa por la estancia, levantó unas prendas viejas y apartó un saco de pienso medio lleno. Debajo de unas revistas de cine había un revólver de nueve tiros calibre 22, un H&R con un armazón del 38.

—Son de mi mujer —dijo Roscoe.

—¿La pistola también?

—No, esa es mía. Digo las revistas. No le gusta que la gente ande toqueteándolas.

—Roscoe —dijo Mick—. Tienes que hablar con Johnny Boy.

Vamos un momento fuera.

—Prefiero hablar contigo.

—El ayudante es él, no yo.

—¿Y si me niego? —dijo Roscoe.

—Te sacaré a rastras. Johnny Boy te pondrá las esposas y tendrás que vértelas en Rocksalt cara a cara con la sheriff.

—Pero si yo no he hecho nada.

—Entonces sal y habla con Johnny Boy.

—¿Y qué hay de la doctrina del castillo? [5]

Mick descargó la pistola, dejó caer las balas al suelo y lanzó el arma a uno de los ponederos vacíos.

—Tú verás —dijo—. No soy un intruso armado. Y buena suerte a la hora de convencer a un juez de que un gallinero que ni siquiera te pertenece es tu castillo.

Roscoe permaneció unos segundos tumbado en el sofá en actitud de desafío, luego se levantó con lentitud forzada y salió. Tenía toda la ropa manchada de estiércol de pollo y barro seco. Miró a su alrededor, entornando los ojos para no deslumbrarse con el sol.

—¿Qué quieres? —dijo Roscoe.

—Según tu padre —dijo Johnny Boy—, Pete Lowe te entregó el miércoles una caja de cartón.

—Sí, ¿y qué?

—¿Qué había en la caja?

—Un gallo.

—¿Se lo compraste?

—No —dijo Roscoe—. Pete quería que se lo cuidase.

—¿Por qué?

—Eh…, bueno, tenía sus razones.

—Te convendría decírmelas.

—Pregúntaselo a Pete.

—No puedo —dijo Johnny Boy—. Pete está muerto.

Roscoe miró a Mick para que se lo confirmara. Mick asintió y Roscoe se dejó deslizar por la pared del gallinero como si de pronto le hubiese entrado flojera en las piernas. Se sentó en el bloque de hormigón que servía de escalón. Mick se preguntó cuánto tiempo llevaría sin comer ni beber agua. Había visto casos de deshidratación en el desierto, y los vahídos eran una señal. Contuvo el impulso de ofrecerle un trago.

—Alguien le pegó un tiro —dijo Johnny Boy.

—¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer con su gallo?

—No lo sé —dijo Johnny Boy—. El caso es que lo mataron después de que lo vieses por última vez. Tienes que contarme qué está pasando.

El señor Reeder se unió a ellos, sostenía una llave para filtros de aceite con la correa suelta y dos tenazas de amarre oxidadas con las que pretendía ceñir la correa.

—Hijo. ¿Dónde está Misty?

—Se largó, papá. Hace ya un mes.

—¿Y quién se ha estado comiendo todo ese pescado?

—Charles. Pete me dijo que le diese de comer.

—¿Quién cojones es Charles? —dijo el señor Reeder.

—El gallo de Pete Lowe —dijo Johnny Boy—. Por eso estamos aquí, más o menos. Pete está muerto y su hijo nos está ocultando algo. Estoy intentando que no acabe entre rejas.

—¿Has oído eso? —le dijo el señor Reeder a su hijo—. Diles todo lo que quieren saber. Luego entras en casa y comes. Estoy descongelando un jamón. Un jamón de los buenos, de los *amish* del condado de Fleming.

—¿Me darás un poco?

—Claro, haré también el pan de maíz que hacía mamá, y frijoles. Pero tienes que hablar con este hombre.

Roscoe se frotó la cabeza y se le desprendieron del pelo virutas de pino y paja. Habló dirigiéndose a las botas de su padre.

—Pete tenía miedo de que le robasen a Charles. Quería que yo se lo guardase sin decírselo a nadie.

—¿Y por qué querría alguien robar un gallo? —dijo Johnny Boy.

—Está valorado en tres mil dólares.

La voz del señor Reeder adoptó un tono cordial.

—Hijo. Ningún ave vale eso. Haz el favor de contarles la verdad.

—Es la verdad, papá —dijo Roscoe—. Charles es mexicano y alemán. El mejor gallo de pelea que hay. Lleva siete victorias seguidas.

—¿Dónde se celebran esas peleas? —preguntó Johnny Boy.

—En distintos sitios. Normalmente en un granero, bien oculto en el bosque.

—¿Y cómo se entera uno?

—Por chats, en internet.

—¿Cuándo fue la última?

—Hace dos semanas, el sábado por la noche.

—¿Dónde?

—En casa de Hack Darvis. En la frontera con el condado de Elliott.

Johnny Boy sacudió la cabeza. Costaba imaginarse a alguien más corrompido que Hack Darvis. Hacía treinta años, Hack dejó caer un árbol sobre un hombre mientras talaban. La gente decía que fue deliberado, una disputa a causa de una mujer. Estaban solos en el bosque, y Hack salió impune.

—¿Y por qué te dio a Charles? —preguntó Johnny Boy.

—Te lo acabo de decir —dijo Roscoe.

—Me refiero a por qué a ti, en particular.

—Sabía que se lo cuidaría bien.

—¿Y eso? —dijo Johnny Boy.

—Porque tengo uno. Tigre aún no ha entrado en combate. Pete me estaba enseñando a entrenarlo. Por eso me abandonó Misty. Decía que quería más a Tigre que a ella. Y a veces era así. No todo el rato, pero supongo que sí lo bastante como para que me acabara mandando a paseo. Por eso y por la pasta.

—¿Qué pasta? —dijo Johnny Boy.

—Ella quería que alquilásemos una caravana, pero yo compré a Tigre.

Los cuatro hombres guardaron silencio, cada cual mirando en una dirección. Mick escrutó el bosque que se extendía por detrás del gallinero, donde tres gorriones se pitorreaban de un cuervo posado en un sicómoro. El cuervo abandonó la rama y planeó. Los gorriones lo siguieron, picoteándole las plumas de la cola hasta que el cuervo comenzó a aletear y se alejó presuroso. Los gorriones trazaron un círculo de vuelta al nido que estaban protegiendo.

Johnny Boy miró a Mick, enarcó las cejas y se encogió levemente de hombros.

—Roscoe —dijo Mick—. ¿Sabe alguien más que Charles está aquí?

—No.

—¿Ni siquiera Misty?

—Ella lo vio cuando vino a por sus cosas.

—¿Le dijiste de quién era?

—No, Pete me dijo que no se lo dijera a nadie.

—Pero sí sabía que ibas con él a las peleas.

Roscoe asintió. Al momento, los cuatro estaban asintiendo: Mick hacia Johnny Boy para comunicarle que ya había acabado, Johnny Boy a Roscoe, y el señor Reeder a su hijo. Un arrendajo azul pegó un chillido y otro lo bombardeó de vuelta, como jugando. Una ráfaga de viento volteó las hojas de un arce plateado.

—Señor Reeder —dijo Mick—. Tener ese gallo aquí no es buena idea. Han matado a un hombre por él. Si ve a alguien que no conozca, llame al sheriff enseguida.

—Puedo cuidar de mi hijo.

—No lo dudo. Pero esa gente no se anda con chiquitas.

Con un movimiento brusco, el señor Reeder se sacó una 38 de cañón corto del bolsillo trasero.

—Ni yo —dijo.

Capítulo 6

Linda conducía sin premura, y se preguntaba por qué. Normalmente pisaba a fondo y lo dejaba rugir, siguiendo la pauta de una canción que había oído en el viejo ocho pistas de su madre [6]. Hoy iba con calma. La única divergencia había sido el desayuno. Casi todas las mañanas se comía una magdalena por el camino y llegaba al trabajo con media taza de café en un termo portátil, ya tensa y ansiosa. Si se pasaba con el café, le entraba jaqueca. Si se quedaba corta, también. Hoy se sentía en plena forma, el desayuno de su hermano le había recompuesto el sistema nervioso mientras ella se chutaba su buena dosis de cafeína.

La radio crepitó un par de veces y brotó la voz de Sandra.

—Base a sheriff.

—Dime, Sandra.

—Hemos recibido un aviso. Intruso o allanamiento.

—¿Lo uno o lo otro?

—No sabría decirte. Es la señora Morgan, vive más allá de Shawnee Rock. Dice que hay alguien allí.

—¿Allanamiento de morada?

—Ni idea. Ha sido un poco imprecisa. Creo que está un poco mal de la chaveta.

—Manda a Johnny Boy.

—No puedo. Está en la otra punta del condado con lo del desahucio.

—Hay que joderse —dijo Linda—. Hay que joderse a base de bien.

La radio permaneció en silencio.

—Mándame la puñetera dirección en un mensaje de texto —dijo Linda.

En el siguiente ensanchamiento giró y volvió por donde había venido. Shawnee Rock era una escarpadura natural a la que subían

los adolescentes a beber y a fumar marihuana. Se habían dedicado a llenarla de grafitis, lo que había dado lugar a unas cuantas habladurías acerca de reuniones satanistas. La investigación de Linda sacó a la luz latas de cerveza vacías, una sudadera desgarrada y un librillo de papel de fumar.

La propiedad de los Morgan estaba al final de un largo camino de acceso con rodadas gemelas y un montículo de malas hierbas en medio. Los árboles rodeaban la casa bajo un cielo color tarro de mermelada. Una línea telefónica y un cable del tendido eléctrico partían desde un poste hasta la casa de dos plantas. No se veían coches, lo que quería decir que el hipotético intruso había venido a pie. Linda se apeó e inspeccionó el patio en busca de huellas sin dar con ninguna.

Subió al porche y llamó a la puerta. Estaba recién pintada de verde claro, un trabajo apresurado y chapucero. No hubo respuesta, así que volvió a aporrear un par de veces, luego rodeó la casa para probar suerte en la puerta de atrás. Junto a la casa crecía uno de los pocos olmos del condado que habían sobrevivido a la plaga, proyectaba una larga rama por encima del tejado. En el patio trasero se abría paso un sendero entre la hierba crecida hasta una mesa pintada de blanco. Había una anciana sentada con un tazón amarillo intenso y un cigarrillo. Tenía la melena suelta, larga y gris, y llevaba un vestido de andar por casa de color claro.

—Pare el carro —dijo—. ¿Quién es usted?

—Sheriff Hardin.

—Una mujer.

—Sí, señora —dijo Linda—. Soy nueva.

Linda se acercó y se fijó en las manchitas de pintura verde que lucía en la muñeca derecha.

—¿Ha estado pintando la puerta? —preguntó Linda.

—¿Quién se lo ha contado?

—Nadie. Me ha parecido recién pintada, y aún tiene un poco de pintura en el brazo.

—Es verde —dijo la mujer.

—No soy ciega.

—Una puerta verde espanta al diablo.

—¿Llamó usted hoy a la oficina del sheriff?

—Sí, llamé. Ha sido rápida.

—Estaba por la zona —dijo Linda—. ¿En qué puedo ayudarla, señora Morgan?

—Hay algo en la casa.

—¿Algo? A la operadora le dijo que era una persona.

—Es las dos cosas.

Linda respiró hondo y dejó escapar el aire con suma paciencia, repitió la operación dos veces. Era una técnica para calmarse que rara vez le funcionaba. Seguía estando de mala hostia, pero menos predispuesta a cagarse en todo lo vivo o largarse pateando el suelo de pura furia. Su madre solía sacarla de sus casillas y Linda asumía que tenía muy poca paciencia con las ancianas.

—¿Las dos cosas? —dijo Linda.

—Es un fantasma. Antes fue una persona, así que las dos cosas.

—¿Lo ha visto?

—Dos veces. En el pasillo de arriba y en las escaleras.

—¿Podría describírmelo?

—No es fácil. Era gris claro y se movía primero despacito y luego muy rápido.

—¿Le importa que me siente?

La señora Morgan se encogió de hombros. Linda se ajustó el cinturón de servicio para estar lo más cómoda posible en la silla de hierro. Se echó hacia delante, como los sospechosos esposados en el asiento de atrás. El vestido de la señora Morgan fue en su día amarillo y blanco, pero se le había ido destiñendo, probablemente de secarse al sol en el tendedero. Linda se preguntó si no se habría visto reflejada en un viejo espejo turbio en la penumbra y se había tomado a sí misma por un fantasma.

—¿Tiene algún espejo en casa? —preguntó.

—En el cuarto de baño.

—¿Vio al fantasma allí?

—No, ya se lo he dicho. En el pasillo y en las escaleras. ¿Es que no me escucha?

Linda respiró hondo tres veces y se contuvo.

—Creo que voy a echar un vistazo dentro —dijo.

Linda cruzó el patio hasta la puerta trasera y entró en la cocina. Le sorprendió lo limpia que estaba, teniendo en cuenta la edad y el nivel de desvarío de la señora. Habían pasado un trapo por todas las superficies y los platos estaban lavados, secos y apilados. La radio

de la encimera estaba puesta en una emisora local. Abrió la nevera e inspeccionó lo que había dentro. Nada que excediese la fecha de caducidad.

Continuó hasta el salón, que exhibía el mismo grado de pulcritud. La única anomalía era el sofá, donde una pila desordenada de revistas y un montón de correo basura delimitaban un espacio vacante. Probablemente era donde solía sentarse la señora Morgan. Había otra radio puesta en la misma emisora, produciendo un efecto de sonido estéreo de baratillo. La planta baja contaba también con una pequeña sala de estar y un dormitorio donde, claramente, dormía la señora Morgan. La cama estaba primorosamente hecha y el armario organizado. En la pequeña radio que había sobre la mesita de noche sonaba la misma emisora. Al lado había una linterna, pilas de repuesto para los audífonos, una caja de clínex y un libro de tapa blanda sobre la familia real británica. Un bastón resplandeciente de aluminio con cuatro patas y puntas de goma reposaba junto a la puerta.

Linda subió las escaleras. Los escalones lucían una capa de polvo, y ninguno mostraba huellas de pisadas recientes. El pasamanos estaba igual de polvoriento, sin huellas de manos. Al final de las escaleras, Linda no pudo evitar sentir un poco de yuyu por si se topaba con un fantasma en el pasillo. Sacudió la cabeza y miró en los dos dormitorios de techo inclinado de la segunda planta. A través de una ventana abuhardillada vio el grueso tronco del olmo. Una brisa movió las hojas y oyó el roce de la rama contra el tejado.

El techo original de escayola estaba remendado con pequeños paneles de pladur, uno de los cuales estaba combado y manchado. Linda arrastró una silla hasta la pared y se subió. Aguijoneó el techo con el enganche de las esposas, luego las meneó en el aire y reconoció el olor a pis de ardilla.

Linda volvió al patio trasero. La señora Morgan se estaba fumando otro pitillo en una zona donde seguía dando el sol. El resto del patio estaba cubierto por la sombra que proyectaba el enorme afloramiento rocoso que se alzaba por detrás de la casa.

—Bueno —dijo Linda—. He resuelto su problema. Tiene ardillas en los aleros. Y hay una rama que raspa el tejado. Seguro que altera a las ardillas, ya sabe, las inquieta.

—Lo de las ardillas ya lo sabía. ¿Ha visto al fantasma?

—No, no lo he visto —dijo Linda—. ¿Qué pinta tiene?

—Es un hombre que anda buscando su rifle.

—¿Tiene algún rifle en casa?

—Lo tuve, ya no. Mi sobrino me lo pidió hace veintitantos años. Nunca me lo devolvió. Era el 22 de mi bisabuelo. Para caza menor.

—Ajá —dijo Linda—. ¿Y qué le hace pensar que ese fantasma anda detrás de un rifle?

—Usted no es de por aquí, ¿verdad?

—Llevo toda la vida viviendo en el condado de Eldridge.

—En Rocksalt, me imagino.

—Sí, señora.

La mujer utilizó el cigarrillo como puntero y señaló la roca oscura que se alzaba al fondo del patio.

—¿Sabe qué es eso? —dijo.

—Yo diría que la cara posterior de Shawnee Rock.

—Lleva mucho tiempo en el pueblo y se ha olvidado del campo. Shawnee Rock está embrujada. La gente de por aquí lo sabe. Hay tres fantasmas viviendo por ahí arriba.

—¿Tres?

—Un bebé que busca su cabeza. Un oso que busca su piel. Y un hombre que busca su rifle. El hombre disparó al oso que mató a su bebé, luego tiró el rifle. Y ahora está en mi casa buscándolo.

—¿Y por qué en su casa?

—Porque no lo habrá encontrado por ahí arriba.

El tono de la señora Morgan delataba un deje de frustración, como si estuviese explicando los fundamentos de la aritmética a una cría que no prestase atención. Linda no descartaba del todo la existencia de los fantasmas, pero nunca se había tropezado con uno. La evidencia empírica rara vez era determinante, la mayoría de la gente no había visto al diablo, pero seguían pintando las puertas de verde. Suponía que con los OVNIS, Bigfoot y Papá Noel pasaba lo mismo. Linda seguía acordándose de la devastadora decepción que se llevó al enterarse de que el Ratoncito Pérez era su madre.

—Señora Morgan —dijo Linda—. Si hay tres fantasmas en Shawnee Rock, podría tratarse de cualquiera de los tres.

—El bebé no puede caminar, es un bebé. Al oso lo destriparon ahí arriba, así que no se separará de su pellejo. El hombre perdió el

rifle en el risco. En mi opinión, se ha recorrido el valle de arriba abajo sin dar con él. Con lo que solo le queda buscar en mi casa.

Linda admiraba la lógica impecable de la señora. Razonaba las opc\2es del mismo modo que ella descartaba sospechosos. Linda cambió de postura en la silla. El bosque frondoso cercaba el patio con sus muros de tupida floresta. Un pájaro carpintero con un copete rojo descendió cabeza abajo por una jicoria ovada, dio con un punto blando en la corteza y se puso a horadarlo con el pico como si fuese un martillo neumático en miniatura. Linda se preguntó si los árboles podrían ser poseídos por bichos muertos. De ser así, el bosque estaría más poblado de fantasmas que de insectos.

No estaba muy segura de cómo proceder con la señora Morgan. Se preguntó fugazmente si su hermano habría visto los fantasmas de los soldados caídos en los campos de batalla. Pese a lo tosco que era, Mick tenía buen corazón, y ella intentó pensar qué habría hecho él de haberse visto en su situación. Habría querido apaciguar a la señora Morgan, aliviar su ansiedad y pasar a otra cosa. Eficaz a corto plazo, esa estrategia había acabado arruinando su matrimonio. De todos modos, Linda nunca había estado casada, así que ¿qué iba a saber ella de cómo preservarlo?

La señora Morgan se encendió otro cigarrillo.

—¿Tiene a alguien que le traiga comida y tabaco? —dijo Linda.

—Mi sobrino.

—¿El que se llevó el rifle?

—Sí, viene dos veces por semana. También me ayuda a pagar las facturas. Me lleva a los médicos.

—¿Le dio ese bastón que tiene en su dormitorio?

—Sí, pero no me hace falta.

—¿Le contó lo del fantasma?

—No. Ni pienso hacerlo. Me ingresaría en una residencia.

—¿Y no se ha planteado mudarse con él?

—Vive con su segunda esposa y cinco críos. Gracias, pero no.

Linda asintió, sopesando la situación. La señora Morgan tenía la casa impecable. El pelo y la ropa limpios. No estaba del todo sola, simplemente era una mujer solitaria. Linda se inclinó hacia delante y la miró, dándole a entender que se disponía a zanjar el tema.

—¿Qué quiere que haga? —dijo Linda.

—¿A qué se refiere?

—Llamó usted al sheriff y aquí me tiene.

—No lo sé —dijo la señora Morgan—. Estoy hasta el moño del fantasma y me imaginé que las fuerzas del orden sabrían qué hacer.

—Podría arrestarlo. Para ello tendría usted que presentar una denuncia. Habrá papeleo, pero no creo que llegue a juicio.

—Si fuésemos a juicio yo no pienso testificar. Mierda, mi sobrino me encerraría en un manicomio. Nunca he vivido en otro sitio que no sea este.

—Mire, ¿por qué no hacemos lo siguiente? —dijo Linda—. Arresto al fantasma y le canto las cuarenta. Le digo que o se larga del condado o lo meto entre rejas.

—¿Cree que la escuchará?

—No le va a quedar más remedio, señora Morgan. Soy la ley.

Linda se puso en pie y se ajustó el cinto. Entró en la casa y subió las escaleras hasta el pasillo. La señora Morgan esperó en la planta baja.

—Señor —dijo Linda alzando la voz para que la señora Morgan la oyese—. Señor, va a tener que acompañarme.

Se quedó mirando unos segundos a la pared, luego se trasladó hasta el inicio de las escaleras. Alzó el brazo izquierdo perpendicular al cuerpo y ahuecó la mano como si sostuviera a alguien por el brazo. Bajó despacio, hablando fuerte.

—Señor, esta no es su casa. No puede entrar cada vez que le plazca. Como vuelvan a llamarme, le aseguro que no seré tan amable. Se acabó lo de merodear por aquí.

Pasó junto a la señora Morgan, cuyos ojos delataban una intensa concentración. Linda salió de la casa y cruzó el patio hasta su vehículo. Abrió la puerta de atrás e hizo el paripé de ayudar a meterse al detenido, plantándole una mano donde se suponía que debía estar más o menos la cabeza para que no se la golpease contra el techo. Luego cerró la puerta y regresó a la casa.

La señora Morgan estaba en el porche, cubriéndose el pecho con los brazos delgados. El vestido descolorido se le mecía con la brisa por debajo de las rodillas.

—Con eso bastará —dijo Linda.

—Tampoco quiero que le pase nada.

—Le garantizo que no irá a la cárcel.

—No es culpa suya —dijo la señora Morgan—. El pobre no

puede evitarlo, no creo que pueda.

—Entiendo.

—Pues me alegro por usted, porque a mí se me escapa por completo. Yo me limito a llevarme bien con estos viejos cerros.

—Es lo único que podemos hacer los que vivimos por aquí.

Linda se subió al coche, dio media vuelta y enfiló el angosto camino. Miró por el espejo retrovisor por costumbre. No había nadie en el asiento trasero y sonrió para sus adentros. Avisó a Sandra de que lo del intruso había sido una falsa alarma y que no habría informe. Siguió hacia el este, adentrándose en los cerros, pensando en que la anciana señora Morgan estaba más sola que la una. Tal y como iban las cosas en su vida, ella se vería algún día en las mismas. Un poco de bondad nunca hacía daño.

Capítulo 7

Johnny Boy y Mick dejaron atrás la cresta donde vivían los Reeder e hicieron un alto en la cumbre del cerro. Johnny Boy llamó a Linda, pero no se lo cogió. Dejó un mensaje y llamó por radio a la centralita.

—Sandra —dijo—. ¿Dónde está Linda? No responde.

—Al otro lado de Shawnee Rock. Por allí no hay cobertura.

—Dile que tengo que hablar con ella.

—Diez-cuatro [7] —dijo Sandra.

—Recibido.

—Cambio y corto.

Sonrió y dejó de apretar el botón de la radio. Mick entendió que esa era la manera de flirtear de Johnny Boy. Descendieron del cerro esquivando los boquetes de barro seco. Johnny Boy paró para no llevarse por delante a una tortuga. Mick se bajó y la puso a salvo, acordándose de cuando, de crío, pintaba una X roja a todas las tortugas que se encontraba, con la esperanza de volverse a cruzar algún día con ellas. Nunca ocurrió. Quizá la pintura acababa borrándose a la intemperie, o quizá había una colonia secreta de tortugas tintadas de rojo en lo más profundo del bosque. Volvió a la camioneta, Johnny Boy estaba informando a Linda de lo de los Reeder.

—Sí, aquí al lado lo tengo —dijo Johnny Boy—. Vale.

Puso el altavoz. Mick oyó la voz metalizada de su hermana, sonaba agobiada y bajo presión. La recepción iba y venía, como si estuviera en un túnel.

—Id a ver a Hack Darvis —dijo.

—Muy bien —dijo Johnny Boy—. ¿Quieres que lo detenga por organizar peleas de gallos?

—No, tenemos un pifostio mucho más gordo que una pelea de aves. Dile…

La llamada se interrumpió abruptamente. Johnny Boy intentó retomar el contacto dos veces, pero no hubo suerte. Un enorme saltamontes verde se coló por la ventanilla bajada y aterrizó en el salpicadero. Sobresaltado, Johnny Boy dejó caer el teléfono sobre su regazo. Mick agarró el insecto con dos dedos y lo soltó al exterior.

—Uno de mis dos bichos favoritos —dijo Mick—. Se camuflan como una hoja. Mi abuelo contaba el número de chirridos que emitían en quince segundos, luego le sumaba treinta y siete para saber la temperatura del aire en grados Fahrenheit.

—En mi familia éramos más de usar el termómetro.

Mick asintió, pensando en los doce termómetros de su madre. Él nunca había recurrido a ninguno de esos métodos, simplemente salía a la calle y calibraba si convenía ponerse o no un chaquetón.

—El caso es que esa técnica solo funciona cuando nos movemos entre cuarenta y setenta grados —dijo Johnny Boy—. Con más calor no te da tiempo a contar. Y si baja de treinta y ocho se quedan callados.

—Está visto que a mi abuelo no se le daban tan bien las matemáticas como a ti.

—¿Y cuál es tu otro insecto favorito? Dijiste que tenías dos.

—El insecto palo. Difícil de ver.

—Adán debía estar agotado ese día. Ponerle a un insecto el nombre de insecto palo porque se parece a un palo. ¿Nunca piensas en Adán?

—Pues mira, no.

—Yo sí —dijo Johnny Boy—. Le he dedicado horas. Todo lo que decía era para ponerle un nombre a algo. Y se nota cuando se quedaba sin ideas. Como con el saltamontes. Ese día debía estar deslomado. Vio un bichillo que saltaba por el monte y dijo: «Ahí va un saltamontes». Tuvo una vida jodida.

—¿Y eso?

—Vivir solo, sin amigos, y tener que ponerle nombre a todo. Al final consiguió una mujer y se metió en un lío por un asunto relacionado con la comida. Los desahuciaron. Uno de sus hijos mató al otro y huyó. Pienso en lo triste que tuvo que ser para ellos. Expulsados del paraíso con un hijo asesino.

—Ajá —dijo Mick—. Tienes que llamar a la centralita para que te den las señas de Hack.

Johnny Boy llamó a Sandra por radio y Mick se bajó de la camioneta para ahorrarse el lamentable flirteo. Se preguntó si serían celos. No creía, pero lo cierto es que, desde que dejó la base, su cabeza no acababa de centrarse. Su abuelo decía que toparse con un insecto palo daba buena suerte. También que matar a una araña de patas largas provocaba la lluvia y que si se colaba un pájaro en la casa significaba que alguien iba a morir. Al final, las dos cosas resultaron ser ciertas: llovió y murió gente.

Mick volvió a la camioneta y salieron al asfalto. Johnny Boy tomó la carretera de Open Fork y subieron a otro cerro. Pasaron junto a un cementerio, varias caravanas y unas cuantas casas viejas de madera. El terreno de los cerros era tan accidentado que las carreteras discurrían junto a los arroyos que les daban nombre. Lick Fork Creek se dividía en Upper Lick Fork y Lower Lick Fork. Todas aquellas designaciones tenían sentido para Mick, salvo la de «Open Fork». Una bifurcación, quieras que no, está abierta, ¿o no? De estar cerrada sería una vía muerta, o un palillo chino desamparado.

Siguieron por Christy Creek hasta la vieja carretera de Hoggtown, y se adentraron en los cerros escarpados para salir al condado de Elliott. Las ramas bajas de los arces cubrían la carretera.

—¿Crees que lo mataron por algo relacionado con los pollos? —dijo Johnny Boy.

—Vete tú a saber. Depende del dinero que hubiese en juego.

—Podría ser por algo que el gallo llevase dentro.

—No te sigo.

—Una vez pusieron en la tele una peli sobre un ganso. En blanco y negro. La peli, aunque el ganso también. Un menda robaba un diamante y se lo hacía comer a uno de esos gansos de Navidad. El ganso se le extraviaba y el tipo se pasaba toda la peli buscándolo por la ciudad.

—Creo que si le dieras de comer un diamante a una de esas mierdecillas belicosas la diñaría al momento.

—El de la peli también la diñaba al final.

El terreno se abrió a una zona amplia y llana, remetida al borde de los cerros, una de las extrañas anomalías geográficas de la región. Era un óvalo del tamaño de una pista de atletismo de Instituto. Por un lado, se alzaban los acantilados de piedra caliza de la cordillera. Por el otro, las torrenteras se precipitaban

abruptamente y serpenteaban por una ladera densamente arbolada. Pasaron junto a un claro de hierba enmarañada surcado de huellas de neumáticos y rodadas, un aparcamiento improvisado. Un poste solitario sostenía un reflector con cables que iban a dar a un granero y a dos construcciones anexas. Delante había una *pickup* de cabina extendida y un Ford Galaxie 500 de faros dobles en vertical.

Johnny Boy paró e hizo sonar el claxon tres veces. Esperó un par de minutos e insistió. El ruido se demoró y fue apagándose poco a poco hasta que solo quedó el sonido del viento que cepillaba las ramas altas.

Mick se apeó fijándose en los tres buitres que descendían lentamente trazando círculos a distintas alturas, como si a cada uno se le hubiese asignado una térmica. La camioneta tenía las llaves puestas. En la guantera estaban los papeles a nombre de Hack Darvis.

El portalón del granero era de esos gigantescos que se deslizan sobre un carril de guía atornillado a la fachada. Johnny Boy asió el tirador y el portalón se movió sin oponer resistencia sobre el raíl engrasado, dejando que la luz del sol ensopase el interior. No contenía nada de lo que solía haber en un granero: ni tractor, ni arado cincel, ni siquiera heno. En medio había un hoyo de unos tres metros y medio de diámetro y no mucho más de quince centímetros de profundidad. La tierra estaba apisonada por los extremos y lucía huellas de botas. En el centro del *ring* la tierra estaba batida y suelta, mezclada con plumas y sangre seca. Olía a matanza, whisky y cigarrillos.

Unos trozos de madera dispuestos sobre bloques de hormigón hacían las veces de toscas gradas. En la puerta de una de las cuadras habían instalado una repisa. Esparcidas por la tierra endurecida del interior, había cajas de cartón vacías estampadas con nombres de marcas de alcohol barato. En otra cuadra, restos de madera. Salvo por las latas de cerveza estrujadas y los cientos de colillas, el resto del granero estaba vacío.

—Se lo tiene bien montado —dijo Johnny Boy.

Salieron. Había dos cobertizos cerrados y Mick fue a por las llaves que estaban puestas en la camioneta. Luego se dirigió al primer cobertizo y probó con tres antes de que el candado se abriera. Entró, accionó el interruptor que había junto a la puerta y

la bombilla pelada que colgaba del techo descubrió seis cajas de cerveza sobre un banco de trabajo, junto a otras dos de botellas de 200 ml de whisky barato.

El otro cobertizo no tenía ventanas, lucía un tejado nuevo de acero acanalado y una puerta pesada con las bisagras ocultas y dos candados. Mick los abrió y entró. Había una neverita y una mesa baja, sobre la mesa un tarro de un litro, una esponja, un tubo largo de plástico y una caja de film transparente. En la nevera, otro tarro tapado y dos cucharas. El termostato estaba puesto sorprendentemente bajo, teniendo en cuenta que no había productos perecederos. De la pared colgaban un par de guantes de soldador de cuero grueso y una larga vara de metal con un gancho romo en un extremo.

Sobre otra mesa habían dejado una caja de madera de aspecto pesado, abatible como una maleta y diseñada para soportar un uso intensivo, que a Mick le recordó la caja de óleos y pinceles de un pintor de exteriores. Mick deslizó el pestillo, soltó los broches y abrió la caja. Un fuerte zumbido llenó el aire. En la raja había una serpiente de cascabel enroscada con la punta de la cola alzada y vibrante. Una malla gruesa impedía que se saliera, pero Mick retrocedió instintivamente. Había vivido combates cuerpo a cuerpo en tres países, pero lo único que le aterraba de un modo tan instantáneo eran las serpientes de cascabel, un miedo que venía arrastrando desde crío. Agarró la vara metálica de la pared y la usó para cerrar la caja, luego echó el pestillo. El zumbido quedó amortiguado.

Johnny Boy empuñaba su arma con ambas manos y apuntaba a la caja.

—Guárdate eso —dijo Mick.

Johnny Boy bajó el arma.

—Nunca vuelvas a desenfundar un arma cuando me tengas justo delante, ¿entendido?

—No me gustan las serpientes.

—Y a mí no me gusta que me disparen.

Salieron del cobertizo, los dos agradecidos por el sol y el aire. El paisaje se extendía verde y luminoso a su alrededor, ajeno a todo. Una mariposa revoloteaba entre la madreselva que orillaba el bosque.

—¿Cómo de grande crees que era esa serpiente? —dijo Johnny Boy.

—Más de medio metro. La caja parecía hecha a medida. Lo mismo es uno de esos pentecostales.

—Aquí, en el condado de Eldridge, te digo yo que no. A ver, hay pentecostales que entran en trance y hablan en lenguas desconocidas, pero manipuladores de serpientes no. Hubo una Iglesia de la Santidad en el condado de Pick donde sí que trasteaban con ellas. Siempre que sea una iglesia familiar, es legal.

—¿Conoces a alguno?

—No, pero tengo un primo que les vendía serpientes.

Otros dos buitres trazaban círculos en el cielo por encima del granero. Una nube ondulada flotaba a la deriva tras sus negras siluetas. Johnny Boy los miró.

—Deben de andar buscando gallos muertos.

Mick asintió, pensando que algo no cuadraba. Nada que pudiera discernir, pero en Irak y Afganistán había aprendido a confiar en su instinto. Su arma estaba en la oficina del sheriff y no le hacía gracia estar sin ella. Se dirigieron a la parte posterior del granero, donde había un *quad* aparcado en lo alto de un sendero que luego descendía a un valle. Posado en la jaula de seguridad del *quad*, un cuervo observaba a dos buitres que hundían sus cabezas sin plumas en el cadáver de un hombre. A Johnny Boy le entraron arcadas y se dio la vuelta.

—Ve a llamar a Linda —dijo Mick—. Avisa a una ambulancia.

Boqueando, Johnny Boy subió la cuesta con el teléfono alzado en busca de cobertura. Mick gritó y arremetió contra los pajarracos, que alzaron el vuelo con torpeza y fueron a posarse en un nogal, desde donde lo miraron con reproche por la interrupción de su banquete. A Mick no le importó. Ellos hacían su trabajo, lo mismo que él, y no iba a juzgar a un animal por su trabajo, aunque fuese comer carroña.

El cadáver era de un hombre grande, alto y ancho, y yacía doblado sobre la tierra con una Glock de nueve milímetros cerca de una mano. Tenía la camisa y los pantalones desgarrados por los perdigonazos que le habían arrancado una porción del torso lo bastante grande como para acabar con su vida. Mick rodeó el cadáver en un círculo muy cerrado para estudiar el terreno, la

visibilidad y la proximidad del granero al *quad*. A aquel hombre le habían disparado de cerca. Alguien lo había seguido hasta allí o habían llegado juntos. A lo mejor el asesino lo estaba esperando.

Mick se situó a la sombra fresca de un arce. Se sentó en el suelo entre dos raíces que brotaban de la tierra y se recostó contra el tronco, llevaba semanas sin sentirse tan cómodo. Quizá era por hallarse en la escena de un crimen. Se preguntó si no habría sido un error dejar el ejército. Un cardenal rojo destelló en un manzano. No echaba de menos el ejército, lo que había echado de menos era sentarse en el bosque de su infancia. Era el único lugar del mundo donde se sentía a salvo.

Capítulo 8

Linda encaró un tramo recto, una rareza en los cerros. Como todos los conductores del lugar, iba por el centro de la calzada y hundía el pie en el acelerador. Obligada a desacelerar en una curva, se entretuvo repasando mentalmente lo que sabía de la muerte de Peter Lowe, que era casi nada. Habían pasado tres días desde que examinara la escena del crimen después de que fuera pisoteada por los técnicos de emergencias, el forense del condado y tres vecinos. ¿Es que nunca habían visto en la tele uno de esos programas de policías?

Pete Lowe tenía cinco hijos, cuatro se habían casado y se habían ido del condado. La hija mayor, Janice, fue quien encontró el cadáver y llamó al número de emergencias. Linda había intentado interrogarla, pero el funeral interfirió. Dejó el asfalto para tomar un camino de grava que se fue volviendo gradualmente de tierra, junto a un arroyo. Tuvo que cruzar dos veces el caudal poco profundo que invadía el camino. En la hondonada salió a su encuentro una casa amarilla con tejas nuevas. Aparcó, tocó el claxon y se quedó junto al vehículo. No soplaba ni la más leve brisa, la mitad del terreno estaba en sombra por los altos riscos que se alzaban a ambos lados. El sol no se impondría más que unas pocas horas al día. En invierno sería un lugar gris, pero bien protegido del viento y el clima.

Una mujer con un chaquetón de tela vaquera y botas de goma apareció por una esquina de la casa. Llevaba el pelo recogido bajo una gorra azul y blanca con el emblema de la compañía Tractor Supply. Tenía la ropa manchada de barro.

—¿Señora Moore? —dijo Linda—. ¿Janice Moore?

—Sí y no. Estoy divorciada, así que es señorita, y recuperé mi apellido de soltera, Lowe.

—¿Es usted la hija de Pete?

Janice asintió.

—Lamento mucho lo de su padre —dijo Linda—. Me gustaría hablar con usted, si tiene un momento.

—Ufff… Bueno. Me pilla un poco liada con una cosa.

—Puedo esperar, o echarle una mano.

—Como usted vea.

Janice le dio la espalda y volvió sobre sus pasos. Linda la siguió hasta un solar cercado con postes de acero y malla de alambre. En el lado más próximo a la casa se extendía un abrevadero hecho con tablones. En medio del barrizal se alzaba un tanque galvanizado de agua. Dos puercas jóvenes se solazaban en el barro. Con una pata trasera amarrada a un poste, aguardaba un verraco adulto, paralelo a la cerca. Tenía una soga alrededor del cuello que le mantenía la cabeza pegada a otro poste. Janice se agachó junto a la bestia por el lado de fuera. Procurando no ponerse al alcance de sus afilados dientes, le amarró la pata delantera a la cerca, se incorporó y señaló el mango partido de una azada que yacía sobre la hierba.

—Es más bien tarea para uno solo —dijo Janice—. Si se rompe una cuerda, aporréelo hasta que yo salga.

Linda cogió el mango de madera de nogal viendo cómo Janice plantaba una mano en la parte superior del cercado para hundir la malla. Se impulsó y pasó una pierna por encima, posó la bota firmemente en el barro y pasó la otra. El cerdo se tensó y sacudió la cerca, sobresaltando a cuatro gorriones que estaban posados en la rama de un arce. Janice se sacó del bolsillo un botecito de alcohol desinfectante, lo destapó y lo incrustó en la tierra húmeda. Se acuclilló junto al animal. El cerdo pateó hacia atrás con la pata libre, pero se desequilibró y se venció contra la cerca. Pataleó varias veces, luego paró para descansar.

—Prepárese —le dijo Janice a Linda—. Si hace falta, le da en la cabeza. No le hará daño. Tienen el coco duro. Pero lo distraerá.

Janice abrió una navaja y roció la hoja con alcohol. Introdujo las manos entre las patas del cerdo y ahuecó las manos en su escroto. Lo sujetó con una mano, le hizo un tajo de cinco centímetros en la piel, apretó hasta sacar un testículo, lo cortó y se lo metió en el bolsillo del chaquetón. El enorme cerdo se había puesto a chillar como un niño y a embestir la cerca con todo su cuerpo. Janice llevó a cabo una nueva incisión y le arrancó el otro testículo. El cerdo chilló aún con más ferocidad. Janice regresó al otro lado de la cerca

y cortó las cuerdas. El cerdo se puso a correr por el solar incontroladamente, sin dejar de chillar, lanzando lodo al aire. Finalmente, se refugió en la caseta del rincón del fondo y los gritos se convirtieron en gemidos.

Janice le ofreció un testículo a Linda. Era grisáceo y rosado, moteado con pelusa del bolsillo.

—¿Quiere uno? —dijo Janice—. Se fríen, son ricos en hierro y zinc.

—Déjelo, gracias.

Janice limpió la sangre del cuchillo y de sus manos. El ambiente se había sosegado después de la refriega, hasta que un carbonero interrumpió el silencio con su tímido reclamo. Un cuervo observaba desde un abedul, como a la espera del mejor momento para lanzarse a inspeccionar las entrañas.

—¿Se pondrá bien? —dijo Linda.

—Sí. Lo mejor es hacerlo cuando son jóvenes, pero este me acaba de llegar.

—¿Cría cerdos?

—Últimamente, sí. Ayudo a la gente con sus animales. Veterinaria oficiosa. Si no tienen dinero, me pagan con lo que pueden. De ahí vienen estos.

—¿Dónde aprendió?

—En el ejército. Formación médica. Si puedes tratar a un ser humano, puedes tratar a un perro o una vaca. Los animales son más complicados. No les puedes explicar las cosas.

—Hay gente a la que tampoco.

Janice se rio, pero paró al momento, como si le hubiesen puesto un tapón al sonido. Utilizó el extremo posterior de la navaja para rasparse el barro de las mangas y arrojarlo al suelo.

—¿Averiguó algo sobre papá? —dijo.

—Estoy en ello. ¿Se llevaban bien?

—La verdad es que no. Incompatibilidad de caracteres. Me pasaba a verlo un par de veces por semana para llevarle comida y poco más.

—¿Mencionó alguna vez algún problema?

—No, pero de haberlo tenido tampoco me lo habría dicho. No le gustaba agobiarme con sus preocupaciones, no quería ser una carga. Quiero decir, apreciaba que le llevase la comida y todo eso, pero no

le hacía mucha gracia. Era así de testarudo.

—No hemos podido dar con su teléfono móvil.

—No tenía.

—¿Está segura? En la casa había un teléfono fijo, pero estaba desconectado.

—No pagaba las facturas. Decía que si alguien quería hablar con él, no tenía más que coger el coche y subir hasta allí arriba. Supongo que alguien le tomó la palabra.

Janice se pasó la hoja del cuchillo por la manga, la plegó y se lo guardó. Avanzó junto a la cerca, comprobando su firmeza para ver si las sacudidas salvajes del cerdo habían aflojado la alambrada.

—Quería preguntarle algo —dijo Linda—. En su casa había un gallinero y medio saco de paja fresca. Pero ni un solo pollo. Me preguntaba qué habría sido de ellos.

—Amaba a esas gallinas. Tenía ocho ponedoras. Las bautizó a todas: Polo, Tina, Flora, Vera, Cabeza de Fresa. De las otras no me acuerdo. Se las mató un zorro. Eso lo dejó hecho polvo. Luego se hizo con un gallo, de esos pequeñitos. A mí me parecía la monda, un gallo sin gallinas, pero lo cierto es que le levantó el ánimo. Lo cuidaba como si fuese un caballo de exhibición. Me imagino que era una especie de compensación por lo de las gallinas muertas. Se lo consentía todo.

—El gallo no ha aparecido por ninguna parte.

—¿Cree que alguien se lo robó?

—No sé qué pensar —dijo Linda—. Solo estoy tratando de cuadrarlo todo. ¿Tiene usted una escopeta?

—No tengo armas de fuego.

—¿Sabe de alguien que pudiera estar cabreado con su padre?

—No hablábamos de esas cosas. Trabajaba con coches de carreras. Seguro que esa gente sabrá más.

—¿Alguna mujer en su vida?

—No. Cuando mamá murió, renunció a casi todo. No era más que un hombre triste que vivía con sus gallinas.

Linda asintió, le dio las gracias y regresó al coche. En la esquina de la casa se dio la vuelta para despedirse con un gesto de la mano, pero ella ya no estaba allí. A Linda se le ocurrió que Janice no era más que una mujer triste que vivía con sus cerdos.

Linda salió a la carretera principal y comunicó a Sandra por

radio que se dirigía a la casa de Leo Gowan, el vecino más próximo de Pete. Durante el trayecto, pensó en una cita que tuvo una vez en un restaurante de Lexington especializado en frituras de cordero. El hombre, Barton, Bert, o algo por el estilo, insistió en ir en su Humvee, del que se sentía desmesuradamente orgulloso. A Linda, en cambio, le pareció lo peor. La altura con respecto al suelo, la absurda ostentación y, por encima de todo, la experiencia del viaje: estruendoso, convulsivo y lento. Cuando llegaron al restaurante tenía la espalda molida, casi peor que un dolor de muelas. Las frituras de cordero resultaron ser testículos fileteados, rebozados y fritos. Dio dos mordisquitos por pura cortesía. Su cita —Bateman, se acordó de repente— se zampó sus tres porciones y luego se acabó las de ella mientras la entretenía con historias sobre las ostras de las Rocosas, albóndigas hechas con criadillas de toro, que probó en un festival de Montana. Le mostró pruebas en su teléfono: una foto de él con una cerveza en la mano y una camiseta en la que ponía ¡TIENE HUEVOS LA COSA! Le explicó que comer testículos de toro lo volvía a uno más viril y le sugirió un último trago en el bar de un motel que quedaba a la vuelta de la esquina. Linda aceptó. Mientras él aparcaba el vehículo absurdo, una tarea bastante ardua debido al desproporcionado radio de giro, Linda se dirigió a la recepción del motel, llamó a un taxi y dijo que lo esperaría en el Waffle House que quedaba a dos manzanas de allí. La tarifa hasta Rocksalt fue de ciento noventa dólares. Le llevó dos meses erradicarlo de la tarjeta de crédito, pero no le importó: fue el dinero mejor gastado de toda su vida.

Linda siempre se había considerado más inteligente que la mayoría de los hombres, lo que tampoco es que fuese decir mucho a propósito de unos individuos que de verdad creían que comerse las pelotas de un animal mejoraba su vida sexual. Los hombres eran unos tarados que maltrataban a las mujeres y se mataban entre sí. Linda no acababa de entender por qué le gustaban. Quizá no era que le gustasen, sino que se sentía sola.

El GPS del salpicadero la dirigió hasta un cruce, pero no dio instrucciones de hacia dónde tirar. El aparato no reconocía la dirección. La tecnología se había rendido. Giró a la izquierda y avanzó unos kilómetros, pendiente de cualquier desvío, luego dio media vuelta y tiró hacia el otro lado. A los veinte minutos,

distinguió un buzón medio oculto entre las flores blancas de una teácea. Enfiló un camino de tierra a lo largo de una quebrada que brotaba del cerro. El camino se desviaba hacia el este y emprendía una pendiente pronunciada con un ensanchamiento en la base. Paró, se apeó y evaluó las roderas. El terreno estaba lo bastante seco para subir en marcha corta. Puso la doble tracción e inició el lento ascenso. El sol moteaba el suelo con las sombras de las hojas, produciendo un efecto de caleidoscopio. En la cima, el camino viraba bruscamente por una cordillera estrecha que había sido desarbolada y desmalezada. Había un GMC 4×4 aparcado delante de una casita. Al lado, un Ford Fusión. Los dos con matrícula del condado de Eldridge.

Linda paró y confirmó su ubicación con la centralita. La conexión era débil, llena de estática, pero se figuró que la idea general se habría transmitido. Se bajó del SUV y esperó, por si los Gowan tenían perros. Ya se había visto antes en la tesitura de tener que rociar con gas pimienta a dos y se sentía fatal por ello, peor que si hubiese tenido que aporrear a un borracho camorrista. Lo único que se oía era el viento que agitaba las hojas de las copas de los árboles a su alrededor. Se aproximó a la casa con la intención de detenerse a seis metros y pegar una voz. Se oían gritos dentro, un hombre y una mujer, cada vez más airados. Linda se detuvo y esperó a que la discusión acabase o saliera uno de ellos. Pero se oyó el estruendo de un disparo de gran calibre. Echó a correr hacia la casa llevándose la mano a la cartuchera para soltar el dispositivo de retención. Un crío gritó y Linda desenfundó, subió los peldaños y abrió la puerta de una embestida. Otro disparo bramó en las reducidas dependencias y ella se sintió sacudida por un dolor terrible. Se tambaleó hasta chocar con el marco de la puerta. Un rayo la atravesó desde las piernas al pecho. Se sintió débil y trató de sostener el arma. No veía bien y no supo si la casa estaba poco iluminada o si su visión se estaba apagando. Como si viniera de muy lejos, advirtió el sonido de un golpetazo y se dio cuenta de que se había caído.

Linda comprendió que le habían disparado y fue consciente de que si la bala había alcanzado una arteria moriría desangrada en cuestión de minutos. Tenía que llegar al coche. Se puso de rodillas, con la cara retorcida de dolor, y comenzó a arrastrarse al exterior.

El Ford Fusión se estaba alejando. Quiso detenerlo a gritos, pero necesitaba conservar todas sus fuerzas para el largo trecho que le quedaba hasta su coche.

Capítulo 9

Dos buitres agazapados acechaban a Mick desde una rama baja, de vez en cuando inclinaban la cabeza para estar al tanto de cualquier posible competencia por el cadáver de Hack Darvis. Mick lanzó una piedra que impactó en la rama. Sonrió cuando las aves alzaron las alas, emprendieron el vuelo trazando un círculo amplio y fueron a posarse en otro árbol más apartado. Había apuntado deliberadamente a la rama, no a los buitres, solo quería espantarlos, no hacerles daño.

De niño se había pasado mil horas perfeccionando su puntería con las piedras. Lo principal era la elección del proyectil: una piedra de peso lo más uniforme posible, sin protuberancias que interceptasen el aire obligándola a hacer virajes bruscos. Las del tamaño de una pelota de golf eran ideales para sus manos infantiles. Durante un tiempo se dedicó a cazar ardillas a pedradas, aunque con escaso éxito. Cuando su abuelo se enteró de su afición, le enseñó a disparar con un rifle calibre 22. El alcance y la precisión mejoraban, pero, si errabas el tiro, el estruendo espantaba a la ardilla. Con nueve años, él prefería las piedras.

Se presentó un tercer buitre, aterrizó sobre la amarillenta tierra arcillosa y se puso a agitar su plumaje. Dio dos pasos hacia el cadáver, pero un claxon hizo que volviera a alzar el vuelo. Las demás aves partieron y Mick esperó. Los bocinazos llegaban en secuencias constantes de corto-corto-corto seguidas de largo-largo-largo, y Mick reconoció el código morse. Se apresuró a subir la cuesta. Johnny Boy se acercaba a toda pastilla por el camino de tierra sin dejar de tocar el claxon. Se detuvo y apuró a Mick con un gesto.

—Han disparado a Linda —dijo Johnny Boy.

—¿Es grave?

—No lo sé. La ambulancia va de camino.

—Mierda.

—Para cuando lleguemos ya estará en el hospital. Vamos.

—No —dijo Mick—. Me voy yo con tu coche.

—Deberíamos ir los dos.

—Estamos en la escena de un crimen. Ahora el sheriff eres tú. Tienes que quedarte.

Mick abrió la puerta del conductor y Johnny Boy salió, abrumado de pronto por la responsabilidad. Mick se puso al volante, maniobró un círculo muy cerrado y salió en estampida. El sonido del motor se perdió en la distancia y fue sustituido por el piar de los pájaros.

Johnny Boy asintió para sus adentros, respiró hondo, cuadró los hombros, rodeó la casa y enfiló la pendiente. Tres buitres cercaban el cuerpo. Uno aventuró un picotazo vacilante a la pierna, justo por encima de la bota del muerto. Johnny Boy desenfundó la pistola y disparó por primera vez desde que llevaba trabajando al servicio de la ley. Los tres buitres alzaron el vuelo con torpeza y desaparecieron en las alturas. Johnny Boy devolvió la pistola a su funda y echó un vistazo a su alrededor. Se había quedado sin medio de transporte y sin contacto por radio. Él era el único refuerzo con que contaba y había errado el tiro al dispararle, prácticamente a bocajarro, a un ave de buen tamaño. Lamentable estreno como sheriff.

Una senda apenas bosquejada descendía del cerro, lo bastante ancha para que pasara un *quad*, pero no vio huellas recientes. En una franja de tierra identificó el contorno de una pisada. Al pie de la pendiente discurría un arroyo seco orillado de arena fina, a la que seguía una capa de guijarros. Las pisadas se distinguían perfectamente en la arena blanda, y Johnny Boy las fotografió. Cruzó el lecho del arroyo para meterse por un sendero angosto que lo condujo hasta un camino de tierra. Las huellas se interrumpían junto a las marcas de unos neumáticos. El vehículo había llegado desde el norte, luego había dado media vuelta y se había largado por donde había venido. Johnny Boy fotografió el dibujo del neumático desde distintos ángulos, tomando primeros planos de las huellas más marcadas. También encontró la huella intacta de una zapatilla en la que se veía parte del logo de la marca y la talla (Iris 7), y tomó varias fotografías.

Las huellas de neumáticos subían y se detenían frente a un árbol

derribado por el viento que bloqueaba el paso. Alguien lo había serrado con una motosierra para hacer sitio y permitir el acceso. El serrín estaba húmedo, pero seguía amarillento, lo que significaba que era reciente. Johnny Boy fotografió el serrín y el tronco seccionado. Bajó la pendiente, cruzó el arroyo y subió hasta la casa de Hack, avanzando despacio por el borde del sendero. Se alegraba de estar solo, de que nadie hubiese sido testigo de su primera acción como sheriff: abrir fuego contra unos buitres con su arma oficial. Se sentía abatido. Solo quedaba esperar a Marquis Sledge, el forense del condado.

Con no poca renuencia, volvió a entrar en el cobertizo y dio con unos trozos de cuerda y una tira de cuero larga de un viejo arnés. Los dos broches de la caja de la serpiente estaban bien cerrados, pero aun así la amarró operando con suma delicadeza, como si estuviese manipulando huevos o un bebé. Dentro sonó un golpe sordo, pero ningún zumbido de cascabeles. La ansiedad le comprimía el pecho. Se sentía vacío y distante. Pero ahora era el sheriff, no había vuelta de hoja, y la serpiente era una prueba. Prueba de qué, no tenía ni idea, pero su trabajo era asegurar la escena del crimen y custodiar el cadáver. Dejó la caja sobre la mesa y salió a esperar.

Capítulo 10

Mick hizo todo el trayecto hasta el pueblo con las luces de emergencia puestas. Dos coches pararon para cederle el paso y estuvo a punto de estamparse contra una camioneta que iba pisando huevos, tirando de un remolque de ganado. En Rocksalt se saltó dos semáforos en rojo, accedió al aparcamiento del hospital y estacionó junto a las puertas dobles de la entrada de urgencias. Corrió hasta la ventanilla de plexiglás de admisión.

—Linda Hardin —dijo—. Soy su hermano.

—Está en la UCI.

—¿Muy grave?

—En estado crítico. Es todo lo que puedo decirle. Por favor, siéntese. El doctor hablará con usted en cuanto pueda.

Mick se pasó un rato deambulando de un lado a otro, luego se sentó para ahorrar energía. La butaca era institucionalmente cómoda, lo que quería decir que era mejor que cualquier mueble militar. Frente a él dormitaba un hombre. Una mujer con un bebé miraba al vacío, como asomada a otra dimensión en la que no se hallaba temerosa en la sala de espera de un hospital.

La puerta corredera que daba al aparcamiento se abrió y entraron dos hombres: el comisario de Rocksalt, Chet Logan, y el nuevo alcalde, Larry Slocum. Mick los saludó con la barbilla. Había ido al instituto con el comisario, que caminaba con una leve cojera a causa de una herida de bala en la cadera de hacía diez años. Misteriosamente, aquello había impulsado su carrera. Inhabilitado para trabajar sobre el terreno, había prosperado detrás del escritorio y lo habían ascendido hacía poco a comisario.

—¿Cómo está? —dijo Chet.

—No lo sé. Sigue ahí dentro. No me dicen nada.

—A mí me lo dirán.

Chet pasó por alto la ventanilla de admisión y enfiló el pasillo

que llevaba al puesto de enfermería. El alcalde era propietario de un concesionario de coches y no podía disimular las maneras de empresario de pueblo pequeño, muy dado al compadreo para establecer un lazo social instantáneo, por mínimo que fuese. Aparte del director del instituto, era el único hombre del pueblo que iba siempre con chaqueta deportiva.

—¿Cómo lo llevas? —dijo el alcalde.

Mick lo ignoró. Esa clase se preguntas para salir del paso siempre le habían tocado las narices. En realidad, no esperaban respuesta, porque solo se planteaban cuando alguien se hallaba bajo una fuerte presión. La respuesta cordial sería: «Pues ahí vamos», o cualquier otra necedad por el estilo. Era como acercarse al único superviviente de un accidente aéreo y preguntarle si estaban todos bien.

—Saldrá de esta —dijo el alcalde—. Los tiene bien puestos.

—¿La conoces?

—Sí, salimos antes de casarme.

Mick asintió. Su hermana había salido con todos los hombres disponibles del condado de Eldridge. La mayoría unos cabezas huecas que no daban para más de una cita, y se preguntó si el alcalde pertenecería a esa categoría. La desesperación se apoderó de él, una sensación familiar que desterró al momento.

El comisario regresó caminando lentamente a la sala de espera con una expresión estoica en el rostro.

—Vivirá —dijo—. Cinco minutos más y habría muerto desangrada.

—¿Está estable? —preguntó Mick.

—Sigue en estado crítico. La han trasladado a la sala de operaciones. El doctor dice que hay daño tisular extendido en la tibia izquierda. Necesitará fijadores externos.

—¿Qué? —dijo el alcalde.

—Clavos en la espinilla —dijo Mick—. ¿Podrán salvarle la pierna?

—Ahora mismo la está viendo un cirujano de osteopatía —dijo Chet—. No descartan que haya que amputar por debajo de la rodilla. Si tuvieran que hacerlo, habría que trasladarla por vía aérea a Lexington. Hay un helicóptero a la espera.

—¿Tienen un especialista en huesos aquí?

—Sí. Estaba en su visita semanal cuando ingresaron a Linda. Por suerte.

Mick asintió. La suerte siempre tenía dos caras. Un tornado se llevaba tu tejado y los vecinos te decían que, por suerte, solo había sido eso. Era muy fácil ser optimista con el infortunio ajeno.

—¿Quién se está ocupando del caso? —preguntó Mick.

—He mandado a un agente para que le eche un cable a Johnny Boy.

—Johnny Boy está en la propiedad de Hack Darvis. Hack está muerto. Parece que fue una escopeta. Johnny Boy no puede duplicarse.

—Mandaré a otro agente a casa de Hack.

El comisario se alejó y, al salir, se sacó el móvil del bolsillo. El alcalde saltó de su asiento como propulsado por una cuerda invisible.

—Me pondré en contacto con la estatal —dijo—. No te vengas abajo, Mick. Esas piernas ortopédicas que hacen ahora son la leche. Mi sobrino tiene una. Es una especie de resorte curvo que encaja en la bota. Corre con ella que da gusto verlo.

El alcalde se fue y Mick agradeció que lo dejaran solo. Se había visto en aquella situación varias veces —aguardando información médica sobre personal herido—, pero nunca por un familiar. El miedo repentino a perder a Linda le heló hasta los huesos. Rechazó la sensación y la encajonó bajo llave. No podía hacer nada. Encararía su caso como cualquier otro.

Linda había estado interrogando a los vecinos de Pete Lowe, lo que aumentaba la posibilidad de que el disparo tuviese que ver con el asesinato. Pero a Pete Lowe y Hack Darvis los habían matado con una escopeta a bocajarro. ¿Por qué iba el asesino a cambiar de arma para disparar a Linda? Quizá se deshizo de la escopeta. O quizá disponía de varias armas. Una cosa estaba bien clara: el tipo era un aficionado y Mick, un profesional. Daría con él. Si Linda moría, su asesino también. Si ella perdía la pierna, Mick le volaría la rótula.

Sacudió la cabeza para librarse de semejantes pensamientos. El cabreo le hacía centrarse, la furia catapultaría la acción, pero la ira era una trampa que propiciaba el error. Informó a la enfermera de admisión de que estaría fuera. Ella le pidió un número de contacto y Mick reparó en que se había dejado el móvil en la camioneta, en

la oficina del sheriff.

Chet estaba en el coche patrulla, con el micrófono de la radio en una mano y el móvil en la otra. Asentía y hablaba con uno y luego con otro. El crepúsculo se había aposentado sobre los cerros occidentales, transformando los árboles en siluetas oscuras de terciopelo. El aire estaba en calma en el angosto valle que rodeaba el pueblo. Dos hombres fumaban junto a una camioneta. Chet abrió la puerta del coche, rotó cuidadosamente sobre el asiento y posó los pies sobre el asfalto para impulsarse y ponerse en pie. Mick lo miró, esperando que su hermana no tuviera que aprender a hacer lo mismo.

—¿Cómo está? —dijo Chet.

—Igual que hace un minuto.

—Tienes que saber algo. En la casa donde le dispararon hay un cadáver. Un hombre. Disparo en los pulmones.

—¿Fue ella?

—Aún es pronto para saberlo. Encontraron su arma reglamentaria. No sabemos si llegó a disparar, ni cuántas veces.

—¿Con manchas de sangre?

—Sí.

—Bien. Eso significa que la empuñaba cuando le dispararon. ¿Habéis identificado el cadáver?

—Leo Gowan. Es su casa. ¿Crees que tu hermana lo conocía?

—No lo sé. Estaba investigando el asesinato de Pete Lowe.

—¿Qué cojones está pasando, Mick? Ya van tres muertos y una sheriff con una bala en la pierna.

—Ni idea —dijo él—. Tengo que volver ahí dentro.

De camino hacia la entrada, Mick se frenó para amoldarse al paso de Chet, entorpecido por el balanceo de la pierna mala.

—No te preocupes —dijo Chet—. Esto fue por un disparo en la cadera. Linda volverá a caminar perfectamente.

—¿Qué pinta aquí el alcalde, por cierto?

—Oh, le gusta meter las narices en todo, por si se presenta la prensa. El *Rocksalt News* cerró, pero él sigue erre que erre.

—¿Me dejarías un momento el móvil?

Chet se lo pasó. Mick llamó a Raymond y le pidió que le acercase la camioneta al hospital. Raymond atendió, gruñó y colgó. En la sala de espera, el alcalde estaba hablando con tres personas de

rostros aturdidos. Se giró hacia ellos en cuanto los vio llegar.

—Buenas noticias —dijo—. Han salvado la pierna. Se queda aquí.

—¿Cirugía? —dijo Mick.

—Perdonadme un momento —dijo el alcalde.

Se alejó de ellos pasándose tres dedos por el cabello a modo de peine improvisado y acomodándose los pantalones. Delante de la puerta de Urgencias acababa de aparcar una furgoneta de Action News procedente de Lexington. El cámara estaba preparando el equipo mientras la joven reportera cuadraba los hombros y se ajustaba las solapas.

—¿Cómo han llegado tan rápido? —dijo Mick.

—Hora y media —dijo Chet—. Intuyo que los habrá llamado el alcalde.

—Se me ha ido el santo al cielo. No me han parecido ni tres minutos. Es la primera vez que me pasa.

—Es la primera vez que disparan a tu hermana. Bueno, yo me voy a la escena del crimen. Puede que sea una intervención larga. Deberías descansar, si puedes.

Mick asintió. Chet se puso en camino, moviéndose con determinación por el desgastado piso de baldosas. En un rincón de la sala de espera se produjo un revuelo. Un médico con bata quirúrgica les transmitía buenas noticias a los ocho miembros de una familia exhausta. Mick acusó su alivio. Por unos segundos, esperó poder sentir lo mismo, pero el desierto le había aleccionado sobre la futilidad de toda esperanza. Amparaba a los impotentes: encarcelados, heridos o acorralados. La esperanza era un deseo de cambio en el futuro, circunstancias ajenas a tu control. Mick veía la esperanza como la otra cara de la desesperación, otro estado mental que evitar, otra lección de guerra.

Sacudió la cabeza y salió al aparcamiento. Había un estornino solitario posado en un arce japonés que crecía en una isleta de hierba. Contempló al pájaro y lo saludó en su mente. ¿Estaría esperando un gusano? No, permanecía atento a la comida y la amenaza. Si había algo que a él le diese esperanza, eran los pájaros, su vuelo de huesos huecos e impermeabilidad a las inclemencias del tiempo.

Vio su camioneta entrando en el aparcamiento. Raymond se

apeó y se dirigió hacia él con una caja de comida y el móvil de Mick.

—¿Cómo está? —dijo.

—En quirófano.

Mick cogió el teléfono y revisó los mensajes: nada. En el pasado lo habría agradecido, pero ahora ese vacío lo dejó desolado. Aun así, ahí tenía a Raymond, y Linda estaba en manos del cirujano. Su hermana saldría de esta. Mick bajó el portalón trasero de la camioneta. Raymond se sentó a su lado mientras se comía los tres tacos, balanceando las piernas por el borde, como un niño en un banco.

Lo que Mick deseaba era *bourbon*, el mejor método para lidiar con el estrés, y al mismo tiempo el peor. Hacía siglos que no bebía y podía imaginarse el primer trago entumeciéndole la boca, calentándole el torso y lanzándole descargas eléctricas por las piernas que rebotarían en los pies de vuelta al pecho. Era una sensación extraordinaria, de las mejores. Luego trataría de revivirla con un segundo trago, y luego con otro y otro más hasta vaciar la botella y lamentar no haber comprado dos. Le encantaba, y ese era el motivo por el que intentaba no beber. A efectos prácticos, un hospital era el peor lugar para estar borracho. Pero entonces, ¿cuál era el mejor? Solo en el bosque, por la noche. Una pequeña fogata, una silla de acampada, dos botellas y nada que hacer al día siguiente.

Mick y Raymond entraron y se sentaron en el rincón del fondo de la sala de espera, apartados de los demás. Transcurrieron dos horas. Raymond se quedó adormilado, siguiendo la máxima de los marines de descansar siempre que hubiera ocasión. Mick desconectó la mente, una técnica adquirida en los largos vuelos de transporte de tropas y en las noches al raso previas a un ataque. Era una especie de reposo activo que hacía que el tiempo fluyese más rápido y reducía la ansiedad y el miedo. La clave estaba en respirar despacio, en prolongar la exhalación.

Johnny Boy llegó con las botas embarradas y el rostro demacrado de cansancio.

—¿Se sabe algo? —dijo.

Mick negó con la cabeza. Johnny Boy se dirigió a la ventanilla de admisión. Mick oyó su voz, apremiante y tensa. Al cabo de unos

minutos, volvió y se dejó caer pesadamente en una silla atornillada a otra. Mick se preguntó vagamente si sería por seguridad: si robabas una, tendrías que llevarte las dos.

—Ha salido de lo peor —dijo Johnny Boy—. Seguirán con ella otro par de horas, luego la trasladarán a una habitación. Estará sedada mínimo cuatro horas. No podemos hacer nada salvo esperar.

—Gracias —dijo Mick—. ¿Encontraste algo en la escena?

—Aún no me he pasado. Me vine para aquí directamente en cuanto Marquis dictaminó la muerte de Hack y se puso a hacer lo que sea que hace. A los pies del cerro, detrás del granero, había huellas de pisadas y de neumáticos. Creo que alguien aparcó allí abajo, subió y se lo cargó.

—Chet está en casa de Gowan. Dijo que encontraron un cadáver.

—Iba a pasarme luego —dijo Johnny Boy—. Primero quería ver cómo estaba Linda.

—Iré contigo —dijo Mick.

—La estatal va a estar allí. No te dejarán pasar.

—Pues nómbrame ayudante.

—No puedo, Mick.

—Eres el sheriff, Johnny Boy. Puedes nombrar ayudante a quien te salga de los huevos. Y yo soy el investigador con más experiencia del condado.

Mick observó cómo se lo pensaba, tratando de verlo desde un punto de vista pragmático. Había un montón de razones para negarse: la víctima era un familiar, la relación de Mick con la víctima, el instinto de venganza propio de los cerros. Aun así, Johnny Boy necesitaba un ayudante lo antes posible.

—Ayudante provisional en funciones —dijo.

—Gracias —dijo Mick—. Necesitaré una placa para poder franquear el cerco de la estatal.

Johnny Boy se quitó la placa y se la pasó.

—Quédate esta —dijo—. Yo cogeré luego la de Linda. Necesitarás un arma.

—Ya tengo.

—Sé que eres de actuar rápido y de ir a tu aire, Mick. Eso se acabó si vas a trabajar a sueldo del condado.

Mick asintió.

—Lo digo en serio, Mick.

—Lo mantendré al tanto de toda la información que obtenga en el curso de la investigación, sheriff Tolliver.

—Nos vemos allí. Tengo que pasarme por la oficina para que Sandra se ponga con el papeleo.

Johnny Boy se levantó, enderezó su postura como correspondía al máximo representante de la ley del condado y regresó a su vehículo. Raymond meneó la cabeza y silbó entre dientes, un sonido estridente en la acústica insonorizada de la sala de espera.

—El puto ayudante —dijo—. Llevas ¿qué? ¿Dos días en paro? Y ya tienes curro.

—Me vendría bien un chófer.

—Vale. Le pediré a J. C. que venga a relevarnos.

Raymond llamó mientras salían del hospital. Al subirse a la camioneta, Mick se dio cuenta de que era la primera vez, desde adolescente, que ocupaba el asiento del acompañante. Se acordó de que usaba la tapa de la guantera como soporte para una botella de Ale-8 y una magdalena Hostess. Cuando su abuelo aceleraba, el refresco y la magdalena acababan en sus pantalones. El abuelo se partía de risa y, acto seguido, volvían a la tienda y le compraba otro tentempié.

Mick abrió la guantera y sacó su arma militar, una Beretta M9. Con un movimiento rutinario, sacó el cargador, comprobó el cañón, volvió a encajar el cargador y puso el seguro.

—Tú dirás —dijo Raymond.

—Coges la 60 para salir del pueblo y giras donde antes estaba el autocine. En la frontera del condado.

Raymond condujo sin decir nada. El sol de última hora de la tarde se adivinaba al oeste por encima de los árboles, el cerro proyectaba una densa sombra que se extendía por el territorio como si apagara una llama. Raymond nunca había sido muy dado al cotorreo. Cuando estaba con su madre y Juan Carlos, rara vez requerían su opinión, se limitaba a acometer instrucciones. Miró el rostro tenso de Mick, las mandíbulas apretadas, una expresión de horno de fundición en los ojos. Raymond esperaba que Linda lo superase, no por ella ni por su hermano, sino para librar al mundo de la ira desatada de Mick.

Antes de llegar al condado de Elliott, ascendieron un cerro y siguieron por la cresta dejando atrás el valle oscurecido. La puesta

de sol seguía iluminando la cumbre, abarrotada de vehículos oficiales. La barra de luces de un coche de la estatal parpadeaba como los neones de una discoteca. Había tres paramédicos apoyados en una ambulancia. Unos soportes con luces portátiles alumbraban las dos tiras de cinta policial que demarcaban el rastro sangriento que atravesaba el patio hasta el SUV de Linda. La puerta estaba abierta. Un charco oscuro brillaba bajo la luz interior del vehículo. Su hermana se había arrastrado hasta el coche para llamar a la centralita.

Pese a haber visto litros de sangre en combate, Mick no se acordaba de la última vez que había visto sangre de un miembro de su familia. Se apoderó de él una sensación de angustioso padecimiento, inmediatamente reemplazada por la ira. Prefería la ira, algo que podía controlar. Mick se permitió sentirla, luego arrinconó sus emociones como si las encerrase en un búnker de hormigón, y se encaminó hacia la casa.

Un agente joven de la ciudad intentó detenerlo, Mick le mostró la placa de ayudante y preguntó por Chet, sabiendo que llamar al comisario por su nombre de pila le daría más autoridad.

—Dentro —dijo el agente. Señaló a Raymond—. ¿Y este quién es?

—Asesor especial —dijo Mick.

La sangre manchaba los escalones y tenía impreso el borde de una pisada. Mick se hizo a un lado y subió al porche, agachándose para pasar por debajo de la barandilla. Raymond hizo lo propio. Una vez dentro, Mick se apresuró a mostrarle la placa a un agente de la estatal uniformado de gris oscuro y con la raya del pantalón marcada como si fuese de hojalata. Ni saludó a Mick, un ayudante de bajo rango. Justo en la puerta empezaba el rastro de sangre que cruzaba el patio. Algo más adentro yacía el cadáver de un hombre. Estaba doblado en el centro del salón, con las piernas desmadejadas sobre la alfombra. Se le había formado un charco de sangre debajo, con regatos que se filtraban entre los huecos de los tablones. La fuerza de la gravedad había dirigido la sangre hacia el centro, lo que significaba que el suelo estaba desnivelado. Probablemente carcoma en las viguetas.

Agachado junto al cadáver estaba Marquis Sledge, el forense del condado. Parecía agotado, había tenido que acudir directamente

desde la casa de Hack. Con cuidado de no estorbar su trabajo, Mick se flexionó desde la cintura, mirando el cuerpo, recomponiendo mentalmente la posible secuencia de los hechos. Se le presentaron varios escenarios, todos con el mismo desenlace: el hombre moría y Linda vivía.

Mick se incorporó y miró a Chet, que estaba con el sargento Faron Blevins en la puerta de la cocina. Mick había conocido al sargento hacía un par de años, un policía bastante competente, aunque sin experiencia en homicidios. El asesinato era inusual en Rocksalt y, cuando sucedía, solía tratarse de un asunto familiar o de vecinos, y todo el mundo sabía quién lo había cometido.

—Johnny Boy nos ha dicho que venías —dijo Chet—. Faron fue el primero en llegar a la escena.

—¿Qué tenemos? —dijo Mick.

—Prácticamente lo que ves —dijo Faron—. A Linda le dispararon ahí. Se arrastró hasta el coche y llamó.

—¿Y el del suelo?

—Leo Gowan. Es su casa. Camionero, transportista de grava. Trabajaba en el condado de Morgan. Yo diría que disparó a Linda. Ella respondió y lo mató.

—Voy a echar un vistazo un momento —dijo Mick—. Ya conocéis a Raymond. Viene conmigo.

—¿También ayudante?

—Extraoficial —dijo Mick—. Raymond, avísame cuando acabe Marquis. Necesito hablar con él.

Mick entró en la cocina. El fregadero estaba vacío. Los platos limpios estaban en un estante de plástico, los cubiertos ordenados según su función, los cuchillos con la hoja hacia abajo en el escurridor perforado. Cafetera. Azúcar. Media barra de pan. En los armarios, latas de conservas, cereales y galletas saladas. Abrió la nevera: leche, huevos, refrescos, queso, mortadela y salsas. En el congelador, helado, carne picada y cuatro polos. Recorrió un pasillo corto hasta un dormitorio con una cama grande sin hacer. La puerta del armario estaba abierta. Camisas de trabajo de hombre en perchas, una camisa de vestir y una chaqueta oscura con sus respectivos pantalones: un modelo multiusos para bodas y funerales. En el suelo, dos pares de botas, unas deportivas y un par envejecido de mocasines de piel vuelta. Una escopeta de calibre

doce apoyada en un rincón. En la pared, una balda estrecha con una caja de cartuchos, varias gorras de trabajo y guantes, todo bastante usado.

Al otro lado del pasillo había otra habitación, más pequeña, con una cama individual con las sábanas bien prietas. La colcha estaba diseñada para que la cama pareciera un coche de carreras con neumáticos a los lados. Mick regresó al dormitorio principal y rebuscó en la cómoda. Camisetas de hombre, calcetines y calzoncillos. Dos cajas de munición calibre 45, una sin estrenar, de la otra faltaba una cuarta parte. Raymond asomó la cabeza por la puerta.

—Marquis ya está —dijo.

Mick se apresuró a salir e interceptó a Marquis antes de que se metiera en su coche.

—Tú no deberías estar aquí —dijo Marquis.

—Johnny Boy me ha nombrado ayudante.

—Me da igual. No tienes la mente despejada para esto.

—¿Qué ha sido?

—Un disparo en el pecho. Apuesto a que le dañó ambos pulmones, causándole neumotórax a tensión.

—¿Doble herida pectoral?

—Es solo una suposición. Hasta que no lo abra no puedo confirmarlo.

—¿Tenía algún arma debajo? —dijo Mick—. ¿Un cuarenta y cinco?

—Ningún arma —dijo Marquis.

—¿Y sabemos algo de lo de Hack Darvis?

—Escopeta, a bocajarro.

—¿La misma que mató a Pete Lowe?

—No hay modo de saberlo —dijo Marquis—. Me tengo que ir. Estoy rendido. Y tú deberías largarte de aquí antes de que te echen.

Mick se giró hacia la casa y le sorprendió ver que tenía a Raymond a medio metro.

—¿Me estás espiando?

—Para nada, tío. Me estoy asegurando de que no hagas una locura.

—Sería la primera vez en mi puta vida que la hiciera.

—Lo mismo te da por romper la racha.

Unos faros surgieron por la cordillera, alcanzaron la cumbre y rebanaron el patio. Mick y Raymond se dieron la vuelta parpadeando. El coche se detuvo y se oyó un portazo. Johnny Boy cruzó el patio, lento y decidido, en línea recta sobre la hierba.

—Sigue en el quirófano —dijo—. ¿Por aquí qué?

—Marquis acaba de terminar —dijo Mick—. Lo mataron con una pistola. No se ha encontrado ningún arma, pero dentro hay munición para una cuarenta y cinco. Y una escopeta calibre doce.

—A Pete Lowe y a Hack Darvis los mataron con una escopeta. Quizá esté conectado.

Mick asintió. Johnny Boy señaló el coche de la estatal, un Chevrolet Caprice gris oscuro.

—¿El de la estatal ha sido de alguna ayuda? —preguntó Johnny Boy.

—No lo sé. Desde que llegué ni se ha movido ni ha abierto el pico.

—¿Chet anda por aquí?

—Sí, está dentro con Faron.

Cruzaron el patio y entraron en la casa. Los paramédicos habían subido el cadáver a una camilla y estaban decidiendo cómo sacarlo sin alterar la escena.

—Salid por detrás —dijo Chet.

—Estarás de coña —dijo el jefe del equipo sanitario—. ¿Dar la vuelta en la oscuridad? A saber lo que hay por ahí. ¿Y si nos tropezamos? ¿Es eso lo que quieres? ¿Que se nos caiga el fiambre en el patio?

—Por delante no podéis pasar, por las pruebas —dijo Faron—. Si no os gusta la puerta de atrás, intentadlo por una ventana.

Chet miró al de la estatal.

—¿Y si enfocamos su reflector hacia el lateral de la casa? —dijo Chet.

El agente asintió con un leve gesto que solo se llegó a distinguir por la inclinación de su sombrero de ala ancha, luego salió sin decir ni mu. Faron se sacó la larga linterna metálica del lazo del cinturón de servicio.

—Va, os alumbro —dijo.

Salió con Chet por la puerta trasera mientras los paramédicos alzaban la camilla y la llevaban por el pasillo. Chocaron dos veces

contra la pared. Alguien blasfemó en voz baja. La puerta se cerró de un portazo y Mick los vio pasar por el lateral de la casa con torpeza hacia el brillante resplandor del reflector fijado al coche del agente.

Mick regresó al salón y se giró despacio, imaginándose lo que había ocurrido. En la estancia había un sofá, un sillón y un televisor gigantesco de pantalla plana. Tres mesas auxiliares, una estantería estrecha con revistas de caza, una biblia, una fotografía escolar enmarcada de un joven y un camión de juguete con un nombre pintado a mano: Travis. Mick fotografió con el móvil la disposición del mobiliario y las zonas ensangrentadas del suelo. Se puso a cuatro patas para mirar debajo del sofá, luego le pidió a Raymond que lo inclinara un poco hacia atrás. Estudió las huellas de las patas en el suelo de pino.

Retumbaron unos pasos en el suelo e irrumpió la voz de Johnny Boy.

—Menos mal que ese agente no mueve el culo de su coche. No le haría ninguna gracia verte trasteando en la escena del crimen.

—¿Qué hace aquí? —dijo Mick.

—Dándoselas de pez gordo con Chet. Se cree que es la hostia en verso, pero es un memo. ¿Y tú?

—Busco una pistola —dijo Mick—. ¿Tú diste con alguna?

—No.

—A lo mejor la cogió Linda —dijo Raymond—. Y anda por ahí perdida, en el patio.

—Miraremos en cuanto amanezca —dijo Johnny Boy.

—Hay algo que no me cuadra —dijo Mick—. No puede ser.

—¿Qué no puede ser? —dijo Johnny Boy.

—La postura del cuerpo en el centro de la habitación. Que dispararan a Linda por debajo de la rodilla.

—Tu hermana entró y fue la primera en disparar. Él cayó y disparó desde el suelo.

—Podría ser —dijo Mick—. Tengo que volver al hospital.

Mick salió procurando evitar la sangre que se coagulaba en el porche. Se dirigió por costumbre al asiento del conductor y, al darse cuenta, corrigió la trayectoria y se encaminó al del acompañante. Raymond se puso al volante e iniciaron el largo trayecto hasta el pueblo. Mick iba rígido, como la estatua del soldado de infantería que custodiaba el césped del juzgado.

—¿Qué has visto ahí atrás? —dijo Raymond.

—Lo mismo que tú.

—Ni por el forro, Mick. Mi trabajo consistía en causar estragos e iniciar la exfiltración. Sin tiempo para ver nada.

—Le dispararon a bocajarro en la pierna. Eso significa un tiro a lo loco o que apuntaran deliberadamente hacia abajo, lo que no suele ser habitual en un tiroteo. O bien abrió fuego escudado por un mueble. Pero ese sofá no lo había movido nadie hasta que yo te pedí que lo inclinaras.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las huellas de las patas.

—A lo mejor Gowan disparó desde la esquina que da a la cocina.

Mick asintió. No volvieron a hablar durante el resto del camino. En la sala de espera del hospital estaban Sandra y Juan Carlos, dormidos uno al lado de otro. Juan Carlos abrió los ojos, parpadeó un par de veces y empujó a Sandra.

—Ya ha salido del quirófano —informó ella—. En nada la trasladarán a una habitación. El pronóstico es bueno.

—¿Caminará? —preguntó Mick.

—Con mucha rehabilitación, pero sí. Todo irá bien, Mick.

Se sintió aturdido por una ola de alivio que lo barrió desde las botas hasta el cuello, como si su cuerpo se hubiese convertido en agua. Se tambaleó y se dejó caer pesadamente en una silla junto a Sandra. Tenía ganas de llorar, pero sabía que no podría. Había perdido esa facultad en el desierto. Súbitamente agotado, cerró los ojos con intención de descansar unos segundos antes de hablar con el médico. Lo despertó la voz de Sandra.

—Mick. Mick, despierta.

Recobró el estado de alerta al momento con una sacudida, como si le hubiera dado un calambrazo. Miró a su alrededor, desorientado. Estaba en el hospital. Raymond y Juan Carlos se habían ido. Mick sentía que había pasado el tiempo, pero no tenía muy claro si horas o minutos. Una sensación similar a la que se experimentaba después de entrar en combate: el desvanecimiento del miedo eufórico, una abrupta cabezada profunda y, acto seguido, un estado de alerta aún más intenso.

—Ya tiene habitación —dijo Sandra—. Puedes ir a verla.

—¿Cuánto hace?

—¿Cuánto hace de qué?

—¿Cuánto llevo durmiendo?

—No sé. Ponle que un par de horas. Venga. Allí podrás descansar. Tienen sillas mejores que estas, y no hay tanto trasiego.

Mick siguió a Sandra al ascensor, subieron y recorrieron un laberinto de pasillos entrelazados hasta llegar a la puerta maciza de la habitación. Linda yacía en la cama con los ojos cerrados. Tenía un vendaje aparatoso en la pierna izquierda y una mascarilla de oxígeno. Los brazos estaban conectados por tubos a unas bolsas de plástico que colgaban de dos soportes metálicos. Una pantalla monitorizaba sus constantes vitales. Mick arrimó a la cama una butaca sorprendentemente afelpada y cómoda, y estrechó la mano de su hermana. Tenía la piel pálida. Parecía diminuta en aquella cama inclinada y fue incapaz de acordarse de la última vez que la había visto dormida. Probablemente de críos.

Capítulo 11

Johnny Boy había regresado a la escena del crimen con la adrenalina por las nubes, aunque empezó a remitir en cuanto se puso a inspeccionar minuciosamente la casa, y se le hicieron las tantas. La policía local y el agente de la estatal se habían ido. Estaba agotado y necesitaba descansar, pero no podía acostarse en la casa de un muerto. Se metió en el coche para echar una cabezadita y se despertó al cabo de tres horas, con el cuerpo rígido como un nogal. Por primera vez en su vida, se sintió viejo. Se pasó varios minutos de pie junto al coche, escuchando el canto palpitante de los pájaros más madrugadores. No llevaría ni veintiocho horas de sheriff, y ya estaba deseando presentar su dimisión.

El sonido de un motor irrumpió en el bosque, enmudeciendo por un momento a los pájaros. Un coche patrulla apareció a la vista y se apearon dos hombres, Faron y un joven que se llamaba Dixon, recién admitido en el cuerpo. Medía más de uno ochenta, era ancho de hombros y lucía los brazos más fuertes de todo el condado. Durante un acto benéfico levantó a pulso un generador de noventa kilos y lo trasladó más lejos que nadie. El resto de los participantes (jóvenes atletas y bomberos, principalmente) avanzaron despacio y dando tumbos, pero Johnny Boy recordaba a Dixon tan campante, como si solo transportara el nido de un pajarillo.

Ahora sostenía un vaso de café con una tapa y dos bocadillos de salchicha comprados en el pueblo. Se los ofreció a Johnny Boy y este sintió una oleada de simpatía como nunca había sentido por nadie, una sensación que hasta le causó ansiedad. Dio un sorbo al café, por suerte se había enfriado un poco por el camino.

—Nos envía Chet —dijo Faron—. ¿Qué hay que hacer?

—Anoche registré la casa. Queda el exterior.

—¿Qué buscamos?

—Lo que sea. No sabemos qué sucedió ni quiénes estaban

presentes. Dentro hay munición del 45, pero ninguna pistola. La pistola es la prioridad máxima. Tengo que bajar al pueblo y dar con los parientes más próximos de Gowan. Por ahí hay cosas de un crío. Yo diría que tiene una exmujer y un chaval en alguna parte.

Johnny Boy se terminó los bocadillos y apuró el café. La combinación le cayó como un tiro y se lanzó corriendo hacia la casa.

Dixon observó su carrera.

—¿Por qué se quedaría a pasar la noche? —dijo.

—Para asegurar la escena —dijo Faron—. En cuanto la gente se entere de que Gowan está muerto, vendrán a ver si pueden afanar algo. Recuérdalo. Algún día te tocará hacerlo.

Dixon se golpeteó el labio inferior y asintió meditabundo.

—Búscate un palo largo —dijo Faron—. Te recorres primero un lado de la cinta amarilla y luego el otro. Con el palo apartas los hierbajos. Tienes que inspeccionar hasta el último milímetro del patio y luego el bosque.

—¿Hasta dónde me adentro en el bosque?

—Hasta la hora de comer.

Dixon frunció el entrecejo. Él se refería a la distancia, pero se imaginó que el tiempo también podría valerle. No le importaba. Había crecido en el bosque y se sentía más a gusto allí que en el pueblo. Hacía tiempo que sabía que su altura y su fuerza natural eran una losa y una maldición: los bajitos bravucones trataban de buscarle siempre las cosquillas y todo el mundo daba por hecho que no era muy avispado. Salió del Centro de Estudios Superiores con muy buenas calificaciones y bordó el examen para ingresar en la policía local, pero sabía que el departamento de policía de Rocksalt solo lo admitió por su tamaño. Habría preferido trabajar para el departamento del sheriff. Aquella era la primera ocasión que se le presentaba para causar buena impresión y si había algo en el bosque, lo encontraría. Estaba dispuesto a quedarse allí hasta mucho después de la hora de comer.

Johnny Boy volvió a registrar la casa de arriba abajo. El sol matinal ya se había alzado lo suficiente sobre los cerros para derramarse por las ventanas orientadas al este. Aunque la casa seguía siendo pequeña, pareció ampliarse cuando las sombras se dispersaron: cuatro habitaciones que pedían cuidados a gritos. Las

molduras se habían desprendido de los paneles, los dos armarios de la cocina estaban abiertos porque los pestillos no encajaban, y carecían de pomos.

Tenía que cotejar la escopeta de Gowan con los perdigones extraídos de los cadáveres de Pete Lowe y Hack Darvis. Era imposible determinar si procedían de la misma arma, pero al menos podría coincidir el calibre. Salió con la escopeta, abrió el maletero para guardarla y se topó con la caja de roble cerrada con la serpiente de cascabel. Dio un brinco involuntario, se golpeó la cabeza contra la tapa del maletero y estuvo a punto de dejar caer la escopeta.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Señor? —dijo Dixon desde el bosque.

—No pasa nada. ¿Has encontrado algo?

—De todo. Llevan tirando basura aquí desde ni se sabe.

—Inspecciónalo bien. Haz dos montones. Uno para lo que lleve ahí meses, y otro con lo que parezca más reciente. Ignora lo que esté oxidado o podrido. Busca un cuarenta y cinco y cartuchos de escopeta.

—Sí, señor.

Que Johnny Boy recordase, nadie se había dirigido a él nunca como «señor». No le dio mayor importancia. Se comunicó por radio con Sandra y le pidió que le preguntase a Marquis por el tamaño de los perdigones que había hallado en los cadáveres de Hack y Pete Lowe. Sandra cortó la transmisión y Johnny Boy se preguntó si ella también acabaría llamándolo «señor» algún día. Probablemente no. Aun así, acababa de darle instrucciones por primera vez sin que se produjese ningún tipo de intercambio chorra. Quizá lo de ser sheriff no estuviese tan mal, después de todo. Lo siguiente sería el cochazo elegante.

Condujo hasta la casa de su primo. Caney Rodale era, técnicamente, primo segundo, una distinción matizada siempre por la madre de Caney. Cuando falleció su marido, se gastó parte del seguro en un ordenador nuevo y se dedicó en cuerpo y alma a su nueva afición: la genealogía. Johnny Boy procuraba no cruzarse con ella. Se había vuelto excesivamente esnob con su señorío de los vínculos familiares, y muy dada a dispensar la información añadiendo críticas veladas. En cierta ocasión le dijo a Johnny Boy

que era clavadito al primo de su tío abuelo: lento como el humo.

Dejó atrás el asfalto y se metió por una carretera de grava que discurría junto a un arroyo hasta acceder a una hondonada. La tercera casa era la de Caney. Las amplias losas de piedra caliza que conducían al porche se habían desplazado creando una serie de trampas potenciales para desbaratar tobillos y provocar caídas. Junto a las losas había un sendero de hierba aplastada. Johnny Boy lo recorrió, subió al porche y gritó a través de la mosquitera. Caney salió comiéndose una salchicha empanada.

—Ey, ¿qué pasa, Johnny Boy? Estamos a miércoles. Eso significa día de salchichas empanadas en la gasolinera. ¿Quieres una? Sé que te pirran. Siguen calentitas.

Johnny Boy estuvo a punto de decir que sí, pero le preocupó que la salchicha empanada entrase en disputa con los bocadillos que se había comido antes. Seguía convaleciente.

—Mejor no —dijo Johnny Boy—. Esas piedras del patio son bastante traicioneras.

—Mamá dijo que las dejáramos tal cual. Según ella es una manera de saber si el que viene es o no de la familia. Si viene por el camino de piedras, se supone que tengo que espantarlo. ¿Ese es tu coche del curro?

—Sí, pero en nada me darán uno nuevo.

Johnny Boy se inclinó hacia delante y se ladeó para que el sol incidiese en la placa de sheriff que llevaba prendida en la camisa. Su gozo en un pozo, Caney la ignoró.

—Yo también voy a tener un coche nuevo —dijo Caney—. Uno de esos Ford Excruciator.

—¿Excru-qué?

—Un SUV con tracción a las cuatro ruedas.

—No creo que ese modelo exista. Ni siquiera esa palabra.

—Hay mogollón de coches con nombres de palabras inventadas. El Camaro, sin ir más lejos.

—Ahí le has dado. Se supone que iba a llamarse Panther, pero se lo cambiaron para que todos los modelos de Chevy tuviesen un nombre que empezase con la letra «c». Ya sabes, Corvette, Corsair.

—Panther no es mal nombre.

—No, supongo. ¿Cómo está tu hermana? Oí que tuvo gemelos.

—Así es, dos varones. Unos guaperas. Un poco esmirriadillos,

por haber estado ahí los dos metidos. Pero están creciendo que no veas. Mamá está fuera de sí.

—Entiendo que unos gemelos pueden complicarle un poco las gráficas genealógicas.

—No por eso —dijo Caney—. Le preocupa con quién acabarán casándose.

—Un poco pronto para preocuparse por eso.

—Bueno, no para mamá. Ya la conoces.

—Y qué lo digas, primo. ¿Qué problema hay en que se casen unos gemelos?

—La mujer de uno puede liarse con el hermano. Y si se queda preñada no hay manera de probar nada. Es la misma genética.

—Nunca lo había pensado.

—Mi hermana tampoco, y desde que se lo dijo está de tripi.

—¿De tripi? ¿De ácido?

—No hombre, no —dijo Caney—. Quiero decir que lo está flipando, que está disgustada. Es una expresión que utilizan los de la ciudad por la tele.

—Lo tendré en cuenta.

—Pero no has venido a hablar de coches, ni de mamá, ni de la tele. Y tampoco quieres una salchicha empanada. Así que lo que te trae por aquí con cara de culo va a tener que ver con esa placa.

—Pensé que no te habías fijado. Estás hablando con el actual sheriff del condado de Eldridge.

—Hostia puta. Tú sí que vas de tripi.

—De tripi solo van los imbéciles. ¿Sigues vendiendo serpientes?

—Coño, pues claro. Ahora mismo tengo seis. ¿Necesitas una?

Johnny Boy llevó a Caney hasta el coche y abrió el maletero.

—¿Has visto esto antes?

—No, es una caja de serpientes antigua. Yo las vendo en sacos de arpillera.

—¿Eso evita que te muerdan?

—No, pero meto el saco en una caja de cartón de la licorería. Si aguanta el peso de seis botellas de whisky, aguanta también el de una serpiente. ¿Quieres vender la caja? Llévala a un mercadillo. Hoy en día la gente colecciona de todo. He visto venderse por un dineral hasta cintas viejas de VHS.

—No, hay una serpiente dentro. Me gustaría que le echases un

vistazo.

—¿Ahí suelta?

—Por dentro tiene una malla.

—¿Una malla de qué grosor?

—Yo qué sé, Caney. A mí me parece bastante gruesa.

—¿Entonces por qué la llevas así amarrada?

Johnny Boy se encogió de hombros, reacio a admitir su miedo. Caney meneó la cabeza como si estuviese enojado, sacó la caja, rodeó el coche y la plantó sobre el capó. Abrió la tapa sin más cuidado que el que pondría al abrir un bote de Pringles. La serpiente se enroscó perezosamente y lo miró a través de la malla.

—¿Es de las tuyas? —preguntó Johnny Boy.

—Sí, es Bethany.

—¿Cómo lo sabes?

—Se ve, sin más. Igual que con los perros. Esta tendrá tres o cuatro años.

—Tiene siete cascabeles. ¿No significa eso que tiene siete años?

—No. Les sale uno nuevo cada vez que mudan de piel. Las jóvenes crecen deprisa.

—¿A quién se la vendiste?

—A Hack Darvis.

—¿Y para qué quería una serpiente?

—No la quería. Vino a por veneno.

—¿También lo vendes?

—No, demasiado follón. Hack quería saber cómo obtenerlo.

—¿Y se lo dijiste?

—Pues claro. Lo llaman ordeñar, pero no es como con las vacas. Primero se pone un trapo en la parte superior de un tarro. Luego haces que la serpiente lo muerda. El veneno gotea en el tarro. Pero hay que hacerlo tres veces. Las serpientes de cascabel tienen bastante veneno, pero no les gusta malgastarlo. Las dos primeras mordeduras son siempre de aviso. Si con eso no logran persuadirte, a la tercera te inoculan el veneno.

—Y una vez ordeñado, ¿cómo se almacena?

—En frío.

—¿En una nevera?

—Sí, o si va para largo, lo congelas. ¿Qué está pasando, Johnny Boy? Desde que éramos pequeños te cagabas vivo con las

serpientes. Y ahora vas por ahí con una en el coche.

—Han matado a Hack.

—¿Por culpa de Bethany?

—No lo sé. ¿Podrías quedártela? No la vendas hasta que yo te dé el visto bueno.

Caney asintió y cerró la caja. Johnny Boy se puso al volante.

—Dales recuerdos a tu hermana y a los bebés —dijo.

Johnny Boy volvió al pueblo pensando que, tras dos horas de investigación, lo único que sabía era cómo extraer veneno de una serpiente, una habilidad que jamás pondría en práctica. Aunque, eso sí, explicaba lo de la nevera en el cobertizo de Hack. A lo mejor Hack estaba intentando volverse inmune.

A Johnny Boy no le gustaba conducir con menos de la mitad del depósito lleno, por si se veía involucrado en una persecución que pudiera prolongarse. Nunca había sucedido tal cosa en la historia del condado, pero no quería ser el primero en protagonizar una y quedarse sin gasolina. Así que se detuvo a repostar en uno de los pocos sitios que seguían teniendo surtidores de gasolina sin plomo para maquinaria agrícola. Dentro vendían todo tipo de herramientas, incluyendo rarezas como extractores de postes o llaves de parada de agua de mango largo. Se compró una lata de Dr Pepper y una bolsa de cacahuetes.

Al salir de la tienda, volvió a ver el Wagoneer azul, el mismo que había visto en el condado de Fleming unas noches atrás. También era el mismo conductor. Un hombre mayor que él, de pelo largo y barba desaliñada. Estaba esperando para salir a la carretera principal, mirando a ambos lados, lo que le permitió fijarse bien en él bajo la intensa luz del sol. No lo conocía, pero reconoció sus rasgos. El nombre de Rodale le pasó por la cabeza, pero lo rechazó al instante porque venía de ver a su primo, Caney Rodale. Si tuviese una foto, podría pedirle a Caney que se la mostrase a su madre. El Wagoneer salió a la carretera y Johnny Boy se fijó en que el vehículo no llevaba matrícula. Era motivo suficiente para pararlo. Se lo planteó, pero luego decidió que ya tenía demasiadas cosas encima: tres homicidios, una sheriff en el hospital y un largo trayecto por delante.

Una vez en casa de Reeder, aparcó en el mismo sitio, las huellas de sus neumáticos seguían marcadas en la tierra blanda. El señor

Reeder estaba subido a una silla con la parte superior del cuerpo inclinada bajo el capó abierto del Bronco. Parecía llevar la misma ropa que el día anterior.

—Señor Reeder —dijo.

El hombre no se movió. Johnny Boy tosió fuerte y raspó el suelo con los zapatos.

—Páseme una llave inglesa —dijo el señor Reeder.

Johnny Boy rebuscó en la caja de herramientas y encontró dos de distinto tamaño.

—¿Cuál de ellas? —dijo.

El señor Reeder sacó la cabeza del motor.

—La grande —dijo—. Pensé que sería Roscoe.

—¿Anda por aquí?

—En la casa —dijo el señor Reeder—. Puede entrar. Apuesto a que está enchufado a esos putos dedales.

Johnny Boy le pasó la llave inglesa, se dirigió a la puerta mosquitera y anunció su llegada alzando la voz a través de la malla. No hubo respuesta y se asomó. Roscoe estaba tendido en el sofá sobre un montón de almohadas, mirando la pantalla de su teléfono con unos auriculares puestos. Sobre la mesa de centro había un plato con migajas y un tenedor. Johnny Boy entró y pateó el sofá.

—Para ya, papá —exclamó Roscoe, manteniéndose atento al teléfono.

Johnny Boy le quitó uno de los auriculares.

—Soy el sheriff, no tu papá.

—Pensaba que eras el ayudante.

—Lo era. Hasta que dispararon a la sheriff. Tengo que hablar contigo.

—Yo no he sido. No he salido de casa. Pregúntale a papá.

—No de eso —dijo Johnny Boy—. De peleas de gallos.

—No soy ningún experto.

—¿Quién lo es?

—Hack Darvis, creo.

—Hack está muerto.

—¿Hack y Pete? ¿Los dos?

—Los dos. ¿Los mataste tú?

—¡Joder, no! ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Por qué iba a hacerlo cualquiera?

Roscoe bajó las piernas del sofá y miró fijamente a Johnny Boy, que se golpeteó la placa con el dedo índice.

—Será mejor que hables conmigo —dijo Johnny Boy.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada.

—Posesión del gallo de un muerto, para empezar. Resistencia a la autoridad como vuelvas a decirme algo que no me guste.

—Joder —dijo Roscoe—. No hace falta que te las des de sheriff duro conmigo. ¿Dónde está el otro menda?

—En el hospital con su hermana. ¿Quién mató a Hack? ¿Quién mató a Pete?

—¿A mí qué me cuentas?

—¿Por qué tenía Hack una serpiente de cascabel?

—Por ahí se decía que ponía veneno en los espolones.

—¿Eso qué es?

—Se amarran a las patas de los gallos. Afilados como cuchillas de afeitar. Si los empapas de veneno y tu gallo le mete un tajo al del contrario, la diña al momento. Se comentaba que Hack lo hacía.

—¿Y tu gallo no puede envenenarse a sí mismo por accidente?

—No, los pollos son mucho más listos de lo que la gente se piensa.

Johnny Boy gruñó a modo de vago asentimiento. Roscoe, sin saberlo, había quedado fuera de toda sospecha. Cualquiera que creyese en la inteligencia suprema de los pollos no podía ser lo bastante listo como para pillar por sorpresa a un hombre armado.

—¿Pete sabía lo del veneno?

—Claro, Pete decía que Hack no mataría gallos ni de coña. Estaba sacando mucha pasta con las peleas.

—¿Con las apuestas?

—No, eso era cosa de los demás. Hack se quedaba con la mitad de la cuota de inscripción. Vendía cigarrillos, cerveza y whisky. Te cobraba un ojo de la cara.

—¿Cuándo es la próxima pelea?

—Ni idea.

—Dijiste que lo anunciaban por internet.

—Ya no. Ese chat ya no existe.

—¿Desde cuándo?

—Desde que mataron a Pete.

Johnny Boy se sacó una tarjeta oficial del bolsillo de la camisa y

se la dio a Roscoe.

—Si te enteras de otra pelea, me llamas —dijo Johnny Boy.

—Aquí pone que eres el ayudante, no el sheriff.

—Aún no me ha dado tiempo a encargar las nuevas.

Johnny Boy salió de la casa. El señor Reeder seguía subido a la silla de madera, con una pierna en el aire para mantener el equilibrio y el torso embutido en el compartimento del motor. La silla se movió y Johnny Boy se apresuró a sujetarla.

—¿Todo bien ahí dentro, señor Reeder? —dijo.

—De primera.

—Esta silla no es muy estable.

—Lo sé. Pero las escaleras de mano son demasiado altas, demasiado cortas o se ladean.

—Tengo que irme. ¿Quiere que avise a Roscoe?

—No, ese vale menos que la pólvora que haría falta para mandarlo al infierno. Tome.

La mano manchada de grasa del señor Reeder sostenía dos tuercas y dos arandelas. Johnny Boy las dejó caer obedientemente en una cacerola vacía. Había otras cuatro tuercas de seguridad junto a dos tornillos rotos que brillaban por donde los había chascado la presión. En el suelo, un taladro eléctrico conectado a un cable alargador que iba a perderse entre la maleza que crecía junto a la casa.

—¿Puedo hablar con usted, señor Reeder?

—Hijo, ya lleva un rato haciéndolo.

—Quiero decir más en plan cara a cara.

Con un gruñido y un suspiro prolongado, el señor Reeder se alzó de entre los entresijos del motor con la cara llena de manchurrones negros. Empuñaba un martillo con el mango envuelto en cinta americana y unas pinzas de presión.

—Ya no necesito su ayuda —dijo—. No voy a desahuciarlo. No sabía que Misty se había largado. A Roscoe le daba vergüenza contármelo.

—No he venido por eso.

El señor Reeder se sentó en el radiador y lo miró sin pestañear. Era de esa clase de hombres capaces de pasarse una semana sin abrir la boca más que para dar instrucciones. El padre de Johnny Boy era igual, una especie de salto generacional, un rasgo que a él

lo había eludido. De pronto, se sintió irritado, como le pasaba con su padre.

—Ha muerto otro hombre —dijo Johnny Boy—. Hack Darvis. ¿Lo conocía?

—Quite, quite, procuro no acercarme a ese sujeto. Dicen que taló un árbol que le cayó encima a uno que estaba con él, y que lo hizo a propósito.

—¿Se lo cree?

—Lo que yo crea da lo mismo. Lo que sí sé es que dos tipos entraron en el bosque y solo salió vivo uno.

—De poco le valió —dijo Johnny Boy—. Ahora está muerto.

—¿Cree que mi hijo ha tenido algo que ver?

—Está metido en lo de las peleas de gallos. Podría conocer sin saberlo al que lo mató.

—Podría decirse lo mismo de cualquiera, ¿no? Incluso de usted o de mí.

—Sí —dijo Johnny Boy—, pero nosotros no tenemos dos gallos.

—Déjeme que le pregunte una cosa. No pretendo complicarle a nadie la existencia, pero las peleas de gallos son ilegales, ¿no?

—Sí.

—¿Y por qué no hacen nada al respecto?

—Es delito en cuarenta y dos estados. Pero en Kentucky es solo falta. La gente acude de todas partes para participar. Si les arrestan, una falta no es tan grave. Si no quiere que a su hijo le pase algo, dígale que se olvide de las peleas de gallos. Me tengo que ir.

Johnny Boy hundió la barbilla a modo de despedida y subió la pendiente hasta su camioneta. En el camino de tierra se veían rodaduras de dos vehículos. Sacó el teléfono y fotografió las huellas, luego fue pasando las fotos hacia atrás hasta las que tomó en la propiedad de Hack Darvis. Le alivió comprobar que no coincidían. Eso no excluía del todo a los Reeder, pero no creía que estuviesen involucrados. Las siguientes fotografías eran de pisadas, talla siete. Volvió a bajar la pendiente y le preguntó a Roscoe la talla de pie de Misty.

—Yo qué sé —dijo—. Tiene los pies pequeños. Siempre anda quejándose de eso.

—¿De sus pies?

—No, de los zapatos. En las tiendas, como mucho, puede que

tengan dos modelos de talla pequeña, y siempre los ponen en el escaparate. Ella dice que porque son bonitos y no ocupan mucho espacio. Al final acaban descoloridos por el sol y así ¿quién coño va a comprarlos? A veces tiene que ir a la sección infantil.

—¿Se dejó algún par cuando se marchó?

—Hay una caja con sus cosas.

Johnny Boy lo siguió hasta el gallinero. Roscoe señaló una caja de cartón y se puso a conversar con los gallos. Johnny Boy encontró unos pantalones cortos recortados, un cinturón finito con una hebilla en forma de mariposa, dos revistas del corazón y un par de sandalias desgastadas. Las sacó al exterior para verlas a la luz del día. Eran minúsculas, talla cinco o seis, como mucho. Le dio las gracias a Roscoe y se marchó.

Capítulo 12

Mick durmió junto a la cama de su hermana, despertándose a cada tanto con el entra y sale del personal médico. Logró obviar el pitido constante de la maquinaria y concentrarse en el zumbido característico de los hospitales.

El amanecer trajo la luz del sol y un nuevo turno de enfermeras, recién cafeinadas y animosas. Mick las ignoró y supervisó la respiración de su hermana. Le habían vendado la pierna desde la parte superior del muslo hasta el pie, dejando los dedos a la vista, algo que él sabía que a ella no le haría ninguna gracia. Sus pies la avergonzaban desde pequeñita: el dedo gordo notablemente separado del resto en un leve ángulo, como el de la mano. Nunca se ponía sandalias ni chancletas. De pronto se acordó de un mercenario australiano que se refería a sus chancletas como tangas[8], para consternación de sus camaradas estadounidenses.

Mick se levantó y se estiró para despejarse de pensamientos errabundos. Se asomó a la ventana, que daba al aparcamiento. La luz dorada del alba se mezclaba con el amarillo chillón que emanaba de las bombillas encapsuladas de los postes de acero. Se accionó un sensor y todas las farolas se apagaron al unísono, suavizando las sombras y embelleciendo la atmósfera. Contempló a la gente que se dirigía a sus vehículos, sus andares lentos después de doce horas en pie.

A su espalda, las sábanas susurraron. Se dio la vuelta y vio a Linda con el brazo alzado, como intentando bajarse de la cama.

—Para quieta —dijo él—. Estás en el hospital.

—¿Qué? —farfulló—. ¿Dónde…?

Su voz se apagó. Mick esperó hasta asegurarse de que había vuelto a quedarse dormida antes de llamar a una enfermera. Durante las dos horas siguientes permaneció sentado a su lado, sin separar los ojos de ella. El pasado no existía. El futuro tampoco.

Ocupaba el presente junto a su hermana herida del mismo modo que cuando aguardaba el momento de entrar en combate.

Al cabo de unas horas, Linda se revolvió y comenzó a despertarse poco a poco, parpadeando varias veces mientras la conciencia se iba filtrando en su visión.

—Todo bien, hermanita —dijo Mick—. Estás en el hospital. Te dispararon.

—¿Dónde?

—En la pierna izquierda. Ya has pasado por el quirófano. Estás sedada.

—¿Pinta muy mal?

—Caminarás.

Ella asintió y pareció sosegarse por un momento, luego abrió los ojos de golpe y Mick comprendió que estaba sintiendo dolor, que el efecto de la sedación estaba pasando. A su manera, era una buena señal.

—¿Qué pasó? —dijo él.

—Entré en la casa.

—¿Quién había?

Ella sacudió la cabeza y cerró los ojos. Mick salió de la habitación y llamó a la oficina del sheriff. Respondió Sandra.

—Se ha despertado y ha hablado —dijo Mick—. Grogui pero bien.

—Qué alegría me das. Me pasaré en cuanto acabe aquí.

—Gracias. ¿Sabes si Johnny Boy encontró algo en la escena del crimen?

—Los de la local trajeron cuatro bolsas con basura del bosque. Johnny Boy está investigando lo de Pete Lowe y Hack Darvis. Dijo que tú te encargabas de lo del disparo de Linda. ¿No hay conflicto de intereses?

—Técnicamente, sí. Necesito que me pases todo lo que puedas averiguar sobre Leo Gowan.

—Aquí mismo lo tengo —dijo ella.

—Me paso en un rato.

Mick cortó la llamada. La ansiedad se extendió por sus miembros al darse cuenta de que no había nadie para relevarlo en el hospital. Llamó a Raymond y le explicó la situación.

—No puedo —dijo Raymond—. J. C. me tiene con los

preparativos para la hora del almuerzo. No podremos ir hasta pasadas las cuatro.

—¿Y tu madre?

Se hizo el silencio mientras Raymond le daba vueltas a la idea. De fondo se oía una música de conjunto norteño, con Juan Carlos uniéndose a las voces de vez en cuando. Dos enfermeras se habían parado con sus carritos al otro lado del pasillo y reían, el sonido resultaba extraño en aquel ambiente. Fue un buen recordatorio: la gente se reía en el trabajo, sin importar lo duro que fuera. Mick recordó el humor negro de los investigadores cuando se enfrentaban a escenas de crimen espeluznantes.

—Le preguntaré —dijo Raymond—. Pero a mamá no le va a gustar.

—A nadie le gustan los hospitales.

—Tampoco le gustan los polis.

—Pues dile que es una mujer herida que no tiene a nadie más. Me debe una, recuerda.

—No le va a hacer ni puta gracia. Pero la llamaré.

Mick volvió a la habitación. Un joven vestido con ropa informal se identificó como el doctor Lannan, médico hospitalista. Llevaba un fajo de papeles en una tablilla inapropiadamente envejecida. El pronóstico de Linda era bueno, sin complicaciones postoperatorias. Le habían cambiado la medicación para el dolor, ahora le estaban administrando Percocet. Una transfusión le había salvado la vida.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mick.

—Reposo. Y luego rehabilitación.

—¿Cuánto tiempo?

—Semanas, puede que meses. Tendrá que hablarlo con el cirujano.

—¿Cuándo?

—Hace sus rondas a última hora de la tarde. Sé que está preocupado. Pero ella está bien. Fuerte y sana. Será necesario un desbridamiento del tejido necrótico. Pero parece que va a recuperarse del todo.

El doctor Lannan se dio media vuelta y Mick observó a aquel hombre bajito salir de la habitación, pasando las hojas de la tablilla, preparándose para el próximo paciente. Linda cambió de postura, el dolor hacía que su cuerpo buscase comodidad, su cerebro aún no

era consciente de la indisponibilidad de ese alivio. Mick se sentó y se dispuso a esperar a la madre de Raymond, Shifty Kissick. El padre de Mick le estuvo tirando los tejos durante cuarenta años, pero ella eligió a un hombre más estable que acabó muriendo joven. Mick le había hecho un pequeño favor hacía unos años, luego otro más grande que implicaba protegerla de una venganza criminal. Con Raymond de vuelta en casa tras haber dejado los marines, la mujer estaba más amparada, aunque tampoco es que lo necesitara. A juzgar por las veces que se habían visto, siempre iba armada.

Vino un celador y se puso a trastear por la habitación, trajo toallas limpias y vació la papelera. La luz que entraba por la ventana tocaba la esquina de la cama y Mick ajustó las cortinas. En reposo, la edad se borraba del rostro de su hermana, como si recobrase la infancia. Tenía un mechón de pelo rebelde sobre la cara. Resistió el impulso de apartárselo, prefiriendo evitar hasta el más ínfimo trastorno.

Shifty Kissick entró sin llamar. Llevaba un vestido largo de corte recto y calzado de vestir, un conjunto apropiado para dejarse ver por el pueblo. Sobre el vestido, un jersey azul claro con la esquina de un pañuelo sobresaliendo de un puño.

—Gracias por venir, señora Kissick.

Ella dejó el bolso grande al pie de la cama, se inclinó sobre Linda y con un toque delicado le apartó el pelo de la cara.

—Solo para dejar las cosas claras —dijo—, estoy aquí por ella, no por ti.

—Es muy generoso por su parte.

—¿Quién fue? Un hombre, seguro, como si lo viera.

Mick asintió.

—Bueno, hijo, lo mejor será que salgas ahí fuera y encuentres a ese hijo de puta.

—Sí, señora. Le diré a la enfermera que es usted de la familia. Así no podrán echarla.

—Ya me he encargado yo. Soy la tía Shifty. Así que largo.

Mick salió preguntándose qué llevaría la señora Kissick en el bolso. Lo habían educado para no indagar jamás en la cartera de una mujer. Su abuelo le dijo que lo más aconsejable era ni mirarla siquiera. Mick tenía doce años en aquel entonces, y le preguntó por qué. «Lo que llevan ahí es ignoto —le respondió el abuelo—. Mi

abuela llevaba un picahielos pinchado a un corcho». Mick asintió, siguiendo el hábito primitivo de los varones de la familia, y memorizó aquel misterioso retazo de información a propósito de las mujeres. Ahora, al salir del hospital, se imaginó que en el bolso de Shifty habría una pistolita con las mirillas limadas para que no se enganchase al sacarla.

Mick fue a la oficina del sheriff, donde Sandra seguía en su mesa mirando la pantalla del ordenador y escribiendo notas en un cuaderno con un bolígrafo. Tenía un hombro alzado para acomodar el auricular del teléfono fijo a la oreja. Su móvil zumbaba con una llamada entrante. Con una rauda serie de movimientos armoniosos concluyó todas las actividades y leyó en voz alta lo que había apuntado.

—Leo Gowan. Edad, treinta y uno. Trabajaba para J. B. Paving en West Liberty. Divorciado hace dos años. Un hijo, Travis, de ocho. Exmujer, Carla Jo, treinta y siete, vuelta a casar con Lester Wallace. Viven en Clearfield. Un dato interesante: Carla Jo tenía una orden de alejamiento contra Leo.

—Buen trabajo, Sandra.

Se miraron sin añadir nada, inseguros sobre cómo proceder, su breve historia se interponía como una barrera, agravada por las circunstancias. Una vez concluida la interacción profesional, Mick no sabía qué decir. Esperó.

—¿Qué tal Linda? —dijo ella—. ¿Ya has hablado con el médico?

—Le espera una buena.

—¿Quién fue?

—Sigue voladísima. Recordará más en un par de días. ¿Informó Johnny Boy a los parientes más cercanos de Gowan?

—No, viven en el condado de Morgan. Se encargó la estatal. Él anda detrás del asesino de Hack y Pete. O los asesinos.

—¿Ahora piensa que son dos?

—No ha dicho nada, pero vete a saber. ¿Tú qué crees, Mick?

—Las dos víctimas estaban metidas en las peleas de gallos. Ambos varones y vivían solos. La misma causa de muerte. Mi instinto me dice que solo hay un asesino.

—¿Y tu instinto se equivoca alguna vez?

Mick asintió.

—Una cosa más —dijo Sandra—. Johnny Boy dice que tiene más

información sobre la serpiente de cascabel. Dijo que tú ya sabrías de qué se trata.

Mick volvió a asentir, dispuesto a irse, pero reparó en que tenía que ser más amable con ella.

—Bueno —dijo—. Nos vemos.

Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Qué le digo a Johnny Boy? —dijo ella.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti. Él es el sheriff y tú eres su ayudante. Yo la operadora. Querrá saber en qué andas.

—Voy a hablar con la exmujer de Leo.

El teléfono de la mesa sonó. Sandra lo descolgó y Mick aprovechó para escabullirse. Llevaba años sin tener que dar cuenta de sus movimientos a un superior. Hacía unos días, habría ignorado la pregunta de Sandra que, de todas formas, jamás se la habría planteado alguien de rango inferior. La vida de civil, se recordó a sí mismo. Era más fluida, menos definida; los canales de comunicación, vagos e informales. Ya estaba empezando a disgustarle.

Capítulo 13

Mick tomó la 319, una de las vías principales que atravesaban los cerros, conocida localmente como la carretera de Old Clearfield. Los residentes más jóvenes se referían a ella como la carretera de West Liberty. Para unos pocos era la autopista del Palacio Rosa, llamada así por los muros externos de una prisión construida hacía veinticinco años. Al llegar a la salida de Morgan Fork, Mick se dio cuenta de que, con tanta novedad urbanística, se había saltado el desvío. Retrocedió hasta la carretera de Dry Creek y la siguió hasta llegar al camino sin asfaltar que conducía a la casa de la exmujer de Leo Gowan, Carla Jo.

La vivienda, de una sola planta, tenía un tejado a dos aguas que se prolongaba por encima del porche. Había una zona del patio vallada para acoger un columpio, una piscina inflable y una bicicleta infantil. Sobre la hierba, una espada de juguete y un gorro de piel de mapache. También una escudilla de agua para un perro, pero ningún perro a la vista. Mick se bajó de la camioneta. Los escalones del porche eran recios, de madera tratada y barnizada a conciencia.

Pisó con ímpetu un par de veces y aporreó la mosquitera con suavidad. Desde el interior llegó un ladrido de advertencia. Mick dio un paso atrás. Una mujer abrió y por la rendija salió disparado un perrillo. Corrió hasta un extremo del porche, se giró en el aire y reanudó los ladridos con estridente ferocidad. Tenía cabeza de chihuahua y cuerpo de pastor australiano, como si lo hubiesen ensamblado unos niños a partir de desechos. Empezaron a colorearlo con un rotulador negro, se aburrieron y pasaron a embadurnarlo hasta que se cansaron.

—No le haga ni caso —dijo la mujer—. No muerde.

—¿Qué perro es?

—Un chucho. Se llama Cowboy. Nos lo trajimos antes de que lo

sacrificaran en la perrera que hay un poco más abajo.

—Muy valiente, para lo canijo que es.

—Tiene parte de perro pastor, mi hijo es su rebaño.

—¿Y usted no?

—No puedo hablar por el perro, pero creo que me toma más bien por la pastora. Me respeta porque le doy comida y techo, poco más.

Una vez superadas las formalidades, ella lo escrutó con la mirada. Tendría treinta y pocos, vestía vaqueros y una camisa sin mangas. Ningún tatuaje a la vista, los músculos de los brazos definidos como los de una madre dedicada a las labores perpetuas del hogar. Bien plantada, sin escudarse detrás de la puerta, miraba directamente a los ojos. Mick se preguntó si tendría agallas para matar a un hombre. Todo el mundo las tenía.

—Soy Mick Hardin, ayudante del sheriff del condado. ¿Es usted Carla Jo Wallace?

—Sí. ¿Ha venido por Leo?

—Sí, señora. Lo lamento.

—Ha sido más duro para Travis que para mí.

—¿Era su padre?

Carla Jo tiró de la puerta a su espalda hasta cerrarla e hizo un gesto hacia las tres butacas del porche.

—Travis está durmiendo. No quiero despertarlo. Ni que oiga nada relacionado con su padre.

Se sentó en la butaca de en medio.

—¿Cuál es la de su marido? —dijo Mick.

Ella se la señaló y él se sentó en la otra. La mujer asintió por su cortesía y, por un momento, se le suavizó la expresión del rostro.

—Bonita casa —dijo él—. Me imagino que se pasarán mucho tiempo aquí sentados.

—Todas las tardes, cuando Lester vuelve del trabajo.

Tres petirrojos volaron en íntima formación hasta las ramas de un manzano. Ya no tenía flores, pero los frutos aún no habían acabado de brotar. Los pájaros se marcharon.

—Esos petirrojos andan buscando comida —dijo Mick.

—Ni lo dude. Colgaré planchas de aluminio en cuanto las manzanas broten. Para espantarlos.

—¿Las recolecta?

—Para hacer compota —dijo ella—. Travis quiere hacerse una casa en el árbol. Mi marido clavó un tablón en lo alto. Le ha dicho que cuando el árbol crezca añadirá más.

Mick asintió. Era una buena solución, mejor que tener que andar explicándole al niño que él crecería, pero el manzano no.

—Señora —dijo—. Necesito preguntarle un par de cosas sobre Leo.

—Llámeme Carla Jo.

—¿Estuvieron casados cinco años?

—Cuatro y medio. Travis nació el primer año.

—¿Dónde vivían?

—En una caravana, en Brushy. Cuando nos divorciamos, él se alquiló el otro sitio.

—¿Fue a visitarlo alguna vez?

—No —dijo ella con tono severo.

—Pero Travis sí.

—Mi marido se lo lleva un par de veces al mes para que pase con su padre cuatro horas. Lo espera en el coche.

—¿Por la orden de alejamiento?

—Leo quería más tiempo con el niño, pero el tribunal dijo que no. Solo visitas supervisadas. Lester no tendría por qué esperar en el coche. Podría entrar, pero trataba de hacerlo lo menos enojoso para todos.

—Parece buena persona.

—Lo es. Buena para mí y buenísima para Travis. También se ocupa muy bien de la casa.

—Salta a la vista.

Mick observó la arboleda, dejando que los cubriera el silencio. Ella ya se encontraba más a gusto. Él estaba esperando ese momento para encarar la siguiente parte de la conversación. El perro saltó al regazo de Carla Jo y se acomodó apuntando la cabecita hacia Mick, sin dejar de proteger a su ama. Sonó el lamento de una tórtola. El perro irguió una oreja al oírlo y, al instante, lo ignoró.

—Tenemos que hablar sobre Leo un segundín —dijo Mick—. Sé que no es un momento fácil. Pero es mi deber.

Ella asintió, comprimiendo los labios.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera querer hacerle daño?

—Llevo tres años sin verlo ni hablar con él.

—Lester sí. ¿Dónde estuvo hace dos noches?

—Vuelve a casa todas las tardes al acabar su turno.

—¿Qué suelen hacer?

—Siempre lo mismo. Él juega con Travis. Yo hago la cena y cenamos.

—¿Y después de cenar?

—Si todavía hace bueno, trabajamos en el jardín. Vemos la tele. Metemos a Travis en la cama. Nos sentamos y hablamos.

—¿De qué suelen hablar?

—Facturas. Su trabajo. Últimamente hemos estado planeando hacer un camino de acceso y construir un garaje.

—¿Qué clase de armas tiene su marido?

—Un rifle de caza.

—¿Alguna pistola?

—No. ¿Por qué me está preguntando todo esto? ¿Piensa que Lester mató a Leo?

—No, señora. Para nada. Pero alguien lo hizo. Y también dispararon a mi hermana.

—Oí que dispararon a la sheriff. ¿Es su hermana?

Mick asintió.

—Lo siento —dijo Carla Jo—. ¿Está bien?

—Vivirá. Pero comprenderá usted por qué tengo que insistir. ¿Leo tenía una pistola?

—Sí. Una grande. Tamaño familiar, es lo que decía él.

—¿Cómo de grande?

—Decía que era un cuarenta y cinco.

—¿Sabe dónde la tenía?

—Casi siempre en la camioneta. Por la noche en un cajón, junto a la cama.

—¿En la caravana donde vivía usted con él?

Ella asintió.

—¿Y en su nueva casa?

—Ni idea. Nunca entré. ¿Ha hablado con Penny?

—¿Quién es?

—Penny Lawson. Su novia.

Percibiendo la incomodidad de Carla Jo, el perrito le dio un lametón en la mano, su lengua rosada no era más grande que la de

un gato. Mick nunca había tenido mascota. Su abuelo tenía un viejo *bluetick coonhound* al que le gustaba pasarse todo el día tumbado en la sombra. Nunca entraba en la casa. De pronto, Mick quiso tener un perro y, más absurdamente aún, un perrillo faldero que le lamiera la mano de forma obsesiva.

—Tengo que hablar con Penny —dijo—. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—No, no la conozco. Travis me ha hablado de ella. Por lo visto tiene una hija más o menos de su edad. Jugaban de vez en cuando. Le caía bien. Ya sabe, a esa edad los críos no hacen distinción de sexo.

—¿Y su marido? ¿Llegó a conocer a Penny?

—No lo sé. Llegará a casa a las seis y media.

—¿Me haría el favor de llamarlo por teléfono? Quizá sepa dónde vive.

—En el trabajo no puede atender llamadas. A no ser que sea una emergencia.

—Puede que no quiera que la policía se presente allí para interrogarlo. A casi nadie le gusta eso.

Ella consideró un momento sus palabras y se sacó el móvil del bolsillo trasero. Mick se levantó, alertando al perro, y bajó al patio. Una larga soga colgaba de la rama más baja del manzano. Debajo había una escalera torcida de tres peldaños. De niño, Mick se había encaramado a cientos de árboles. Su actividad favorita era dar con dos que no estuviesen muy separados: uno alto y otro joven, más bajito. Trepaba al alto y saltaba al otro aferrándose al tronco con ambas manos, haciendo que se combase por el impulso. Si la elección era buena, el árbol se inclinaba bajo su peso hasta depositarle en el suelo. A veces se partía y se daba un buen trompazo. Otras veces, no se arqueaba lo suficiente, se quedaba atrapado a cuatro o cinco metros del suelo y tenía que dejarse caer. Lo que le atraía era la incertidumbre: el salto al vacío, fiándose de su agilidad para aferrarse al árbol, sin saber lo que ocurriría luego. Había vivido así la mayor parte de su vida.

Carla Jo lo llamó y él se acercó al borde del porche.

—Penny tiene una tía que vive en Sharkey —dijo Carla Jo—. Lily, cree que se llama. Atkins o Adkins, uno de los dos. O puede que Atkinson.

—Gracias.

Mick regresó a la camioneta y llamó a Sandra mientras conducía de vuelta al pueblo. Le dijo que la señora Shifty se estaba quedando en el hospital y le pidió información sobre Lily Adkins o Atkins. Tomó la carretera de Flemingsburg, pasó por debajo de la interestatal y se detuvo a repostar en uno de aquellos sitios nuevos que estaban sustituyendo a las gasolineras de toda la vida. A un lado había una máquina con una manguera larga y fina para inflarte tú mismo los neumáticos por un dólar cincuenta en monedas de veinticinco centavos. Para conseguir cambio tenías que entrar en la tienda, donde te cobraban tres pavos por una garrafa de agua. Pagar por agua y aire, pensó Mick. No es de extrañar que la gente ande de mala hostia, en general.

Sandra le devolvió la llamada y le facilitó una dirección a nombre de Lily Atkins. Siguió hasta la carretera de Sharkey, una pista asfaltada de dos carriles con toda una red de parches alquitranados. Pasó junto a un cartel en el que ponía que Dios lo estaba observando y, por un momento, pensó en el sistema de vigilancia masiva que se estaba imponiendo en todo el país. En Inglaterra, las fuerzas del orden habían demostrado su eficacia, a pesar de las protestas de los defensores de la privacidad. Mick suponía que sería solo cuestión de tiempo que las grabaciones de seguridad se alterasen para implicar a inocentes. Tomó una carretera más pequeña y dio con la dirección.

Lily Atkins vivía en una de las casas más viejas del vecindario, rodeada de casas prefabricadas, un concepto que a Mick se le escapaba. Se imaginaba que estaban en esa zona gris en que costaba distinguir una caravana de una casa, el equivalente en gama baja a un dúplex urbano: ni casa, ni apartamento. El camino de acceso era de grava caliza.

Aparcó y se apeó, cansado de su cautela habitual. Si había perros, los espantaría. Dentro tenían la tele puesta a tal volumen que si las cortinas hubiesen estado descorridas podría haberse puesto a ver la programación matinal desde el patio. Nadie acudió a abrir cuando llamó. Insistió con más vehemencia, luego golpeteó el cristal con una moneda. El volumen del televisor bajó y volvió a llamar. Una mujer de unos cincuenta años abrió la puerta con una ancha sonrisa de bienvenida. Su cabello canoso y corto lucía un

peinado oblicuo que él solo había visto en gente joven.

—Muy buenas —dijo ella—, ¿nos conocemos?

—Soy el hijo de Jimmy Hardin, Mick.

—Oh, Dios mío. ¿De los Hardin de la otra punta del condado?

—Sí, señora. ¿Es usted Lily Atkins?

—Y que lo diga. ¿Le gusta mi pelo? Me lo acabo de hacer. Ashley Fly es la mejor asesora de belleza que tenemos por estos pagos. ¡Es una estilista!

—Sí, señora. Es muy bonito. Popular, diría.

—Me gustan los hombres que se fijan en el pelo de las mujeres. En los tiempos que corren ya casi ninguno lo hace. Pero pase, pase.

—Gracias, no se moleste. Estoy tratando de dar con su sobrina.

—Tengo siete. ¿Cuál de ellas?

—Penny Lawson. Tengo entendido que vive aquí.

—Bueno…

Su voz se apagó y dio la impresión de que todo su cuerpo se movía para presentar un muro invisible.

—Señora Atkins, vengo en nombre del condado. Su sobrina conoce a un hombre que ha muerto hace unos días.

—Se hizo matar, querrá decir. Ya me he enterado.

—Así es. Y quisiera preguntarle a Penny si su amigo tenía problemas con alguien en el trabajo, o lo mismo con algún vecino.

—¿Cómo ha sabido que ella vivía conmigo?

—Me lo dijo la exmujer —dijo Mick.

—¿Carla Jo?

—¿Tenía más?

—No, solo ella. Conozco a su madre de la iglesia. Me dijo que se ha casado con Lester Wallace.

—Sí, señora, eso parece. ¿Está Penny en casa?

—No, no está.

—¿Recuerda cuándo la vio por última vez?

—Por supuesto —dijo ella—. A mi memoria no le pasa nada.

—Discúlpeme. No pretendía sugerir lo contrario.

Dentro de la casa, el cacareo de un pollo se superpuso al sonido de la televisión. Mick ladeó la cabeza para escuchar mejor. El cacareo continuó, más fuerte, como entusiasmado, luego remitió y quedó reducido a unos cuantos gorjeos satisfechos.

—Esa es Riley —dijo la señora Atkins—. Pensé que era un chico,

pero ha resultado ser una gallina.

—¿La tiene ahí dentro?

—No todo el tiempo. Solo cuando hace demasiado calor. Por aquí todo el mundo tenía pollos. Ahora, cada vez hay menos, de las dos cosas, aves y gente. Riley es el último pollo de Sharkey, Es importante.

—Un pollo importante.

—¡Oh, sí! Hace mucho la gente de por aquí quiso poder disponer de una oficina postal para recibir el correo con regularidad. Tuvieron que pedírselo al gobierno, un latazo que duró cerca de seis meses. Al final, el gobierno dijo que sí, pero que necesitaban el nombre de un pueblo. No teníamos. Aquí no había más que caminos y granjas. Los de la familia más numerosa quisieron ponerle su nombre, pero caían muy mal al resto. Se pasaron cerca de una semana discutiendo el asunto. Aquel sábado hubo una pelea de gallos entre Shanghai y Sharkey. La gente decidió bautizar al pueblo con el nombre del vencedor.

—¿Y ganó Sharkey?

—Por goleada. Dejó tieso a Shanghai. Me lo contó mi abuela. Su madre asistió a la pelea. Así que ya ve, Riley está manteniendo vivo el espíritu de Sharkey. La oficina postal ya no existe. Volvemos a ser caminos y granjas.

Mick asintió, pensando en el pollo al que Shifty Kissick había enseñado a caminar hacia atrás. Llevaba tres años queriendo preguntarle cómo lo había logrado. Pasó revoloteando una libélula, su cuerpo iridiscente resplandeció al sol.

—Señora Atkins. Tengo que hablar con Penny.

—Se marchó hace un par de días. Vino su ex y se llevó parte de sus cosas. Ella llamó antes para avisarme. En mi opinión, han vuelto. Eso espero. La niña necesita a su padre.

—Sí, señora —dijo Mick—. ¿Y dónde vive?

—¿Randy? Pasado Farmers, en una vieja carreterita junto al río.

—Randy. Conoceré a unos cinco con ese nombre.

—Es un Caldwell. De los del valle, no de los de la cresta.

—Gracias, señora Atkins. Me ha sido de gran ayuda.

Ella se acercó a él medio paso, ladeó la cabeza y sonrió.

—Un hombre como usted estará casado —dijo.

—Divorciado.

—Pues vuelva por aquí cuando disponga de más tiempo.

Se señaló el cabello plateado.

—Puede que haya nieve en la cumbre, pero abajo sigue habiendo fuego.

Mick condujo hasta el primer espacio ancho y paró a los pies de una jicoria ovada, uno de sus árboles favoritos. Si la situación no hubiese sido tan apremiante, la interacción con la señora Atkins habría tenido su gracia. El siguiente que llamase a su puerta sería para truco o trato. O quizá para llevarse un huevo. Mick siempre había deseado ser el tipo de hombre que podría dejarlo todo para comprometerse en cuerpo y alma a una mujer. El problema era que necesitaba conocerla primero, necesitaba sentir algo antes, como con Sandra. Pero eso lo había echado a perder, igual que su matrimonio y la breve relación que mantuvo con una oficial del servicio de inteligencia británico hacía unos meses. Pensó que era agente del MI6 porque llevaba cuatro teléfonos móviles. El número que le dio no era el de ninguno de esos cuatro.

Llamó a Sandra y le pidió las señas de Randy Caldwell en Farmers. Con el teléfono en altavoz, se preguntó si Randy sería el diminutivo de Randall, Randall Caldwell. Conocía a mucha gente con nombres y apellidos que rimaban, una vieja tradición de los cerros. Clinton Morton. Amy Ramey, del condado de Carter, y Sam Hamm del colegio. Se acordó de un niño que se llamaba Abbot Abbot, como si sus padres se hubiesen quedado sin ideas y hubiesen optado por la solución más sencilla. Todo el mundo lo llamaba Conejo, por los cuentos del conejo Abbot.

La voz de Sandra irrumpió por el diminuto altavoz.

—Hay dos Randy Caldwell —dijo—. Uno de cincuenta y nueve, y otro de treinta y cuatro. Casas distintas, misma calle. Padre e hijo.

—Necesito la dirección de los dos.

—Ahora eres ayudante del sheriff —dijo ella—. Lo que necesitas es instalarte un GPS en la camioneta. Tendrás acceso a la misma información que yo. Así ganarás tiempo y me ahorrarás trabajo.

—Buena idea.

—O a lo mejor es que te gusta hablar conmigo.

—Eh…, ¿y entonces la dirección dices que es…?

Sandra se la facilitó, junto con una serie de indicaciones para llegar a ambas residencias, luego lo puso en espera. Él agradeció el

respiro, el flirteo telefónico lo incomodaba. Al momento, regresó.

—Era Ray-Ray —dijo—. Lo ha llamado su madre. Le ha dicho que Linda está despierta y comiendo. Esa es muy buena señal, Mick.

—Gracias.

—¿Algo más? —dijo ella.

—¿Johnny Boy ha inspeccionado ya la basura que recogió la policía?

—Sigue sobre el terreno. Y en su despacho le esperan cinco bolsas bien grandes.

—Antes dijiste cuatro.

—Dixon ha traído otra más. ¿Estás poniendo en duda mi capacidad de contar?

—No —dijo Mick—. Espero que haya un revólver calibre cuarenta y cinco.

—No pienso ponerme a rebuscar.

—Llama a Dixon y pregúntale si encontró uno. En la casa o fuera.

—Vale —dijo ella—. ¿Eso es todo?

Él asintió y puso fin a la llamada. Para llegar a Farmers no tenía más que seguir todo recto por la 801 en dirección sur. A los pocos minutos, se dio cuenta de que se le había olvidado despedirse de Sandra. Una nueva muesca en la columna negativa. No importaba. En dos días pondría rumbo a Córcega.

En su día, Farmers había sido la única localidad del condado donde se podían conseguir refrescos Ale-8 y, unos años más tarde, el único sitio donde podías hacerte fotos de carné. Ahora contaba con gasolineras, tiendas de cebos y aparejos, y un célebre restaurante de parrilladas que se llamaba Pop's, todo a raíz del turismo generado por el lago Cave Run. Hasta que construyeron la presa, la comunidad de Farmers se inundaba cada pocos años. Los lugareños tenían barcas siempre a mano por si acaso. Muchos hogares quedaron arrasados, pero algunas de las casas más antiguas seguían resistiendo el embate del tiempo, con las marcas repintadas de los puntos culminantes de las viejas inundaciones, los revestimientos reemplazados y los jardines replantados. Mick dejó atrás la vivienda del viejo Caldwell, lo bastante apartada del río como para haber sobrevivido a las primeras inundaciones. Delante había aparcada una camioneta grande con defensa tubular en la

rejilla. A unos dos kilómetros se erigía una casa más reciente, con revestimiento de vinilo hasta en la parte exterior de las ventanas, y sin porche. Mick se preguntó si sería una medida de protección para potenciales inundaciones: daba la impresión de que toda la estructura podría flotar río abajo de forma segura.

Aparcó en el arcén y cruzó el patio. Había una carretilla de metal volcada bocabajo sobre la hierba. Mick golpeó la puerta tres veces, esperó y volvió a llamar, la señal universal para anunciar un asunto urgente, no un vecino, un político o mormones recién salidos del tiesto. Aguzó el oído, no oyó nada, y volvió a insistir. Percibió a alguien por el rabillo del ojo y se giró. Un hombre lo apuntaba con una escopeta desde la esquina de la casa. La llevaba apuntalada relajadamente sobre el antebrazo izquierdo, al final del cual empuñaba una pistola.

Mick extendió lentamente los brazos para mostrar que no iba armado.

—Ey —dijo—. Hacía siglos que nadie me pillaba desprevenido. Va a ser que el cansancio empieza a pasarme factura.

—¿Qué quieres?

—Busco a Randy Caldwell. ¿Eres tú?

—¿Y tú quién cojones eres?

—Mick Hardin. Ayudante del sheriff.

—Y una mierda —dijo Randy—. Esa tartana no es un vehículo oficial y no veo ni uniforme ni placa.

—Es mi primer día.

Mick esperó. La manera que tenía Randy de sostener las armas daba a entender que carecía de instrucción y que dudaría al disparar, lo que le daría tiempo de sobra para arrojarse a la hierba, rodar y arrodillarse en posición de tiro con la Beretta. El borde exterior del cono de perdigones que se expandiría desde el cañón de la escopeta podría alcanzarlo en las extremidades. O quizá no. En cualquier caso, Randy lo tenía crudo y no era consciente.

—¿Qué quieres? —dijo Randy.

—Estoy tratando de dar con tu exmujer. Su tía Lily me dijo que te pasaste por su casa para llevarte unas cuantas cosas de ella.

—Penny no mató a ese hombre.

—Yo tampoco lo creo, pero puede que sepa quién lo hizo.

—Ese cabronazo se lo tenía bien merecido, por cómo la trataba.

—¿Fuiste tú?

—¿Qué dices, tío? Yo no mataría a nadie.

—Entonces, ¿qué tal si apuntas a otra parte con esa escopeta?

Randy miró la escopeta como si se hubiese olvidado de ella y, acto seguido, bajó el cañón. Mick se llevó la mano al bolsillo para sacar la placa que le había dado Johnny Boy en el hospital. Se acercó y se la mostró.

—Johnny Boy Tolliver es ahora el sheriff —dijo Mick.

—Madre del amor hermoso, ¿Johnny Boy? Pues que se prepare el condado para una ola de crímenes. ¿Y qué pasó con la tía esa que era sheriff?

—Le dispararon. Es mi hermana.

—Vaya, lo siento, tío.

—Por eso busco a Penny.

—Pues aquí no está.

—¿Y sabes dónde puede estar?

Randy chasqueó la lengua y apartó la mirada. Sacudió la cabeza vigorosamente.

—No —dijo.

Mick supo que mentía y dio otro paso hacia él.

—¿Seguro? —dijo—. Me has recibido con dos armas.

—No sabía quién eras. Podías ser uno de esos Gowan con intención de solventar el asunto.

—Eso significa que Penny estaba aquí. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

—Sí, sí lo sabes. Está en alguna parte con tu hijita. Así que o me lo dices o te meto entre rejas.

—¿Por qué? Estamos en mi puta propiedad.

Con un movimiento súbito, Mick le arrebató la escopeta de la mano derecha y le golpeó en la muñeca izquierda con el cañón. La pistola se disparó al caer al suelo y la bala impactó en la carretilla volcada. Mick recogió la pistola, un revólver calibre 38.

—Cuando tengas una en la recámara, procura que no se te caiga —dijo.

Randy se agarraba la muñeca y se lamentaba mientras Mick descargaba la pistola. Comprobó el cargador de la escopeta, expulsó los cartuchos, luego dejó ambas armas en el suelo. Sacó su Beretta y disparó al aire, sobresaltando a Randy. Mick le apuntó a la pierna.

—Una en la pierna y acabas en el hospital con mi hermana. Si te mueves, puede que te dé en la rodilla y, entonces, olvídate de volver a caminar bien. Tengo muy buena puntería, así que te tienes que estar lo más quieto posible. ¿Me oyes?

Randy asintió.

—Muy bien, ¿dónde está Penny?

—Aquí no.

Mick disparó al suelo junto a la bota de Randy.

—Eso no es lo que te he preguntado —dijo Mick.

De la carretera llegó el zumbido agudo de un motor acelerando a todo gas. Una camioneta apareció a la vista; la que había visto antes, con la defensa tubular en la rejilla. Giró abruptamente para salir del asfalto y cruzó rugiendo el patio. El conductor frenó y dio un volantazo. La camioneta derrapó y se detuvo. Por la ventanilla, el que iba al volante apuntó a Mick con un Winchester 30-30. Era un hombre mayor con el cabello largo y canoso recogido por detrás y una gorra de una tienda de piensos.

—¡Suelta esa puta pistola! —dijo el hombre.

Mick dejó caer la Beretta y balanceó su peso de un pie a otro para presentar un blanco más difícil: el costado izquierdo y el hombro.

—¿Estás herido, hijo?

—Estoy bien, papá —dijo Randy.

—¿Quién ha disparado a quién? —dijo el hombre.

—Su hijo disparó a la carretilla —dijo Mick—. Yo disparé una vez al suelo y otra al aire.

—¿Y tú quién coño eres?

—Hardin, el ayudante del sheriff del condado de Eldridge. Voy a mover la mano derecha muy despacito para mostrarle la placa.

Mick la alzó para mostrársela y el hombre entornó los ojos.

—Acércate un poco —dijo—. Desde aquí no veo una mierda.

Mick asintió y avanzó lentamente, sosteniendo la placa a la altura de los ojos del hombre.

—Mi nombramiento fue ayer —dijo Mick.

—Pues ponte la placa en la camisa o engánchatela al cinto antes de que alguien te pegue un tiro.

—Tiene usted toda la razón, señor Caldwell. Tendría que haberlo hecho ya.

—¿Qué quieres de mi hijo?

—De él nada. Estoy tratando de dar con su exmujer.

—¿Penny? Se largó a Michigan.

El señor Caldwell retiró el rifle de la ventanilla, abrió la puerta y se plantó en la hierba. Sostenía el arma sin rigidez, apuntando al suelo.

—No te muevas —dijo.

Mick asintió, mirando cómo el hombre cruzaba el patio caminando de lado y le echaba un ojo al orificio de bala de la carretilla.

—Esta parte es cierta. Randy, ¿qué ha pasado aquí?

—Se me disparó la pistola por accidente.

—Eso casi nunca sucede.

—Bueno, pues ha sucedido, papá, ¿qué quieres que te diga?

El señor Caldwell miró a Mick para confirmarlo.

—Tenía una bala en la recámara —dijo Mick.

—¿Se la hiciste soltar?

Mick asintió.

—¿La escopeta también?

Mick asintió.

—Manda cojones, Randy. ¿Te quitó dos armas y le disparaste a la carretilla?

Randy se encogió de hombros y miró al suelo. A su padre le entró la risa, no pudo evitarlo. Las carcajadas se desvanecieron en el silencio provocado por los disparos. Miró a Mick.

—¿Qué clase de agente de la ley eres tú? —preguntó.

—Uno con suerte.

—Y que lo digas —dijo el señor Caldwell—. De joven le reventé los neumáticos a uno, a tiro limpio. El sheriff me preguntó si había sido yo. Le dije que no. Me preguntó qué había pasado. Le dije que debía de haber una bala tirada en la carretera y que el tipo ese pasó por encima.

Le volvió a entrar la risa. Mick asintió.

—Lo que yo veo aquí es que tú y el condado nos debéis una carretilla —dijo el señor Caldwell.

Mick se sacó la cartera, extrajo cien dólares y se los ofreció.

—Dáselos a él —dijo el señor Caldwell.

Mick se dirigió a Randy, que cogió el dinero y se puso a

contarlo.

—No vale tanto —dijo Randy—. ¿Quieres cambio?

—No, cómprate una mejor —dijo Mick—. ¿Y a qué sitio de Michigan se ha ido Penny exactamente?

—Le di mi palabra de que no se lo diría a nadie.

—Bueno, pues yo no —dijo el señor Caldwell—. Tiene gente en Ypsilanti. Se supone que eso está por Detroit.

—Gracias —dijo Mick.

—Y no vuelva a presentarse aquí a no ser que tenga una razón mejor que la de ir detrás de la exmujer de un hombre.

Mick asintió.

—Lo digo en serio —dijo el señor Caldwell—. La próxima vez no me limitaré a dejar balas en la carretera.

—Sí, señor. Le creo. ¿Le importa que recupere mi pistola?

El señor Caldwell alzó el rifle.

—Adelante —dijo—. Luego te subes a tu camioneta y te largas.

Moviéndose con cautela y sin perder de vista al señor Caldwell, Mick recogió su arma procurando no apuntar a nadie. Volvió a la camioneta y se marchó. De vuelta en la carretera principal, se detuvo para limpiar la Beretta de tierra y hierba. Volvió a arrancar y puso rumbo al pueblo.

Capítulo 14

Mick aparcó en el hospital y cruzó el aparcamiento junto a una estructura nueva de dos plantas. Los muros eran marrones, las contraventanas y el tejado también, con sus canalones y sus bajantes. Dio por sentado que se trataba de una instalación médica. Casi todas presentaban esos tonos marrones, como si alguien hubiese ordenado el color más anodino posible para compensar el sufrimiento de quienes acudían a sus puertas.

Shifty Kissick cabeceaba junto a la cama de Linda y se espabiló en cuanto Mick abrió la puerta. Linda estaba bocarriba, enganchada a las máquinas, las puntas blandas del tubo de oxígeno torcidas bajo la nariz.

—¿Cómo está? —dijo Mick.

—El médico ha dicho que bien. Pero yo creo que estaría mucho mejor si dejaran de entrar cada dos por tres para meterle un pinchazo.

Mick asintió.

—Necesito un cigarrillo —dijo Shifty—. Vuelvo enseguida.

—¿Ha venido alguien más?

—El comisario, pero los médicos lo hicieron salir. Me alegré. De crío nunca me gustó, y ahora es un puto policía.

—Igual que yo, señora Kissick.

—Bueno, a ti no te conocí de crío.

—¿Se ha pasado Johnny Boy?

—No —dijo Shifty—. Ray-Ray y J. C. vendrán en cuanto acabe el trajín del almuerzo.

—¿Se lleva bien con J. C.?

—Cielo santo, ya lo creo. Me trata como si fuera una buena madre de verdad, algo que mis hijos no han hecho en su vida.

Se levantó y se fue. El sonido de la puerta al cerrarse despertó a Linda, que pestañeó repetidamente, miró a su alrededor como

tratando de determinar su paradero, y fijó la mirada en Mick.

—¿Ya lo has arrestado? —dijo en un susurro rasposo.

—No. ¿Te acuerdas de algo?

—De cruzar el patio. Unos disparos. Entré corriendo en la casa. Luego nada. Joder. Nada de nada.

—¿Había alguien dentro?

—Puede que sí —dijo ella—. No lo recuerdo.

—Encontramos el cadáver de un hombre. Muerto de un disparo.

—¿Fui yo?

—No lo sé.

Mick vio cómo la fugaz oleada de energía abandonaba su cuerpo. Se le relajaron los músculos del cuello. Estaba dormida. Mick tomó su mano y cerró los ojos. Se despertó cuando volvió Shifty, oliendo a tabaco y comiendo patatas fritas de una bolsa pequeña. Le ofreció. Él negó con la cabeza y ella le tendió una chocolatina, que también rechazó.

—Abajo tienen una máquina que te cobra dos dólares y medio por todo —dijo ella—. Me ha dejado sin monedas.

—Mejor eso que la comida del hospital.

—Podría terminarme la macedonia de quien yo me sé.

—J. C. le traerá algo de comer.

Se levantó para dejar que se sentara.

—Cuando des con el malnacido que le disparó —dijo ella—, no lo arrestes, lo dejas tieso y sanseacabó, ¿entendido?

—Sí, señora.

Mick se dirigió a la oficina del sheriff y llamó a Sandra desde la seguridad del aparcamiento. Ella le gustaba, le gustaba de verdad, pensó, como si fuese un colegial. Solo le había gustado así otra mujer que ahora vivía feliz con otro hombre.

Sandra cogió la llamada.

—Te estoy viendo por la ventana —dijo.

—Oh, sí. Es que voy apurado. ¿Se sabe algo de balística?

—Linda no llegó a disparar su arma. Extrajeron una bala del cuarenta y cinco del marco de una ventana en la casa de Gowan.

—Probablemente se incrustó allí después de atravesarle los pulmones. ¿Alguna noticia de Johnny Boy?

—No. Anda por ahí en busca de dueños de aves de pelea. No coge el teléfono y no ha llamado. Lo más seguro es que se haya

adentrado en los cerros.

—¿Le darías un mensaje de mi parte?

—Sí, Mick —dijo ella—. Forma parte de mi trabajo.

—Oh, claro. Dile que me voy a Detroit. Tengo una pista sobre quién disparó a Linda.

—¿Cuándo vuelves?

—Depende de lo que me cueste localizar a ese tipo.

—La cosa es que si sales de tu jurisdicción, se supone que tienes que notificárselo a la policía local.

—No tengo intención de colaborar con ellos.

—Eso no suena bien.

—En estos momentos nada suena bien.

—¿Ni siquiera mi voz?

—Eh…

Se quedó en blanco. Con su exmujer había sido igual. La única mujer con la que podía ser él mismo era Linda. Comprendió que Sandra estaba pitorreándose en plan flirteo (el tono ligero, la pregunta incontestable), y que se esperaba que él se la devolviera. Detestaba la cháchara, incluso por teléfono, pero tenía que decir algo.

—Tu voz me gusta —dijo.

—Oh, Dios mío, ¿he oído bien? —dijo ella—. Un gran cumplido del ayudante en funciones Hardin. Muchísimas gracias.

—De nada —dijo automáticamente.

—Mantente en contacto.

El teléfono emitió un chasquido que indicaba que le había colgado. Se quedó mirando la pantalla, luego miró la ventana de la oficina por el parabrisas. El cristal antideslumbrante reflejaba las sombras del *ginkgo* ornamental del aparcamiento, un árbol que nunca le había gustado por el olor que desprendía. Lanzó el móvil al asiento corrido y puso rumbo a casa de su hermana, donde descansó una hora sumido en un estado de duermevela que, más que nada, le hizo recobrar el ánimo. Una ducha fría y como nuevo.

Volvió a comprobar el contenido de su talega: cargadores y munición de repuesto, un cuchillo, apósitos de combate y un pastillero de plástico con Aleve, Ritalin e hidrocodona. Una bolsita con un compás, cuerda, tres teléfonos desechables, un poncho, un kit de cocina y un GPS portátil. Eran los suministros de expedición

estándar del ejército, y no los sacó. En un bolsillo oculto llevaba el dinero que había retirado al abandonar la base. El dinero le había sido útil en el desierto para sobornos y recompensas. Dudaba que fuera a necesitarlo en Detroit, pero le gustaba el rigor de llevar siempre los mismos suministros cada vez que se embarcaba en una operación. Saber que estaba preparado para cualquier contingencia le permitía centrarse en el objetivo principal.

Fue por la carretera de Old Flemingsburg hasta Maysville, se metió en la autopista AA y llegó a Cincinnati en poco más de dos horas. Repostó y se dirigió al norte por la I-75. La vieja camioneta lo ralentizaba, pero no le importó. Los vehículos del ejército eran aún más lentos y estaba acostumbrado a compartimentar la mente: mientras conducía con la parte frontal del cerebro, con la posterior recorría los parámetros de su misión. En el teléfono tenía dos contactos de Detroit, ambos criminales vocacionales, uno un viejo profesional y el otro un perro callejero. Su plan era simple: llegar y llamarlos.

Cuatro horas y media más tarde llegó al extremo sur de Detroit y pasó junto a un aparcamiento inmenso con cientos de autocaravanas en venta. Se preguntó qué clase de ciudad animaba a sus habitantes a largarse poniéndoselo tan a huevo. Te comprabas una de esas casas rodantes y si te he visto no me acuerdo. Mick había estado en Detroit hacía dos años, casi todo el tiempo metido en la habitación de un motel barato cercano al aeropuerto. No sabía dónde vivían sus contactos así que, en esta ocasión, quería algo más céntrico. La salida a la calle Clark le llevó a Mexicantown, donde comió en el Schmear's Deli. Cuando pidió un menú *kosher*, la camarera tatuada lo miró con los ojos entornados y negó secamente con la cabeza. Pidió pastrami, ensalada de patata y humus.

Se había aficionado a la comida *kosher* al trabajar con una agente de los servicios de seguridad israelíes, una mujer bajita experta en armas de fuego e imbatible al *jiu-jitsu*. Mick dejó caer que el Mossad era la agencia de inteligencia más efectiva y temida de todo el planeta. Ella sofocó una risa y dijo: «En lo que sí que es efectivo el Mossad es en hacer creer eso a todo el mundo».

Mick acabó de comer, puso rumbo al este y en Hubbard Farms paró en el hotel Yorba, un lugar venido a menos con un viejo cartel amarillento en la esquina del edificio. Tres jóvenes lo miraron con

descaro, evaluando su potencial valor o amenaza. Sacó ochenta dólares de la talega, se los metió en el bolsillo de la camisa y salió de la camioneta. Se dirigió directamente a ellos, consciente de que se hallaba en su territorio, unos metros cuadrados de acera de su exclusiva propiedad. Lucharían y matarían por defenderlo. Desde su perspectiva, cualquier vehículo desconocido les pertenecía.

Por el lenguaje corporal, Mick reconoció al macho alfa en el más bajito, ancho de caderas y hombros, como un peón de albañil o un bateador de *home-runs*. Mick se plantó delante de él, invadiendo su espacio personal.

—Mi camioneta —dijo—. Me gustaría que no le pasara nada.

—No te va a salir gratis —dijo el alfa.

—Veinte por cabeza. Más otros veinte extras para ti.

El alfa dudó el tiempo suficiente para salvar la cara delante de sus secuaces, luego asintió. Mick le entregó el dinero y se alejó. El hotel Yorba era uno de esos sitios en los que no hacían preguntas a los inquilinos, varios de los cuales se hallaban recostados en el vestíbulo, como si estuviesen tomando las aguas en un balneario infecto. El recepcionista exhibía una calva cercada por unas greñas largas y finas que se le despeñaban hasta los hombros huyendo de la plaga desatada en la coronilla. Inmerso en un partido de béisbol que seguía por un iPad, apenas lo miró. Mick pagó al contado, se registró con un nombre falso, se dirigió a las escaleras y subió a su habitación en la cuarta planta. Era un cubículo con el papel de pared despegado, un colchón fino con ínfulas de cama, una mesa auxiliar con las patas desiguales y una lámpara ladeada con una bombilla fundida. Se tendió bocarriba con la Beretta en la mano y durmió dos horas.

Capítulo 15

Mick se levantó, distribuyó el dinero por varios bolsillos y salió del hotel con su talega. El alfa callejero había bajado el portón trasero de la camioneta y estaba sentado encima. Mick no vio daños ni señales de que hubiesen intentado acceder.

—Buen trabajo —dijo.

—Aquí nadie se la juega con nosotros —dijo el alfa—. Es nuestra casa.

Mick asintió. Le soltó otros sesenta dólares.

—Puede que vuelva tarde. Si esta noche o mañana vieseis la camioneta, echadle un ojo.

—De lujo. ¿Es muy vieja?

—Del sesenta y tres. Las matemáticas no son lo mío.

—Cincuenta y cinco años —dijo el alfa con tono de orgullo—. Yo soy un hacha con los números.

—Pues eso que llevas ganado. Todo en esta vida se basa en los números.

El elogio enardeció al joven y Mick se puso al volante. Contratar a ladrones potenciales para que te custodiasen el vehículo era una vieja táctica. Los pandilleros encontraban halagador que los cargasen de responsabilidad, y evitaba cualquier enfrentamiento ulterior.

Mick trazó un perímetro cada vez más amplio hasta dar con un parque público con un campo de béisbol y una pista de *hockey*. Aparcó al lado de un edificio de la YMCA y se metió en el parque con su talega. Hacer llamadas desde un espacio público era otra vieja táctica. Si alguien estaba rastreando su teléfono, daría con el parque, no con él. Marcó el número de Vernon Armstrong.

Vernon tenía familia en Kentucky, pero se había criado en Detroit y trabajaba para Charley Flowers, un criminal profesional al que Mick no había tenido aún el gusto de conocer. Las medidas

severas contra el OxyContin aplicadas en los cerros habían creado escasez y los adictos se habían pasado a la heroína. Charley Flowers satisfizo la demanda del mercado sirviéndose de la vieja «hillbilly highway»[9] para introducir el caballo en la región de los Apalaches. Tres años atrás, Vernon y otro hombre le tendieron una emboscada en la vieja cabaña de su abuelo, una operación de la que los atacantes no salieron muy bien parados.

Al número de Vernon contestó una niña, luego se puso una mujer.

—Estás llamando al teléfono de mi hija —dijo—. Tiene siete años. Vuelve a llamar y hago que te empapelen.

Mick colgó, pensando que el prefijo de Detroit debía estar quedándose sin números y estaban reciclando los viejos. Tenía un número del jefe de Vernon, Charley Flowers. Hablaron brevemente una vez, cuando Mick ayudó a la madre de Raymond a salir de un embrollo. Respondió una voz masculina.

—¿Quién es?

—Dígale a Charley Flowers que soy el amigo de Shifty Kissick, de Kentucky.

—Aquí no hay ningún Charley.

—Pásele el mensaje. Él sabe quién soy. Tengo una propuesta para él.

El hombre colgó y Mick esperó. Dos afroamericanos jugaban al ajedrez en una mesa baja con sesenta y cuatro casillas grabadas. Un anciano de pelo gris y barba blanca incipiente en posición defensiva frente a un chaval flaco al que le quedaba la ropa holgada. El chaval se comió un alfil en el centro del tablero. El anciano dejó caer la barbilla en un gesto casi imperceptible de asentimiento hacia sí mismo.

—¿Estás seguro de ese movimiento? —dijo.

—Ya te digo —dijo el chaval—. Tengo libre la diagonal negra y te he bloqueado a la reina. Mi torre va a por ti.

Tres movimientos más tarde el anciano hizo jaque mate.

—Mierda —dijo el chaval.

—Te obcecaste con mi reina y se te olvidaron mis caballos. Los tenía brincando por ahí como conejos.

—¿Echamos otra?

—Paga primero.

El chaval dejó cuatro cigarrillos sobre la mesa y alineó las piezas para otra partida. El anciano miró a Mick.

—¿Juega?

—No contra usted, señor. Me daría una paliza.

Le sonó el teléfono y descolgó.

—¿Y bien?

—Dame algo que pruebe que eres quien dices.

—Freddie tuvo un derrame cerebral. El nuevo socio de Vernon dispara con la zurda.

—Eso lo sabe hasta mi abuela.

—Bolsa de basura de plástico en el aparcamiento de espera del aeropuerto.

El hombre colgó. Mick se alejó de los jugadores de ajedrez. La brisa olía a marihuana y a lo lejos sonó el motor de un semirremolque. Dos *skaters* hacían *boardslide* en el muro bajo que rodeaba una fuente clausurada. Sonó el teléfono, alguien con el número de identificación bloqueado.

—¿Eres tú, soldado?

—Me he retirado —dijo Mick.

—Ahora mismo no tengo vacantes. ¿Qué quieres?

—Verle.

—¿Por qué?

—Necesito hablar con usted de una cosa.

—Pues habla.

—No por teléfono —dijo Mick—. Se lo compensaré.

—¿Dónde estás?

—Un momento.

Mick regresó junto a los jugadores de ajedrez, que le dieron la ubicación.

—En el parque Clark —dijo Mick al teléfono.

—Mal sitio.

—Dígame usted dónde, y voy.

—Calle Alpine.

—¿Número?

—Tú ve a esa calle y ya está. Darán contigo. ¿Qué conduces?

—Una camioneta azul. Una Chevy *stepside* de 1963.

—Esa es la primera cosa decente que te oigo decir.

—¿Le gustan las camionetas viejas?

—No me gusta nada viejo. Pero significa que no eres de los federales ni un hijoputa encubierto.

Charley Flowers cortó la comunicación y Mick regresó a la camioneta. Introdujo el nombre de la calle en el GPS del teléfono y tomó Clark hasta la avenida Michigan, luego se dirigió al norte por Livernois, una calle de varios carriles que cruzaba una zona comercial. En su mayoría empresas dedicadas al automóvil: piezas de repuesto, neumáticos, carrocería y tiendas de silenciadores. Había un edificio que se extendía a lo largo de tres manzanas sin ningún rótulo. Las calles laterales eran residenciales. Tomó la calle Joy y avanzó junto a casas en diversos estados de reparación o deterioro, costaba distinguirlo. Iglesias, centros de servicios sociales y licorerías. Edificios tapiados con letreros descoloridos de electrodomésticos de segunda mano y un restaurante que se llamaba La Cocina de Annie Mae.

Llegó a la calle Alpine. Originalmente, una calle de dos carriles estándar, con su asfalto resquebrajado y bordeado de escombros, tierra y trozos de pavimento que parecían panecillos ennegrecidos. Ahora era una calle de un solo carril sembrada de baches profundos y flanqueada por sendos muretes de bloques. La enredadera de Virginia invadía indiscriminadamente el hormigón y en la base crecían zanahorias silvestres. Redujo la velocidad al aproximarse a la intersección con la calle Westfield, por donde asomó el morro de un coche. Mick frenó y el vehículo avanzó hasta bloquearle el paso. Era un coche patrulla viejo, modificado con llantas gruesas y suspensión elevada. Por detrás se le pegó otro vehículo, un SUV negro con las ventanillas tintadas, como un coche fúnebre. Fue una jugada astuta, él había perpetrado maniobras parecidas en Irak. Estaba atrapado.

Empuñó la Beretta sobre el regazo y bajó la ventanilla. Un joven salió del coche patrulla armado con un AR-15. Mick miró por el retrovisor y vio a otros dos cubriendo ambos lados de la camioneta, uno negro y otro blanco, también armados. Mick soltó la pistola sobre sus rodillas y puso las manos a la vista en el marco de la ventanilla. El hombre que se acercó tenía la piel oscura y una gorra de los Lions ladeada. Le encañonó la cabeza con una nueve milímetros.

—¿Arma?

Mick asintió.

—Despacito.

Mick le pasó la Beretta por la ventanilla, sosteniéndola con el pulgar y el índice.

—¿Algo más? —dijo el de la gorra.

Mick se encogió de hombros e hizo un gesto hacia la talega. El de la gorra hizo una seña al coche y se les unió un tercer hombre, muy bajito y muy ancho, como un gigante al que hubiesen prensado.

—Mira en la bolsa —dijo el primero, y cambió de postura para evitar disparar a su colega en caso de fuego cruzado.

El bajito abrió la cremallera, revolvió entre su contenido, le dedicó a Mick una mirada asesina y habló.

—Cuchillo, munición. Y más cosas.

—Tráetela —dijo el primero.

Dio un paso atrás y se dirigió a Mick.

—Sal despacio. Deja las llaves puestas.

Mick bajó de la camioneta y se inclinó sobre el capó para dejarse cachear. Escoltado, Mick se subió al asiento trasero del SUV negro. El conductor lo miró por el espejo retrovisor. El primer hombre se sentó al lado de Mick, sin dejar de apuntarlo con la pistola. «Este equipo es bueno —pensó Mick—, entrenado». El de la talega ocupó el asiento del acompañante.

—¿No vais a encapucharme o qué? —dijo Mick.

—Pon la cabeza entre las rodillas. Y cierra el pico.

Mick obedeció e intentó memorizar la ruta, pero le resultó imposible con tanto giro y bamboleo por calles accidentadas. El SUV se detuvo. La puerta se abrió.

—Sal —dijo uno nuevo.

Mick se apeó y se vio ante tres tipos armados, dos negros y uno blanco, todos con ropa holgada y botazas. No había letreros de calles y parecía el mismo barrio de la calle Alpine. Ante él se alzaba un edificio enorme de ladrillo, junto a un solar vacío con tres coches desmantelados y volcados de lado. Un parapeto rudimentario, perfecto para defensa.

Los hombres lo hicieron subir por un tramo de escaleras hasta una puerta de acero. El que iba al frente llamó con la señal convenida, dio un paso atrás y miró directamente a la cámara

diminuta que había en un rincón. La puerta se abrió y Mick pasó a una antesala donde otro hombre le deslizó un detector de metales por todo el cuerpo. Luego le pidió que se quitara la camisa y se bajara los pantalones para asegurarse de que no llevase un micrófono.

Una vez satisfecho, lo condujo a través de una segunda puerta de acero hasta una estancia más amplia en la que había un sofá de lujo, una mesa, un sillón y cuatro sillas. Cubriendo una pared, electrodomésticos de cocina de última generación. Dos ventanas con las persianas de acero parcialmente alzadas para que entrase la escasa luz del sol de Detroit. Una ametralladora Browning M2 calibre cincuenta con cinta de munición montada sobre un trípode y emplazada para cubrir el perímetro exterior. Apuntaba al solar vacío que había visto al llegar. Si el parapeto de los coches volcados caía, la ametralladora se encargaría de proteger la zona.

El bajito dejó la talega sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta. Mick permaneció tranquilo. En Afganistán ya se había visto unas cuantas veces en aquella situación, esperando para entrevistarse con algún caudillo local. Psicópatas, narcisistas despiadados o simplemente hombres malvados. Todos recurrían al infalible método de intimidación de hacer esperar. Cuanto más larga la espera, más pirado el caudillo de turno.

Al cabo de tres minutos se abrió la puerta y entró un negro de piel clara con el pelo corto. Una larga cicatriz le seccionaba una ceja y le recorría la mejilla hasta la quijada. Llevaba un traje gris con un estampado apenas visible, apropiado para cualquier ocasión, y una corbata azul claro. De mediana estatura y peso, podría pasar por un tipo que trabajase en un banco, un directivo de nivel medio de cualquier oficina o el propietario de una agencia inmobiliaria, si no fuera por la cicatriz. Un extraño podría figurarse que se debía a un accidente de coche, pero Mick sabía que no. La cicatriz era demasiado ancha y tenía los bordes ligeramente dentados, lo que significaba que no había pasado por el quirófano.

El hombre se quedó un buen rato mirando a Mick. La confianza de saberse con la sartén por el mango exudaba de él como un perfume.

—Soy Charley Flowers —dijo.

—Mick Hardin.

Charley Flowers hizo un leve gesto con las manos y todo el mundo abandonó la estancia, salvo el de la gorra de los Lions.

—Ya has conocido a Bone —dijo—. ¿Alguna queja, Bone?

Bone negó con la cabeza. Charley señaló la talega con el mentón.

—¿Qué hay ahí? —dijo.

—Es una mochila de supervivencia —dijo Bone—. Preparado para entrar en combate y volatilizarse. Problemático.

—¿Es eso cierto, soldado? ¿Eres problemático?

—Exsoldado, señor Flowers. Y no, no busco problemas.

—¿Entonces para qué el macuto?

—Por si la cosa se complica.

—Me gustan los hombres precavidos. ¿Qué quieres?

—Tengo un pequeño problema. Quizá usted pueda ayudarme.

Mick vio que la diversión cruzaba el rostro de Charley, rápida como una serpiente en la hierba. Miró a Mick con renovado interés. Poca gente podía resistirse a la curiosidad que despertaban los pequeños problemas, sobre todo si eran de un adversario.

—Siéntate —dijo Charley—. ¿Quieres beber algo? Tengo una máquina nueva de *espresso*. La Marzocco. Adoro el *espresso*.

—Gracias —dijo Mick—. Agua, si puede ser.

Esperó a que Charley se acomodase en el sofá y le señalase el sillón tapizado. Mick se sentó. Bone se afanó con una máquina de color amarillo intenso que, en menos de un minuto, despidió un minúsculo chorro de *espresso*. Le llevó a su jefe una tacita sobre un platillo y luego fue en busca de una botella de agua cara para Mick.

—No está mal esto —dijo Mick—. Me imagino que contará con cuartel, armería y despensa con comida para un mes.

—Para seis.

Dieron un sorbo a sus bebidas. Bone se plantó en algún lugar detrás de Mick. No llegaba ningún sonido del exterior y Mick se preguntó si serían cristales blindados. Estudió la ventana en busca de alguna tronera.

—¿Cuenta con tu aprobación esa calibre cincuenta? —dijo Charley.

—Buen arma. Yo estoy más familiarizado con la Barrett. Cañón corto y peso ligero, ideal para campaña.

—¿Compatible para munición de siete sesenta y dos?

Mick asintió. Charley dio otro sorbo a su *espresso* con satisfacción y posó la taza en el platillo.

—Cuéntame —dijo Charley—. ¿Qué clase de ayuda necesitas?

—Es un asunto familiar.

—Eso es siempre peliagudo.

—Alguien disparó a mi hermana. Está en el hospital.

—¿Pronóstico?

—Seis meses de rehabilitación y volverá a caminar. Aún es demasiado pronto para saber si se quedará coja o no, o solo un poco.

—¿Fue aquí, en Detroit?

—No, señor. En Kentucky.

—En tal caso, me temo que no puedo hacer nada por ti.

—Le he seguido la pista a una testigo —dijo Mick—. Ha venido aquí a esconderse. Hay uno que trabaja para usted que tiene familia en los cerros. Vernon Armstrong. Quizá él sepa dónde buscar.

—Y si das con esa testigo, ¿qué?

—Le preguntaré quién disparó a mi hermana.

Charley se reclinó con su *espresso*. Bebía como procurando que le durase. Mick se bebió la mitad de su agua embotellada, combustible para la maquinaria interna.

—Me gustan los hombres apegados a la familia —dijo Charley—. Así empecé yo.

Mick asintió.

—Me bautizaron en honor a un tío mío —dijo Charley—. Se lo cargaron en Jersey hace cincuenta años. El asesino ya estaba criando malvas, pero no el hombre que dio la orden. Se retiró a Florida.

—Florida está muy bien.

—Para él no creas —dijo Charley.

Mick modificó su evaluación inicial. Charley Flowers era uno de esos raros sociópatas con carisma, ambición, astucia y gran inteligencia. Individuos que destacaban en los ámbitos despiadados de la política y la guerra corporativa.

—Señor Flowers —dijo—, usted me parece un hombre inteligente.

—Máster en administración de empresas por la universidad de Ross, en Ann Arbor. ¿Y tú?

—Ocho años de escuela nocturna.

—Para eso hace falta mucha disciplina.

Mick asintió.

—Si te ayudo con tu problema —dijo Charley—, ¿qué saco yo?

—Dieciocho mil dólares. Están en la bolsa.

El mismo destello de diversión íntima afloró en el rostro de Charley. Dejó el platillo sobre la mesa lustrada.

—No me gusta decepcionar a mis invitados —dijo Charley—, pero te aseguro que esa cantidad de dinero es más que nada un engorro.

—¿No le viene bien un poco de dinero en metálico?

—El primer problema es guardarlo. Luego poder ingresarlo lícitamente.

—Lavarlo.

—Yo prefiero el término «reciclar». Tus dieciocho mil se convierten en siete, lo que no cubre ni lo que me gasto en un día. Me temo que no me merece la pena.

—Si lo que pretende es negociar —dijo Mick—, no puedo ofrecerle más.

—Cuando tenía diez años me pasé tres meses ahorrando y me compré un camaleón. Verde oscuro, de unos quince centímetros. Salí con él al callejón que había al lado de la tienda de mascotas y lo dejé sobre un papel blanco. Me quedé esperando media hora. No cambió de color. Luego lo puse sobre un trozo de tela asfáltica negra. Siguió igual. Lo despachurré con mis Timberland.

Mick asintió.

—¿Sabes por qué te he contado esta historia? —dijo Charley.

—Odia los lagartos.

—Fue un día importante para mí. Dejé de esforzarme por encajar. Cualquier cosa que no hiciese lo que yo quería, la mataba.

Charley parecía tener algo en mente y Mick se preguntó el qué. Si era matarlo, ya estaría muerto. Cabía la posibilidad de que solo quisiera conversar con alguien que no fuese un esbirro o un rival. La soledad solía ser atributo de los más poderosos.

—Aun así me gustaría hablar con su hombre, Vernon —dijo Mick.

—Me deberás uno.

—¿Un qué?

—Un favor. Lo que yo quiera y cuando quiera.

—Me parece bien.

Charley miró a Bone, este se alejó, sacó un móvil y se puso a hablar en voz baja. Concluyó la llamada.

—Diez minutos —dijo.

—¿Te importa esperar? —dijo Charley.

—Para nada, señor —dijo Mick.

—Pueden suceder un montón de cosas en diez minutos.

—En Las Vegas, casarte o divorciarte.

—Y en veinte lo uno y lo otro —dijo Charley.

Charley se acercó a la ventana como para supervisar su imperio, un rey solitario en una tierra conquistada con astucia y violencia. Mick comprendió que le estaba exponiendo deliberadamente la espalda para demostrarle lo poco que le temía.

—Aquí, en Michigan, muchos veteranos acaban de funcionarios de prisiones —dijo Charley—. ¿Nunca te lo has planteado?

—No es para mí. Ya estoy harto de recibir órdenes.

—¿Conoces a algún guardia de prisión?

—No, en los cerros solo hay una. Está en West Liberty, para más señas en la Carretera de la Justicia.

—Terrible ironía —dijo Charley—. ¿Y presos? ¿Conoces a alguno?

—Llevo ausente veinte años. ¿Por qué lo dice?

—Estoy pensando en el favor que me vas a deber. En las prisiones no hay regulaciones bancarias. Eso significa que el Departamento del Tesoro no puede acceder a las transacciones ni a los importes. Facilita el reciclaje del dinero. ¿De cuánto estamos hablando, Bone?

—Seiscientos mil, en total —dijo Bone.

—¿Dónde?

—Marquette, Baldwin y Milan.

—¿Y cómo se recupera el dinero que metes en una prisión? —preguntó Mick.

—Se deposita en las cuentas de los que cumplen condenas cortas. En cuanto los sueltan nos firman un cheque y ¡bingo! Ingreso legítimo.

—Astuto —dijo Mick—. Pero no conozco a ningún preso ni a ningún guardia.

Bone se llevó el teléfono a la oreja y dijo algo, luego miró a Charley, quien hizo un leve gesto que a Mick le pareció de consentimiento. Bone lo transmitió. La puerta se abrió y entró Vernon Armstrong. Se quedó de pie, mirando ceremonioso a Charley Flowers.

—¿Jefe? —dijo.

—¿Conoces a este hombre? —dijo Charley, señalando a Mick.

—Ojalá no lo conociera —dijo Vernon.

—Harás lo que te pida —dijo Charley—. Vas a ser su chófer. Que la gente sepa que está bajo mi protección.

Vernon dejó caer la barbilla en señal de conformidad. Charley lo despidió con un leve gesto, luego se quedó unos segundos mirando a Mick. Mick se dio cuenta de que estaba viendo al verdadero Charley Flowers, ojos glaciales llenos de una furia implacable.

—Cuando te pida el favor —dijo Charley—, acuérdate de aquel camaleón.

Capítulo 16

El coche de Vernon era un Impala gris último modelo con la carrocería prístina. Mick dejó la talega en el asiento de atrás.

—Me imaginaba que tendrías un carro más imponente —dijo Mick.

—Charley nos hace ir en estos. Es el coche más común de Detroit. Es más fácil pasar desapercibido.

—Inteligente.

—Tío, ni te imaginas. Charley estudia cada ángulo y estadística antes de hacer lo que sea. Contigo habrá hecho lo mismo, de lo contrario no estarías aquí.

Mick asintió. Se subieron al Impala y Vernon prendió el motor, inundándolos de aire frío y música estridente. Bajó el volumen.

—Charley me ha pedido que sea tu chófer —dijo Vernon—. Tú dirás.

—Estoy buscando a una mujer que se llama Penny Lawson. Es de los cerros. Ha venido para quedarse con la familia. Puede que en Ypsilanti.

—Eso queda a unos tres cuartos de hora.

Vernon arrancó y avanzó despacio, circunvalando las zonas más deterioradas de la calle. Salió a la autovía de Southfield por un barrio residencial. Tres cuartos de hora eran más que suficientes para echarse una cabezadita. Mick reclinó el asiento y cerró los ojos.

—No me descalabres —dijo.

Se despertó fugazmente cuando Vernon cogió la I-94 dirección este, luego se dejó vencer unos minutos en fase REM y volvió a ponerse alerta de pronto cuando el coche salió de la interestatal por el desvío de la calle Huron. Entraron en un barrio de sólidas casas del Medio Oeste, pensadas para resistir el invierno, con porches angostos, tejados bajos a dos aguas y revestimiento exterior.

—¿Sigues con el tío aquel que disparaba con la zurda? —dijo Mick.

—No. Acabó en la trena.

—¿Aquí en Michigan?

—Sistema federal. Cada pocos meses lo trasladan para dar por culo a su familia. Se pasó dos semanas en un furgón de presos camino de Indiana.

—¿Por qué lo encerraron?

—Lo tenían calado por el ambientador que llevaba colgado del retrovisor. Luego encontraron su arsenal. Expresidiario, ya te imaginas. De vuelta al trullo.

—¿Y no te has agenciado otro compinche?

—No, Charley me tiene domando a los nuevos.

—Debe de confiar en ti.

—Lo suficiente para hacerme cargo de tu culo, que no es que sea el trabajo de mis sueños.

Vernon giró por la avenida Michigan y Mick se preguntó si sería la misma que atravesaba Detroit de punta a punta. Una calle larguísima. Vernon señaló una alta estructura de piedra con forma de falo gigante y dos banderas en la base.

—¿Ves eso? —dijo—. Lo llaman «el pollón de ladrillo». Es un depósito de agua.

—¿Y lo de la bandera griega?

—Ypsilanti es griego. Si uno sabe dónde mirar, este lugar rebosa historia. ¿Alguna vez has oído hablar de un pueblo llamado Novi?

—No.

—Ahora se ha puesto de moda. Antes no era más que una parada del tren número seis. De ahí salió el nombre. ¿Lo pillas?

Mick negó con la cabeza.

—El seis en números romanos —dijo Vernon—. En todas las señalizaciones ponía «n.º VI». Novi.

Se adentraron en el barrio dejando atrás concesionarios de coches usados, estudios de tatuajes y minimercados que vendían gasolina y aperitivos. Los edificios eran bajos, achaparrados y anchos, como luchadores de sumo. Cada dos kilómetros o así, las calles contaban con su práctico carril de cambio de sentido.

—¿Adónde vamos? —dijo Mick.

—Al Mack's Place. Es un bar. ¿Sabes algo de Ypsi?

—Es la primera vez que vengo.

—Es el barrio al que se mudaron todas las familias que venían en busca de trabajo en las fábricas. Hay tanta gente de los cerros que lo llaman «Ypsitucky». Ahora hay muchos a los que no les hace ni puta gracia que lo llamen así. Es como un insulto.

—¿Un insulto?

—Sí, es una idiotez. Ser de Ypsitucky, ya ves tú, como si no hubiera cosas peores que llamarle a la peña.

Avanzaron por una zona semiindustrial que daba cobijo a unas cuantas áreas comerciales: tiendas de saldos, casas de empeños, prestamistas a corto plazo, e iglesias. Vernon paró en una esquina y salió del coche. Apuntalado a una pared de ladrillo se proyectaba un viejo cartel de metal que rezaba: MACK'S. La única ventana del local estaba protegida con barras de acero y tenía una larga abertura en la parte superior para dejar pasar la luz. Una lámina metálica llena de abolladuras revestía la puerta.

—¿Vas armado? —dijo Vernon.

—Sí.

—Aquí, si no llevas arma, te dan una.

Mick asintió y lo siguió al interior. La luz del sol perfiló sus siluetas irregulares sobre el suelo manchado, la sombra desapareció en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas. Vernon se zambulló en la penumbra y Mick se quedó quieto, esperando a que las pupilas se le dilatasen para ajustarse a la exigua iluminación. El aire olía a tabaco, hamburguesas a la plancha, sudor, whisky y cerveza. Unas cuantas mesas vacías ocupaban el centro del local.

Contra la pared se extendía una fila de reservados divididos por altos paneles de madera, como en una vieja taberna clandestina. Todos estaban vacantes, salvo uno, ocupado por una pareja de ancianos, la mujer vencida contra la pared y con los ojos cerrados. Frente a ella, su marido, o lo que fuera, hablaba y gesticulaba como si estuviese poniendo los puntos sobre las íes.

En la barra había tres clientes lo bastante separados entre sí como para que nadie les diese la murga. La pared que tenían detrás lucía un exuberante papel aterciopelado rojo y negro, con el estampado ya borroso e indiscernible. El menú ofrecía una hamburguesa con o sin queso y dos tipos de patatas fritas de bolsa. Un viejo anuncio de cerveza Hamm's mostraba una tienda de

campaña, una canoa y una fogata que daba la impresión de desprender humo. Mick observó cómo la imagen electrónica se iba desplazando escalonadamente para simular el movimiento de una cascada. Apartó los ojos para evitar quedar hipnotizado.

Vernon se plantó en medio de la barra, la golpeteó con un cenicero y aguardó con paciencia, como si estuviese esperando el autobús. Desde las sombras del fondo de la taberna llegaba el retumbo sordo de las bolas de billar que caían en las troneras de una mesa de pago. De joven recluta, Mick se había pasado horas jugando al Bola 8 en mesas similares: la bola blanca ligeramente más grande para poder recuperarla cuando alguien la colaba. Mick se encaminó hacia el fondo del local, dejando atrás a Vernon, asomado a una trampilla abierta en el suelo. Mick se figuró que el barman habría bajado al almacén para reponer. Siguió hacia el pequeño nicho donde estaba la mesa de billar, bajo un anuncio luminoso de cerveza Stroh hecho de plástico. Detrás de la mesa se hallaban las puertas de los servicios y, entre ambas, un cartel escrito a mano con las normas:

ABONAR TIRO DE APERTURA
ANUNCIAR BOLA Y TRONERA
UN PIE EN EL SUELO
NO DEJAR BEBIDAS SOBRE LA MESA
PROHIBIDO FUMAR PORROS

Dos veinteañeros observaban a un tipo, algo más entrado en años, que se disponía a tirar. La bola blanca estaba pegada a la banda y era poco menos que imposible echar el taco hacia atrás sin chocar con la pared. El jugador había abierto la puerta del servicio de caballeros y la sujetaba con un pie para tener más espacio de maniobra. Golpeó con suavidad la bola blanca y coló una rayada en la tronera de una esquina. Cuando se desplazó para realizar el siguiente tiro, la puerta se cerró a su espalda. Coló otras dos antes de fallar un tiro distanciado con rebote en una banda, y se sentó en un banco. El contrincante estudió la disposición de las lisas. Complacido, rodeó la mesa y se inclinó para tirar.

El tercero saludó a Mick con una sacudida de la barbilla, un gesto tradicional de reconocimiento en los cerros.

—¿Juegas? —dijo.

—No —dijo Mick, exagerando un poco el acento—. Seguro que me haríais papilla.

—¿De dónde eres, colega?

—Del condado de Eldridge.

—¿Cerca del condado de Pick?

Mick asintió.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Nada —dijo Mick—. Acabo de llegar, como quien dice.

—¿Directo desde los cerros?

—Con escala en el ejército.

—Arlow también estuvo en el ejército.

Mick miró al hombre que estaba sentado en el banco. Tenía el pelo claro y la tez rubicunda característica de los cerros. Llevaba una camisa holgada de manga corta desabotonada sobre una camiseta. Le sostuvo la mirada.

—Estuve en la Ochenta y Dos, en Bragg —dijo—. Tres períodos de servicio en Irak.

—Muerte desde las alturas —dijo Mick, citando el lema de la Octogésimo Segunda División Aerotransportada—. Yo en la Ciento Uno.

—¿Cómo era el vuestro? ¿Encuentro con el intestino?

Mick se rio ante la sustitución de la palabra «destino».

—¿Retiro con pensión completa y que os den? —dijo Arlow.

Mick asintió.

—No has podido pasarte veinte años saltando —dijo Arlow—. ¿Trabajo de oficina?

—Me trasladaron al Departamento de Investigación Criminal.

Arlow se levantó despacio. Erguido era un hombre grande de hombros anchos, cadera estrecha y piernas largas.

—Es un puto poli —dijo Arlow.

—Retirado —dijo Mick.

—De ser poli no se sale.

Mick notó un movimiento súbito a la izquierda. Su entrenamiento venció al instinto natural de apartarse y se volvió hacia la amenaza, dispuesto a afrontar al enemigo. El jugador se disponía a golpearle con el taco como si fuese un bate de béisbol. Mick se agachó para esquivarlo, le golpeó en la garganta y le encajó un rodillazo en la entrepierna. El hombre cayó al suelo. Mick se

apoderó de su taco y se giró hacia el otro, que estaba sacándose una Glock de la parte trasera del pantalón. Mick le metió un garrotazo en el codo con el taco, lo bastante fuerte para dejarle el brazo entumecido, pero sin llegar a romperle un hueso. La Glock cayó de sus dedos insensibilizados. Mick la apartó de una patada y le soltó al joven dos puñetazos, el segundo en la zona blanda de detrás de la oreja. La cabeza se le ladeó y se derrumbó.

Mick se giró hacia el exsoldado que lo miraba desde el otro extremo de la mesa de billar. Sonreía.

—No está mal —dijo—. ¿Ya has calentado?

Mick asintió.

—¿Cómo lo prefieres? —dijo Arlow—. ¿Puños y botas?

—Claro. Hay poco espacio para liarse a tiros.

Con mucha lentitud, Arlow se introdujo la mano por debajo de la camisa y sacó una SIG Sauer P320 marrón. Inspirada en un arma reglamentaria del ejército, no dejaba de ser más que una pistola compacta para civiles. Arlow la dejó al lado de un mosquito muerto sobre la mesa de billar.

—¿Esa pistola sirve para algo? —dijo Mick.

—Mi preferida es la M17. Pero esta es mejor para la calle. Pesa menos. ¿Y tú?

Mick sacó su Beretta.

—¿Cuchillo? —preguntó Mick.

Con una sonrisa de falso apuro, Arlow plantó una bota en el banco y desenfundó un cuchillo táctico de hoja fija. También lo dejó sobre la mesa.

—¿Conoces a algún Lawson? —dijo Mick—. De Kentucky.

—No, yo soy de Grand Rapids.

El primer atacante había empezado a recuperarse y estaba tratando de sacar la pistola que llevaba en uno de los bolsillos cargo del pantalón. Mick le dio un golpe raudo con el taco de billar, no muy fuerte, solo para llamar su atención. El hombre dejó de moverse y Mick se apoderó de su Smith & Wesson compacta MP9 Shield. El hombre escupió a Mick, pero falló.

—Hay que ser anormal para llevar una pistola ahí —dijo Mick.

—Cómeme el rabo.

—Ahí dentro se voltea, ¿a que sí? No es fácil dar con la empuñadura. Y si se te caen los pantalones, se te puede disparar y

reventarte la rodilla. Conozco a uno que le pasó. Se hizo una buena muesca en la polla.

El hombre se succionó los carrillos para volver a escupirle. Mick lo golpeó con el extremo grueso del taco, un leve toque en la mandíbula que lo dejó aturdido. Luego se volvió hacia Arlow.

—Deberías decirles un par de cosas a estos chavales —dijo.

—No se les puede decir nada —dijo Arlow—. No han salido de aquí en toda su vida y no tienen ni idea de lo lerdos que son.

—Eso es una verdad como un templo.

Desde atrás le llegó el sonido inconfundible de un cartucho entrando en la recámara de una escopeta. Mick dejó de moverse, consciente de estar empuñando una pistola en cada mano.

—Me cago en Dios, muchacho —dijo con firmeza una voz masculina—. Ya estás soltando esas pistolas.

Mick obedeció, dejó las pistolas cuidadosamente sobre la mesa de billar y se dio la vuelta muy despacio para ponerse de cara al hombre que lo estaba encañonando con una escopeta de combate Benelli. Era bajito y fornido, con hechuras de tocón, sin cuello, como si le hubiesen fijado la cabeza directamente al tronco. Hombros anchos y aplanados, como la repisa de una chimenea. A su espalda estaba Vernon, mirando a Mick y sacudiendo la cabeza.

—Retrocede tres pasos —dijo el hombre.

Mick obedeció. Estaba casi contra la pared y con las pistolas fuera de su alcance.

—¿El bar es suyo? —le preguntó Mick.

—Sí, es mi bar, me cago en Dios. Así que largo de aquí.

—No ha sido él —dijo Arlow—. Empezó Joe Bob.

—Me la suda quién empezara qué —dijo el de la escopeta—. Lo que está claro es que este comemierda es el que lo ha zanjado. Así que a la puta calle. Y tú detrás, Arlow.

—Oye —dijo Vernon—. Ha venido conmigo.

—Pues los acompañas. Todos fuera. Vetados una semana.

—Lo que quiero decir es que este tío está conmigo, y no hace falta que te diga con quién estoy yo.

—No, no hace falta.

—¿Entonces?

El hombre armado retrocedió hasta situarse junto a Vernon. Sin dejar de encañonar a Mick, le dirigió una mirada fugaz.

—¿Me estás diciendo que trabaja para Charley?

—No exactamente —dijo Vernon.

—Déjate de putas evasivas. ¿Entonces qué?

—Ni zorra. Charley me pidió que le hiciera de chófer.

—¿Te lo pidió personalmente?

—Así es.

Mack señaló a Mick con la escopeta.

—Habla, comemierda —dijo.

—Se podría decir que soy un asociado del señor Flowers.

—¿Y qué cojones significa eso?

—Nos hacemos favores —dijo Mick—. Mire, le pido disculpas por el pollo que le he montado en el bar, señor Mack. Le pagaré cualquier daño que le haya podido ocasionar.

—A este puto sitio no hay forma de hacerle daño, me cago en Dios. Y llámame Shorty. Todo el mundo me llama así.

Bajó la escopeta y miró a Arlow.

—Llévate a tus amiguitos de aquí —dijo Shorty.

—Es un poli —dijo Arlow—. Y estos no son amiguitos míos.

—Ahora sí que lo son. Saca sus culos por la puerta de atrás. Vernon, échale una mano. Comemierda, vente conmigo.

Arlow y Vernon se miraron y se encogieron de hombros a la vez, dispuestos a trabajar codo con codo y aligerar la carga que les había caído encima. Se pusieron manos a la obra. Shorty reunió las armas y le hizo un gesto a Mick para que lo precediera hacia la sala principal. Había cuatro cajas de cerveza caliente amontonadas al final de la barra.

—¿Necesita ayuda con esa cerveza? —dijo Mick.

—No necesito la ayuda de nadie, me cago en Dios, y mucho menos la tuya.

Mick asintió.

—Planta el culo ahí —dijo Shorty—. Lo que te traigas con Charley no es de mi incumbencia, me cago en Dios. Pero desde el momento en que has entrado en mi local, han cambiado las tornas.

Mick se sentó en el último reservado. Shorty arrastró una silla y se sentó con la escopeta en el regazo. Se puso a descargar las pistolas.

—Esa Benelli es la M1014, ¿verdad? —dijo Mick.

—Buena cadencia. Me habitué a ella en el desierto.

—Muy de marines, conozco a unos cuantos.

—*Semper fi*. ¿Y tú?

—La Ciento Uno.

—Me cago en Dios, los perros del ejército.

—¿Nadie le ha dicho nunca que se caga mucho en Dios?

—Mi exmujer, sí. ¿Y sabes por qué me cago tanto en Él? Pues mira, te lo voy a contar. Cuando era pequeño, en Kentucky, decir «me cago en Dios» era lo peor que podía decirse. Por lo de tomar el nombre de Dios en vano. Pero a mí eso no me cuadraba. Cuando alguien estornudaba, la gente decía: «Jesús». En mi opinión eso es también tomar el nombre de Dios en vano. Todo Cristo estornuda y todo Cristo blasfema.

—Nunca me lo había planteado de esa manera —dijo Mick.

—Casi nadie. ¿Qué andas buscando?

—Me gustaría recuperar mi Beretta.

—Puede que dentro de un rato. ¿Por qué te ha traído Vernon a mi bar?

—Alguien disparó a mi hermana. Una testigo vino a esconderse a este barrio, una mujer llamada Penny Lawson.

—No la conozco. ¿Y de lo de ser poli qué me cuentas?

—En el ejército, Departamento de Investigación Criminal. Retirado.

—La madre que te parió —dijo Shorty. Sonrió y meneó la cabeza —. Pues de Arlow no esperes sacar nada. Ese se pasó más tiempo en el calabozo que en los barracones, me cago en Dios.

—Me tiene sin cuidado. Quiero encontrar a Penny Lawson.

Vernon entró por la puerta delantera con una expresión de disgusto, limpiándose las manos en los pantalones.

—Uno de los chavales ha potado —dijo.

—¿Aquí dentro? —dijo Shorty.

—No, en el callejón.

—Entonces me la suda. ¿Dónde los habéis dejado?

—En su coche —dijo Vernon—. Arlow preguntaba por su cuchillo. Dice que se lo trajo del extranjero.

—¿Y por qué no viene él mismo a pedírmelo?

—Le has vetado la entrada.

La sonrisa instantánea de Shorty se transformó en una risa estridente. Se palmeó un par de veces la rodilla, algo que Mick

llevaba veinte años sin ver. Si el plan de Córcega se le arrugaba, siempre podría instalarse en aquel barrio de Detroit. Era más casa que casa. Las carcajadas de Shorty se fueron apagando y, entre risitas, dijo:

—Anda, ve y dile que entre.

Vernon se acercó a la puerta y le indicó a Arlow que entrara. La pareja de ancianos ya se había ido, pero los habituales de la barra seguían adosados a sus taburetes, ignorándolo todo y concentrados en sus bebidas. Shorty se llevó la Benelli al otro lado de la barra y les rellenó los vasos. Mick contempló la cascada perpetua del anuncio de cerveza. La fogata seguía humeando. Allí no había pasado nada, ni pasaría nunca: el fluir constante del agua y el fuego. Shorty volvió.

—¿Te gusta ese anuncio? —dijo.

—Nunca había visto nada parecido.

—Era de mi padre. Era su bar. Trabajaba en una cadena de montaje para la Ford. Se lesionó en el curro y con el dinero del seguro abrió este tugurio. Una vez un tipo me ofreció dos de los grandes por ese anuncio, me cago en Dios.

Arlow entró y se detuvo a unos tres metros de la mesa, a Mick le hizo pensar en uno de esos perros domésticos que intentan mostrar respeto mientras los humanos comen. Vernon se quedó un poco más atrás, lo suficiente para subrayar los vestigios de su independencia. No era la escopeta lo que temían, era la pura fuerza de voluntad de Shorty, su aura de mando y control. Mick se preguntó qué trabajo habría desempeñado en el Cuerpo de Marines.

—Arlow no hizo nada —dijo Mick—. Fueron los otros dos.

—Pues a mí me dio la impresión de que estabais a punto de hostiaros —dijo Shorty—. ¿Me equivoco, Arlow?

—No.

—¿Y ahora os cubrís las espaldas y os aliáis contra un marine?

Arlow se encogió de hombros y miró a Mick con una expresión de disgusto.

—Algo así —dijo Mick.

—Putos perros del ejército, me cago en Dios. ¿Y seguís con ganas de gresca?

—No —dijo Mick.

—Sí —dijo Arlow.

—Bueno, ¿en qué quedamos? —dijo Shorty.

—Ese está pidiendo a gritos que le metan una paliza —dijo Arlow.

Shorty se encogió de hombros y le hizo un gesto a Mick para que no se cortase, como si lo estuviera convidando a un bufé libre.

—¿Aquí? —dijo Mick.

—Sí, comemierda, aquí mismo —dijo Shorty—, pero ojito con los cristales, que ya he barrido.

Mick se levantó y se aproximó a Arlow, que adelantó un pie, desplazó el peso al de atrás y alzó los puños en pose de boxeador. La mano derecha, un poco baja, le dejaba expuesto el abdomen. Mick le tendió la mano con intención de estrechársela y se acercó más.

—Estoy dispuesto a dejarlo pasar —dijo.

—Ni por el forro —dijo Arlow.

Mick se abalanzó y le soltó dos *jabs* en un visto y no visto. Arlow pivotó para defenderse con la izquierda. Mick burló su *swing*, lo agarró de la camisa, tiró hacia sí y le propinó un cabezazo en la nariz. Arlow se tambaleó y Mick le hundió un izquierdazo en el hígado. Se le doblaron las rodillas y se desmoronó, boqueando.

Mick regresó a la mesa y se sentó.

—Muy bonito —dijo Shorty.

—Me enseñó un tipo del Servicio Especial Aéreo. Él siempre te rompía la nariz, yo me he contenido.

Observaron cómo Arlow dejaba de retorcerse a medida que el dolor iba remitiendo. Se quedó acurrucado, en posición fetal, como un niño dormido, luego se estiró panza arriba, respirando honda y pausadamente. Vernon se cuidó de mantener los ojos apartados de Mick. Entraron dos clientes, vieron a Arlow tirado en el suelo inmundo y se largaron.

—Hay que joderse, hijo —le dijo Shorty a Mick—. Me estás costando dinero.

—Puede levantarle el veto a los dos de fuera. Y lo comido por lo servido. Todos contentos.

—Eso díselo a ellos.

—Cometieron un error estúpido, ¿qué le vamos a hacer?

—¿Y si esa mujer, esa tal Lawson, comete un error?

—No pienso ponerle la mano encima. Solo quiero información.

Pero si se entera de que estoy aquí, huirá.

La expresión de Shorty indicaba que lo había entendido y estaba de acuerdo. Se recostó en la silla. Mick esperó a que se decidiera.

—No eres el único que anda buscando a un Lawson —dijo Shorty—. Un joven se presentó hace unos días diciendo que Hank Lawson le debía pasta. Quería saber si había asomado el hocico por aquí.

—¿Dónde vive Hank? —preguntó Mick.

—No tengo ni idea. Pero ese joven lo sabrá. Contactaré con él.

—¿Y por qué haría usted tal cosa?

—No eres el único que hace favores a Charley Flowers.

Shorty juntó la munición descargada, se la llevó detrás de la barra y la puso a buen recaudo. Entraron tres jóvenes con gorras y jerséis deportivos. Pidieron chupitos y cerveza. Shorty atendió a los habituales, que necesitaban repostaje. Les rellenó los vasos hasta el borde y se puso a hacer llamadas por teléfono.

Mick le indicó a Vernon que se sentase con él en la mesa. Vernon rodeó a Arlow y se sentó.

—No te andas con chiquitas, ¿eh? —dijo Vernon—. ¿Y ahora qué?

Mick se encogió de hombros. Intentaba imaginarse cómo sería heredar un bar, haber tenido un padre empresario. Su padre bebía como una esponja, y ese era el motivo por el que él intentaba evitar el alcohol a toda costa.

Shorty regresó sin la escopeta.

—El hombre de Charley responde por vosotros dos —dijo—. Podéis recuperar vuestras armas.

Arlow parecía estar echándose una siesta en el suelo. Se le crispó la mano izquierda, lo que a Mick le hizo pensar esta vez en un perro dormido. La gente decía que los perros soñaban, pero Mick no se lo tragaba. Los humanos eran muy dados a verter sus experiencias sobre los demás: emociones, motivaciones y miedos. Y hacían lo mismo con las mascotas.

—¿Cree usted que los perros sueñan? —dijo.

—Pues claro —dijo Shorty—. Zampar, follar y ladrar a los coches. Igualito que yo.

—¿Ladras a los coches? —dijo Vernon.

—Ahora mismo me estoy planteando sacarte a ladridos hasta el

tuyo.

—Pues avísame con tiempo —dijo Vernon.

—No te hagas el listillo, hijo. Cuando acabe contigo lo mismo se te avinagra la risa.

El móvil de Shorty sonó imitando el claxon de un viejo Model A. Atendió la llamada y colgó.

—Ya está de camino —dijo—. Me debe una. Y ahora tú también.

Mick asintió. Llevaba en Detroit menos de seis horas y ya debía dos favores, puede que tres. Se preguntó cómo llevarían la cuenta los lugareños. Quizá la ciudad entera era una red intrincada de compadreo, coacción y complicidad. Prefería el método militar de dar y recibir órdenes. La costumbre de los cerros era ayudar siempre que pudieras, sin esperar nada a cambio. Era parte del motivo por el que Mick nunca se cabreaba con nadie. El esfuerzo de tener que recordar con quién estabas cabreado no valía la pena.

Arlow se levantó, hizo un leve gesto de asentimiento a Mick, y se fue. Habían entrado otros cuatro clientes, dos negros y dos blancos. Ocuparon un reservado discutiendo sobre los jugadores de los Steelers, los Lions y los Pistons, como si los deportistas fuesen parientes con dificultades complejas de enorme trascendencia. Para Mick no era más que ruido, la banda sonora masculina de cualquier lugar. Cuanto más insatisfechos con sus trabajos y sus vidas personales, más apasionados con sus equipos deportivos.

Un treintañero entró en la taberna con ropa de currante, botas y un chaquetón rojo. El pelo castaño claro embutido en una gorra roja con un logo de una rueda de radios con dos alas. Mick se imaginó que sería la gorra oficial de algún bólido. El hombre asintió a Shorty y se acercó pavoneándose a la mesa.

—¿Qué hay, Hollis? ¿Sigues buscando a Hank Lawson? —dijo Shorty.

—Ya lo creo. ¿Está aquí?

—No, pero este también anda detrás de él.

Hollis entornó los ojos para mirar a Mick con hostilidad. Mick se preguntó si todo el mundo era, o intentaba ser, así de duro en Detroit. Aquel tipo podía serlo o aparentarlo.

—Si Hank te debe pasta, ponte a la cola —dijo Hollis.

Mick negó con la cabeza.

—¿Cuánto te debe? —dijo Shorty.

—Cuatrocientos —dijo Hollis—. Por una camiseta de Stevie Wonder firmada.

—Muy barato me parece. A lo mejor descubrió que la firma era falsa.

—Ni de coña. Iba con su certificado de autenticidad y su holograma. Hank me pagó la mitad. No suelo proceder así, pero en ese momento me hacía falta la pasta. Ahora quiero el resto.

Mick estaba perplejo, pero no le dio muchas vueltas. La gente coleccionaba todo tipo de cosas. Quizá una camiseta era menos habitual que un disco firmado. Siendo de Detroit, Stevie Wonder probablemente tendría ropa sucia por toda la ciudad.

—Si Hank no está aquí, ¿para qué me quieres? —dijo Hollis.

Shorty cedió la palabra a Mick con un gesto.

—¿Has mirado en su casa? —dijo Mick.

—Cuatro putas veces. Y nada.

—¿Había alguien?

—No me abrió nadie.

—¿Se oía algo dentro? —dijo Mick.

—Sí, la tele. Dibujos animados o una mierda así.

—¿Me das la dirección?

—¿Y yo qué saco de todo esto? —le preguntó Hollis a Shorty.

—Tú y yo quedamos en paz —dijo Shorty.

—No es suficiente, tío. Que yo me haya molestado en venir nos deja en tablas. Ahora este cabrón quiere que le dé una dirección. No pienso meterme en una movida.

—La movida te la has perdido, me cago en Dios —dijo Shorty—. Si hubieses estado aquí hace un rato, procurarías cuidar tus modales.

Hollis se volvió para mirar a Mick y se alzó el chaquetón para mostrar una pistola de nueve milímetros con empuñadura mate.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Hollis—. ¿Sacarme la dirección a hostias? Pues ponte el cinto y come bien antes, porque te va a hacer falta.

Shorty meneó la cabeza y le entró la risa. Mick habló en un tono calmado y sensato, como si estuviese considerando los platos de un menú.

—Hay tres formas de obtener información —dijo—. Se compra, se saca a la fuerza o se intercambia por algo.

—¿Y a cuál de ellas piensas recurrir? —dijo Hollis.

—Darte una paliza es un riesgo. Podrías darme una dirección inventada por rencor. Y tampoco tengo discos de Stevie Wonder para hacer trueque. Así que solo nos queda la pasta.

La risita de Shorty derivó en carcajadas y Vernon puso cara de guasa.

—¿Qué pasa?

Shorty señaló una fotografía enmarcada detrás de la barra. Un hombre que sostenía un tubo de estufa enorme y plateado por encima de su cabeza. Llevaba una camisa blanca con el logo del coche de carreras que lucía la gorra de Hollis.

—Ese es Stevie Wonder —dijo Shorty—, no el músico. Steve Yzerman. Stevie Y. Stevie Wonder. El mejor jugador de *hockey* del mundo.

—¿Y qué es lo que tiene en las manos? —dijo Mick.

—La puta Copa Stanley, gilipollas —dijo Hollis.

Mick asintió y se volvió hacia Shorty.

—Me estoy cansando de este chaval —dijo.

—Ajá —dijo Shorty—. Suele provocar ese efecto en la gente.

—Si quieres que te canee —le dijo Hollis a Mick—, adelante, mamón.

—Vernon —dijo Mick—. ¿Te importaría levantarte y apartarte un segundín?

Vernon se levantó, se colocó detrás de la silla y se alejó dos pasos.

—¿Preparado? —dijo Mick.

Hollis acercó la mano a la pistola. Mick se repantigó como si se estuviese acomodando, proyectó la pierna hacia fuera y le dio una patada a la silla de Vernon. Salió disparada e impactó en Hollis. Sin darle tiempo a reaccionar, saltó hacia él como catapultado y se apoderó de la pistola que llevaba en la cinturilla del pantalón. Con la otra mano le soltó dos guantazos.

—La dirección —dijo Mick.

—¿No dijiste algo de comprar información?

Mick ladeó la cabeza, sonriente. Le estaban empezando a gustar aquellos tipos de Detroit. Por lo visto allí no se achantaba ni Dios.

—Vernon —dijo Mick—. Dale doscientos pavos.

Vernon se sacó una cartera escuálida del bolsillo delantero, no

más que una banda de cuero con un clip metálico. Se adivinaban una tarjeta de crédito y un fajo de billetes.

—Que sean cuatrocientos —dijo Hollis.

A Shorty le volvió a entrar la risa. Mick asintió, sonriendo.

—De acuerdo —dijo—. Cuatrocientos. Pero si quieres la pistola de vuelta, te va a salir por doscientos.

Hollis hizo un mohín con el labio inferior, frunció el entrecejo y se encogió de hombros.

—Vale —dijo.

Vernon le dio el dinero y Hollis recitó las señas de Hank Lawson. Mick quitó el cargador y dejó la pistola sobre la mesa.

—Necesito el cargador, tío —dijo Hollis—. En la calle saben que llevo pasta encima.

—La próxima vez que negocies, deberías tenerlo en cuenta.

—Shorty —dijo Hollis—. ¿Me alquilarías una pipa?

—Vete a cagar —dijo Shorty.

Hollis se encogió de hombros, recuperó la pistola descargada y se largó pavoneándose aún más que al entrar.

—¿Toda la ciudad es así? —dijo Mick—. ¿O solo su parroquia?

—Será cosa del agua —dijo Shorty—. Hollis los tiene bien puestos.

—¿Le debo algo por los daños?

—No, comemierda. Eso sí, la próxima vez que vengas, házmelo saber con antelación. Venderé entradas y me sacaré una fortuna, me cago en Dios.

Shorty les devolvió las armas. Mick siguió a Vernon hasta el coche y sacó doscientos dólares de su talega para devolvérselos. Vernon introdujo la dirección de Lawson en el GPS de su móvil.

Capítulo 17

Vernon dejó atrás el Mack's Place y se adentró en una zona más residencial de Ypsilanti. Casas grandes y antiguas de la década de 1920 que dieron paso a casas más modestas de mediados de siglo, con unos cuantos edificios de apartamentos desperdigados entre medias. Los árboles de menor tamaño indicaban viviendas más baratas, como si los pobres se mereciesen menos sombra. Vernon detuvo el coche en una esquina.

—La calle es esa de ahí a la derecha —dijo.

—Recórrela como si nada. Al llegar a la esquina, das la vuelta y aparcas.

Vernon arrancó y Mick hizo un reconocimiento furtivo de la calle. No había aceras. Unos cuantos caminos de acceso con canastas de baloncesto portátiles ancladas con sacos de arena. La casa de Lawson era anodina: el césped bien cuidado, los arbustos podados, un cobertizo de metal a un lado, ningún coche ante la fachada. Vernon aparcó según lo indicado.

—¿Y ahora? —dijo.

—Voy a entrar. Da la vuelta a la manzana y aparca cerca. Me esperas. Si oyes disparos, me das dos minutos. Si para entonces no he salido, te abres.

Mick se bajó del coche y caminó junto al arcén como si fuese a visitar a un vecino. Pasó de largo frente a la casa y simuló que consultaba algo en el teléfono, luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta principal. Se oía el sonido de un televisor. La puerta estaba trabada. Rodeó la casa, agachándose en las ventanas, hasta acceder al patio trasero. Solo estaba vallado el extremo del fondo, con una cerca alta de madera. La casa tenía detrás una pequeña plataforma con una parrilla de carbón y cuatro sillas oxidadas. Insertó la hoja del cuchillo entre el marco de la puerta mosquitera y la jamba y, con sumo cuidado, fue alzando la hoja hasta liberar el

gancho. Aquella puerta también estaba trabada. Se había quedado sin opciones, un ayudante del sheriff fuera de servicio y lejos de su jurisdicción, pero la información acerca del tipo que había mandado a su hermana al hospital estaba ahí dentro. Retrocedió y echó un vistazo a su alrededor, no se veía a nadie. Tomó aliento, abrió la puerta de una patada y se lanzó al interior.

La cocina daba paso a un salón vacío con un televisor encendido a bajo volumen. Avanzó por el corto pasillo, dejando atrás un cuarto de baño. Al final del pasillo, se abrió una puerta y apareció una mujer amenazándole con un espray de gas pimienta. Tenía el lado izquierdo de la cara hinchado y amoratado. Dos tiritas le cubrían una herida por encima del ojo. Mick abrió las manos y extendió los brazos desde la cintura. El gesto lento remedaba la postura de la Virgen María de un cuadro que había visto en Italia. Lo había salvado en más de una ocasión, y quizá ahora también lo hiciera.

—Estás herida —dijo—. Quiero ayudar.

—Sal de aquí —dijo ella.

Mick asintió y dio un paso atrás. De la habitación que quedaba a espaldas de la mujer surgió la voz de una niña.

—¿Tío Hank?

—No, cariño —dijo la mujer—. No salgas.

—¡Quiero ver a tío Hank!

El bote de espray vaciló en la mano de la mujer cuando se volvió hacia la habitación.

—Eres Penny Lawson —dijo Mick.

—¿Cómo me has encontrado? —dijo ella.

—Por uno que conoce a Hank.

—Él no está.

—No es a él a quien busco. He venido a hablar contigo, Penny. Necesito tu ayuda. Es por lo de mi hermana, en el condado de Eldridge.

—¿Mamá? —dijo la niña.

La mujer bajó el espray para que la niña no lo viera y movió el cuerpo hacia la habitación.

—Mamá, tengo miedo.

Penny entró y Mick la siguió hasta la puerta. Había una niña de unos ocho o nueve años sentada en una cama con un osito de

peluche y un libro, como si le estuviese leyendo un cuento. Mick se quitó de en medio en cuanto vio la expresión de terror que se dibujó en el rostro de la niña.

—Penny —dijo—, siento mucho haber asustado a tu hija. Solo necesito hablar un momento contigo. ¿Qué tal si te espero en el salón?

Mick se alejó por el pasillo hasta el salón. En la pantalla del televisor titilaban imágenes de un programa infantil protagonizado por una sirena y un submarino parlante. Sobre la mesita de centro reposaban un cuenco de galletas saladas y varios libros para niños. Delante del televisor había un sillón enorme con una nevera integrada y un revistero. Las cortinas estaban corridas. Un cerrojo de cadena aseguraba la puerta principal.

Penny entró en el salón con un teléfono móvil y el espray de gas pimienta.

—Quiero disculparme por haber irrumpido así —dijo Mick—. Llamé, oí la tele y di la vuelta hasta la puerta de atrás.

—Pulso este botón y se presenta la policía.

Mick asintió.

—Eres lista —dijo él—. Proteges a tu hija. Y no creo que vayas a darle a ese botón porque no quieres meter a la pasma en esto. Averiguarían lo que pasó en casa, en los cerros, y te llevarían presa. Tu hija acabaría en un hogar de acogida. Sé que no quieres eso. Eres una buena madre. Quiero ayudarte.

Penny parecía haberse quedado paralizada, salvo por los tics faciales. Encarnaba una combinación de ferocidad y aflicción, una fortaleza desolada. Algo que Mick ya había visto antes en gente que se daba cuenta de que no había salida. Ella había huido a Detroit para desaparecer del mapa. Y ahora que habían dado con ella, no tenía ningún otro sitio al que ir. Quería negar la situación, pero no le quedaba más remedio que aceptarla, por el bien de su hija.

—Déjame ayudarte —dijo Mick.

Ella bajó el móvil y se apoyó en el marco de la puerta.

—Vamos a sentarnos y me cuentas lo que pasó —dijo él.

Ella se desplazó hasta el sofá y se dejó caer como si no pudiera más. Mick se sentó en la otomana, asegurándose de quedar por debajo de ella, rebajando su autoridad. Tuvo que alzar la vista para hablarle, centrarse en su ojo ileso.

—¿Eso te lo hizo Leo? —dijo.

Penny asintió mirándose las rodillas.

—¿Ha sido la primera vez?

Ella sacudió la cabeza para indicar que no.

—Puedo llevarte a un médico.

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—¿Qué te gustaría? —dijo él—. ¿Qué quieres?

Ella lo miró como si nadie se lo hubiese preguntado nunca.

—No lo sé —dijo—. Antes lo sabía, pero ya no.

—Quieres que tu hija esté a salvo y eso ya lo tienes. Quieres estar a salvo de Leo y lo estás.

—¿Por qué has venido? —dijo ella.

—Mi hermana es la sheriff del condado de Eldridge. Alguien le disparó. También se cargaron a tu novio. Estoy intentando averiguar qué pasó. ¿Había alguien más allí?

Ella sacudió la cabeza, parpadeó varias veces y miró hacia otro lado.

—¿Cómo está? —dijo Penny—. Tu hermana.

—En el hospital, pero se pondrá bien.

Ella asintió, como aliviada.

—¿Es posible que tu hija viese a Leo pegarte? A lo mejor te prometiste a ti misma que jamás permitirías que volviera a ver una cosa así. A lo mejor él volvió a hacerlo y tú hiciste algo para ponerle fin. ¿Puede ser?

Penny lo miró a los ojos con una expresión de sorpresa.

—¿Qué pasó? —dijo Mick.

—Me pegó. Y luego pegó a Hannah. La niña salió corriendo y yo le disparé.

—¿Dónde le disparaste?

Se palmoteo el pecho.

—¿Cuántas veces?

—Solo una. Lo tumbé.

—¿Qué hiciste luego?

—Fui a por Hannah. Entonces la puerta se abrió de golpe y entró alguien con una pistola. No sabía quién era. El uniforme lo vi después.

—¿Después de qué, Penny?

—Después de dispararle. Lo siento. Pensé que era otro que venía

a hacernos daño. No sabía que era policía. De verdad que lo siento.

—Disparaste a Leo y luego fuiste a por Hannah. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Llevabas el arma cuando fuiste a por ella?

—No. La solté. No la llevaba.

—¿Y luego qué?

—Fui a por Hannah y a por sus cosas. Tiene una mochilita.

—¿Dónde estabas exactamente cuando irrumpió mi hermana?

—En el salón.

—¿Con la niña?

—No. Sí. Estaba conmigo.

—¿Y el arma?

—¿El arma? En el sofá. No, en la mesita.

—¿Estabas sentada?

—No, de pie. Delante del sofá. La puerta se abrió de golpe. Cogí el arma y disparé.

Mick asintió. La explicación era mejor y peor de lo que se había esperado. Mejor porque no era deliberada. Peor porque Penny estaba mintiendo.

—¿Y Hannah dónde estaba? —dijo.

—Regresó a su cuarto.

—Acabas de decirme que estaba contigo en el salón. Con su mochila.

—¡No! —exclamó ella—. No. En ningún momento estuvo en el salón. Estuvo todo el rato en su cuarto. De verdad que lo siento.

—Lo sé —dijo él—. Lo entiendo.

—¿Entonces por qué sigues preguntándome?

—Porque dispararon a mi hermana en la pierna por debajo de la rodilla. De haber sido tú, el ángulo de entrada habría presentado una clara inclinación. Pero no. La bala entró en perpendicular.

—No sé qué significa eso.

—Significa que no fuiste tú la que disparó a mi hermana. Significa que fue otra persona. Una persona bajita que estaba sentada en el sofá. Una persona a la que estás tratando de proteger.

Mick vio cómo transitaban por su rostro varias expresiones, endureciéndose y contrayéndose, con los ojos como platos, las pupilas dilatadas. Se le crispó la boca, luego la piel por debajo de los ojos. Su cuerpo permanecía inmóvil.

—¿Dónde está la pistola? —dijo él, suavemente.

—En el armario del dormitorio. ¿Cómo se llama tu hermana?

—Linda.

—Es un nombre bonito.

Mick asintió.

—Es alemán —dijo—. Significa blando y tierno, algo que ella no es en absoluto. Es dura, como tú.

—Yo no soy dura.

—La gente nunca lo sabe, hasta que no le queda más remedio que serlo.

Desde el dormitorio, al fondo del pasillo, oyeron la voz de Hannah.

—¡Mami, tengo sed!

Mick se levantó y se dirigió a la puerta principal.

—Tengo que salir un momento. Vuelvo enseguida. No te preocupes, no va a pasar nada. Quiero ayudarte.

Descorrió el cerrojo, salió y cruzó la calle hasta el coche de Vernon. Vernon bajó la ventanilla.

—¿No ha habido suerte? —dijo.

Mick abrió la puerta de atrás y sacó su talega.

—Dame un par de minutos —dijo.

Vernon subió la ventanilla. Mick regresó a la casa y se sentó en la otomana con la bolsa en el regazo. Oía a Penny hablando con su hija al fondo del pasillo. Hannah se reía y a él le asombró la resiliencia de la cría.

Penny volvió al salón y se quedó de pie, mirando la bolsa con desconfianza. Se estremeció cuando Mick abrió la cremallera. Sacó nueve tacos de billetes sin desprecintar y los dejó sobre la mesa.

—Esto es para ti —dijo.

—¿Qué eres? ¿Un camello?

—No, viajo con dinero para emergencias.

—No puedo aceptarlo.

—Tengo un trabajo y una pensión. En realidad no lo necesito. Puedes usarlo para marcharte de Detroit.

—¿Por qué?

—Aquí no puedes quedarte.

—No, me refiero a por qué haces esto.

—Leo tenía familia, ¿no?

—Un montón de hermanos y no sé cuántos primos.

—Estarán buscándote. Yo he dado contigo en cuatro días. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Ella asintió al momento.

—Leo maltrataba a su exmujer, Carla Jo. Hablé con ella. Te pegó a ti y luego a Hannah. Le disparaste para protegerte. Hannah disparó a mi hermana para protegerte a ti. Y ahora yo estoy tratando de echarte un cable. Ahí van dieciocho mil dólares.

Penny volvió a asentir, con el rostro tenso.

—Utiliza una parte para largarte de la ciudad. Guarda el resto para Hannah. Necesitará hablar con alguien.

—No se acuerda de nada. Es como si no hubiese pasado.

—Se acordará —dijo Mick—. Lo lleva dentro, en alguna parte. Necesitará ayuda profesional. Utiliza el resto del dinero para eso.

—¿Y adónde vamos? No conozco a nadie en ninguna parte.

—Eso es perfecto. Dile a Hank que te mudas a Seattle y luego te vas a cualquier otro sitio. Búscate un trabajo en el que te paguen al contado. De camarera o limpiando hoteles. Algo así. ¿Viniste aquí en tu propio coche?

Ella asintió.

—Lo vendes y te compras otro antes de irte.

Ella volvió a asentir.

—Una cosa más —dijo él—. Necesito la pistola de Leo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—La posesión del arma te incrimina. Me desharé de ella. Por favor, tráemela.

Penny se alejó por el pasillo, le dijo algo a su hija y volvió con una bolsa de papel del supermercado de Rocksalt. La dejó en la mesita. Mick miró lo que había dentro y metió la bolsa en la talega. Le dio un teléfono desechable.

—Tira tu teléfono y utiliza este —le dijo—. No llames a ningún conocido. A nadie. ¿La custodia de Hannah es compartida?

—No, solo mía.

—Bien. Randy no tendrá ningún motivo legal para rastrearte.

—¿Conoces a Randy?

—Coincidimos.

—¿Cómo es que sabes tanto?

—Fui policía militar.

—¿Ya no?

—Ya ni sé lo que soy, Penny.

Recogió la talega y se dirigió hacia la puerta.

—Oye —dijo ella—. Gracias.

Mick asintió y salió. Regresó apresuradamente al coche, lanzó la talega a la parte de atrás y se sentó en el asiento del acompañante.

—¿Ahora adónde? —dijo Vernon.

—A mi camioneta.

—¿Tienes hambre? Hay un Coney cojonudo por aquí.

—A la camioneta. Y basta de charla.

Vernon se encogió de hombros y condujo de vuelta a Detroit. Mick se preguntaba si había hecho lo correcto. Lo repensó de punta a cabo, revisando la lógica de su instinto. Si arrestaban a Penny en Detroit, la extraditarían a Kentucky, donde pagaría el pato por lo de Leo y lo de Linda. Podría llegar a un acuerdo con la fiscalía y pasar un tiempo en prisión, o podía ir a juicio. Cualquiera de las dos opciones la dejaba expuesta a las represalias de la familia de Leo. Por no hablar de que la cría se quedaría aún más traumatizada y, probablemente, acabaría viviendo con su padre en la caravana junto al río. Sí, concluyó, ayudar a Penny había sido lo correcto.

Vernon remontó despacio la calle Alpine para evitar los baches. Un centinela se materializó desde la sombra de un voladizo de acero herrumbroso. Vernon paró, saludó y esperó, luego lo autorizó a salir.

—Dale a Charley un mensaje de mi parte —dijo Mick—. Le dices que le debo una.

De vuelta en su papel de gánster, Vernon se quedó mirando al frente sin decir nada. Mick se subió a su camioneta y puso rumbo al sur. Según salió de Detroit, paró para repostar y llamó a Johnny Boy. No contestó. Probó con Sandra, que le dijo que Linda estaba despierta y mucho mejor. Shifty seguía allí, relevada cada pocas horas por Ray-Ray y J. C.

Durante el trayecto a Kentucky, especuló sobre cómo sería su vida actual de haberse casado con Penny. Era una mujer dura, leal y espabilada. Quizá seguiría casado. Por otra parte, su exmujer, Peggy, gozaba de las mismas características. Igual que Sandra. Así que el problema no eran las mujeres, se dio cuenta, sino él. Prefería estar solo, en movimiento, o ambas cosas. Él habría acabado

cagándola con Penny, pero al menos ella no habría matado a nadie.

Capítulo 18

Johnny Boy estaba sentado en su despacho, molesto con todo el mundo. Había inspeccionado cinco bolsas de basura, clasificando cada elemento y metiéndolo en una bolsa aparte. Al final no había dado con ninguna pistola y se había puesto el uniforme perdido de comida podrida, barro y líquidos ignotos. La comisaría no contaba con sala de almacenaje, había un armario para suministros y artículos de limpieza, y deja de contar. Metió las bolsas en el despacho de Linda. Sandra lo observó sin hacer comentarios y él se preguntó si sería por su nuevo estatus de sheriff o si se trataba de un caso de juicio silencioso. Estaba poniendo toda la carne en el asador, sin resultado.

Repasaba en su mesa las múltiples fichas en las que había anotado todo lo que sabía hasta el momento. Johnny Boy era un pensador metódico y organizado, pero siempre había confiado en las instrucciones de otros. Ahora tenía que tomar las decisiones por sí mismo. No le gustaba, pero no tenía elección —era el puto sheriff—, así que se puso a repasar la información concienzudamente.

Habían disparado a Linda con una pistola.

Habían matado a Leo con una pistola.

Linda no había llegado a disparar su arma reglamentaria.

Habían matado a Pete Lowe y a Hack Darvis con una escopeta.

Roscoe Reeder estaba viviendo en un gallinero con el gallo de tres mil dólares de Pete Lowe.

Las huellas de pisadas halladas en la parte posterior de la casa de Hack eran de alguien que calzaba un siete, marca Iris.

En el cobertizo de Hack había una nevera con un tarro lleno de lo que, a todas luces, era veneno de serpiente.

Los únicos vínculos que veía eran los gallos y las armas de fuego. Dado que Mick estaba en Detroit tras la pista de alguien que había presenciado el tiroteo que acabó con Linda en el hospital,

Johnny Boy decidió ceñir su investigación a Pete Lowe y Hack Darvis. Reorganizó las fichas y las volvió a leer con minuciosidad extrema, lo que tampoco es que le resultara muy fatigoso, dada la escasa información que contenían. No había armas del crimen ni huellas dactilares. La única prueba potencial era la serpiente de la caja que le guardaba su primo Caney en su casa. El nombre de Caney Rodale no dejaba de dar botes en su mente.

Johnny Boy se puso de pie bruscamente, empujando la silla rodante contra la fila de archivadores que cubrían la pared. Se lanzó directo al archivador que tenía en mente, abrió el tercer cajón para buscar por la «r» y sacó el expediente de Billy Rodale, un homicidio sin resolver de 1997. Había una parte mecanografiada, pero sobre todo estaba escrito a mano por el anterior sheriff, Troy Johnson, con una suerte de taquigrafía de su propia cosecha. A Rodale lo mataron a tiros en su casa. La lista de sospechosos contaba con nueve nombres, como si Rodale tuviese enemigos hasta en la sopa. Habían tachado unos cuantos y los habían vuelto a añadir. Abajo del todo, escrito a lápiz, constaba el nombre de Virgil Caudill.

Sandra alzó la vista en cuanto Johnny Boy salió de su despacho.

—Voy a pasarme un momento por el Departamento de Vehículos Motorizados —dijo—. ¿Sabemos algo de Linda?

—Está mejorando. La mamá de Ray-Ray está con ella. Yo me pasaré en cuanto acabe aquí.

—¿Y de Mick?

—Que yo sepa, sigue en Michigan. Antes de eso llamó un par de veces para que le diera unas direcciones en Farmers y en Sharkey.

Johnny Boy salió del edificio. Transitoriamente obsesionado con la tarea que le había caído encima, se había negado a reconocer el gozo inherente a conducir el vehículo oficial del sheriff. Aún olía a las sustancias químicas que habían usado para limpiar la sangre de Linda. Estacionó en el aparcamiento del Departamento de Vehículos Motorizados y entró en una sala en la que las sillas de plástico duro estaban atornilladas al suelo, como para maximizar la incomodidad de los que se sentaran. Había gente esperando turno, cada cual con su papelito numerado en la mano. Varios adolescentes eufóricos ante su futuro inminente. El resto cumpliría años durante el mes en curso. Johnny Boy se preguntó vagamente si habría algún mes de nacimiento óptimo para reducir el tiempo de espera. Había oído

que en agosto nacían más bebés, nueve meses después de la primera ola de frío.

Se dirigió a la ventanilla de recepción, tras la que una mujer a la que conocía de toda la vida presidía sobre sus dominios. Lo ignoró. No por ser Johnny Boy, sino por ser un sujeto cuyo número aún no se había anunciado.

—Señora Flannery —dijo Johnny Boy.

La señora Flannery sacudió la mano escuetamente sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador. El gesto le recordó al de alguien que estuviese tratando de ahuyentar inútilmente a las moscas en un picnic de la iglesia. Llevaba un vestido gris sin mangas sobre una camisa blanca de manga larga. El pelo largo, recogido en la coronilla con una pinza, creaba el efecto de un cráneo que se iba estrechando hasta acabar en punta.

—Señora Flannery —volvió a decir—. Se trata de un asunto oficial.

Ella terminó de teclear lo que estaba escribiendo antes de alzar la cabeza. Seguidamente se dispuso a mirarlo con reticencia.

—¡Johnny Boy! —dijo—. Qué alegría verte. ¿Ahora te has metido a policía?

—No, señora. Soy el sheriff.

—¿Ya no lo es la chica esa de los Hardin?

—La hirieron, así que me toca a mí hasta que se recupere.

Ella parpadeó perpleja.

—Ya era ayudante —aclaró—. Me haré cargo hasta que Linda vuelva.

—Se dice y no se cree, si todavía me acuerdo de cuando te di el permiso de conducir. Y ahora resulta que eres el sheriff. Cómo pasa el tiempo, madre mía.

—Sí, señora. Necesito una ayudita. Quisiera obtener una copia de un permiso de conducir de los años noventa. Virgil Caudill.

—Conozco a su madre y a su hermana. Ya hace tiempo que se fueron. Casi todos los jóvenes se acaban marchando. Ahí tienes a mis hijos, sin ir más lejos. Todos. ¡Pero tú te has quedado para ser el sheriff!

—¿Me haría el favor de facilitarme una copia? Con la máxima calidad posible. Lo que me interesa es la foto.

—Una copia en color sale más cara. Por la tinta.

—No hay problema. Le pasa la factura al condado.

—Ya, ya. ¡A la oficina del sheriff!

Volvió a centrarse en la pantalla. Mientras tecleaba y retrocedía en el tiempo por los archivos electrónicos, iba soltando suspiritos y gruñidos. Utilizó el teléfono para solicitar la entrega del documento.

—En nada lo tienes —dijo ella—. La impresora a color está donde Cristo perdió el gorro y no puedo abandonar mi puesto. Ya sabes cómo va esto, ¿verdad, sheriff?

—Sí, señora.

Al cabo de cinco minutos salió del edificio con una copia del retrato de Virgil y la examinó a la luz del sol. Se concentró en sus rasgos, por encima de la nariz. Aún no del todo convencido, regresó a la oficina del sheriff y le preguntó a Sandra si tenían acceso a algún *software* de reconocimiento facial que pudiera envejecer una fotografía.

—Tira del teléfono —dijo ella—. Hay una aplicación.

En su despacho, se descargó el *software* e hizo una captura de la foto de Virgil Caudill. Le añadió veinticinco años, luego le alargó el pelo y le puso barba. La amplió, subió el contraste y la imprimió. Johnny Boy salió al aparcamiento, se subió al SUV y puso rumbo al este. De estar en lo cierto, podría dar con Virgil Caudill en dos sitios.

En la vieja 60 se vio detrás de un Chrysler que, al momento, redujo la velocidad por debajo del límite establecido. Se planteó prender las luces para que frenara y lo dejara pasar. Pero le pareció un uso abusivo de su cargo, algo que, técnicamente, ya estaba haciendo. Su interés por Caudill era más personal que profesional.

Johnny Boy se adentró en el bosque y comenzó a ascender por una carretera serpenteante. Al coronar el risco, giró hacia el cementerio Bell. Hacía un siglo, había albergado las tumbas de una sola familia, luego acogería las de otras cuatro, añadidas por matrimonio. Con el tiempo, cuando ya no quedó nadie de la familia original, las familias de los alrededores empezaron a enterrar allí a sus muertos. Johnny Boy aparcó y se apeó de mala gana.

En sus años de instituto, aquel era el lugar al que iban los adolescentes a empinar el codo, fumar y fanfarronear. Él siempre se había inventado excusas para escaquearse, y ahora volvía a sentir aquella antigua ansiedad mezclada con paranoia. Nunca había visto

ni oído fantasmas, pero creía que contaban con poderes específicos, aunque desconocía cuáles. Abrió la verja y entró. Las lápidas eran viejas y sencillas, sin ornamentación, salvo alguna losa ocasional con un ángel tallado que señalaba la tumba de un niño.

Comenzó por el centro, donde estaban las tumbas más vetustas, fijándose en los nombres, luego se fue alejando poco a poco hacia los extremos. Caudill era el apellido más común del condado y en todos los cementerios había unos cuantos. Podía precisar por proximidad quiénes se habían unido por matrimonio a cada rama. Todas las lápidas tenían dos fechas, nacimiento y muerte, separadas por un guión. Y le pareció inmensamente triste que toda una vida quedase al final reflejada en esa muesca insignificante, un tajo horizontal que pretendía contener miles de días entre los vivos.

Cerca de un robledo, dio con otra rama de los Caudill en la que figuraban los nombres que estaba buscando: Darly y Zale.

Sus viejas lápidas no eran muy voluminosas y estaban castigadas por la erosión. A su alrededor, hermanos y primos, luego niños, incluido su hijo Rupert y su mujer, Aline. Sobre la tumba de Aline había una *rudbeckia* aún fresca.

Johnny Boy asintió para sus adentros y se apresuró a salir del cementerio.

Capítulo 19

En el trayecto de seis horas hasta Rocksalt, Mick paró dos veces para echar gasolina, en Toledo y en Cincinnati. El crepúsculo cayó como un velo, oscureció enseguida. Cruzó el río Ohio y entró en Newport, paró detrás de un hotel y durmió una hora. Descansado, emprendió el último tramo de vuelta a casa a través de un barrio conocido como Mansión Hill. Bordeó el río hasta Maysville, salió a la autopista AA de doble carril y tomó la interestatal hasta Rocksalt.

En el hospital, Mick se encontró con Raymond dormitando en una butaca junto a la cama de Linda. Mick entró sin hacer ruido, pero Raymond se despertó al instante, un marine de guardia.

—¿Cómo está? —preguntó Mick.

—Mejor —dijo Raymond—. Sigue sedada pero estable. Pierde y recupera el conocimiento, pero cuando lo recupera se dedica a despotricar como un camionero.

—Eso es buena señal.

—¿Dónde te habías metido?

—En un berenjenal.

Raymond gruñó y se marchó. Mick se sentó en la butaca que dejó desocupada, agradeciendo el calorcito residual. Linda estaba con la pierna en alto, por debajo del aparatoso vendaje salía un tubo de drenaje. Tenía tres vías adheridas a los brazos. Le apretó la mano, luego se acomodó en la butaca y se quedó dormido.

Las enfermeras estuvieron entrando y saliendo toda la noche, luego se presentó un celador. Mick se despertó al oír la voz de su hermana quejándose de las opciones para desayunar. Un joven armado de paciencia la miraba con la pequeña hoja que hacía las veces de menú.

—Una tostada de canela —dijo Linda.

—Aquí eso no viene —dijo el joven—. Lo siento.

Los dos miraron a Mick mientras se desentumecía, tenía la zona

lumbar dolorida por la butaca y las horas pasadas al volante. Reprimió un gemido y miró a su hermana.

—¿Tienes hambre? —dijo ella.

Mick asintió. Ella devolvió su atención al joven.

—De todo lo que pone en esa puta lista, me traes uno —dijo ella—. Y dos cafés.

—No es la política del hospital —dijo él.

—Te recuerdo que soy la sheriff —dijo Linda—. Así que o vas corriendo a traernos algo de comer o te mando directo al calabozo.

El joven salió a matacaballo. Mick sonrió y a Linda le entró la risa, pero se la cortó una punzada de dolor. Mick se acercó a la ventana y descorrió la cortina, daba al aparcamiento. En la esquina del fondo estaba su camioneta, recordó lo que llevaba dentro y lo que tenía que hacer.

—Ahora soy el ayudante del sheriff —dijo.

—Eso he oído. No te acostumbres. ¿Habéis tenido suerte?

—Un poco. Te pondré al día en cuanto lo tenga resuelto.

—Me lo vas a contar ahora mismo.

—En primer lugar, tengo que ocuparme de unos cabos sueltos —dijo Mick—. En segundo, no eres mi jefa. Mi jefe es Johnny Boy.

De repente exhausta, Linda movió la cabeza y dirigió la mirada al techo.

—Hay que joderse —dijo—. Cierra esa estúpida cortina.

Mick corrió la cortina y se sentó en la butaca a mirarla dormir hasta que llegó la comida. Le untó dos pedazos duros de mantequilla en una tostada y, esperándose resistencia, lo sorprendió con un murmullo de gratitud. Linda le preguntó sobre la investigación y él volvió a salirse por la tangente. Esta vez ella lo aceptó y se adormiló. Un médico diferente entró finalmente en la habitación. Se presentó como «el doctor Bob», con acento de Philadelphia. Suplía su falta de tacto con los pacientes con humor y respuestas contundentes. Linda se enfrentaba, como mínimo, a seis meses de rehabilitación. Se recuperaría del todo, con el único efecto a largo plazo de una potencialidad para la artritis.

—Una potencialidad —dijo Linda—. ¿Esa palabra existe?

—Ya lo creo —dijo el doctor Bob—. Si a Aristóteles le valía, a mí también. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuándo podré salir de aquí?

—Como mínimo, tres días. Sigo avizorando la septicemia.

—¿Avizorando? —dijo ella.

—Mi padre estuvo en la marina mercante. Me apropié de su jerga. También era supersticioso. Le aterraban los plátanos. Se supone que traen mal fario a bordo de un barco. No llegué a probar uno hasta que cumplí los veinticinco.

Linda sonrió, volvió a entrarle la risa y, de nuevo, tuvo que sofocarla por el dolor.

—No se ría —dijo el doctor Bob—. No es la mejor medicina.

—¿Y cuál es la mejor?

—El reposo. Hacer lo que le diga su médico. ¿Alguna cosa más?

—Sí —dijo Mick—. ¿Puedo traerle comida de fuera?

—Por supuesto. Nadie debería comerse la mierda que ponen aquí.

Consultó su portapapeles y se escabulló.

—Parece un buen médico —dijo Mick.

—Un fontanero con un sueldo excesivo.

—Ajá, así que te hace tilín, ¿eh?

—Y una mierda. A mí no me hace tilín nadie.

—Le diré a Raymond que te traiga algo de comer. Sabrás que su madre ha estado aquí, ¿no?

—¿Shifty?

—Sí, por la noche. Tengo que irme.

—Pues lárgate —dijo Linda—. Ya me estás empezando a poner de los nervios.

Mick sonrió y se fue. En el ascensor captó un tufillo y no supo precisar cuándo había sido la última vez que se había cambiado de ropa. Al menos, había dormido y comido. Hacía ya tiempo que había adoptado un modo de pensar fundado en la observación de los camiones de cemento. La hormigonera rotaba para evitar que su carga se solidificase al tiempo que el camión avanzaba. Se preguntó qué sacaría Aristóteles de las potencialidades.

Mick condujo hasta la oficina del sheriff. El aparcamiento estaba vacío, salvo por un Miata rojo descapotable de cubierta rígida. Aparcó a su lado y entró en el edificio de piedra por las puertas de cristal. Sandra estaba en su mesa ante el despliegue habitual de teléfonos, fax, un ordenador de hacía diez años y una máquina de escribir. Estaba leyendo un libro de la biblioteca.

—¿Tu Miata? ¿Es nuevo? —dijo Mick.

—Uau, no me extraña que seas el ayudante del sheriff.

—Oh, ya ves.

Mick se puso a mirar a su alrededor para evitar su rostro. Según los parámetros locales, ella era un buen partido: treinta y pocos, con empleo, divorciada y sin hijos. A Mick le gustaba por su inteligencia y su ingenio rápido, cualidades que muchos hombres preferían ignorar. Pero trabajar juntos constituía un obstáculo infranqueable para el romance. En cualquier caso, él no tardaría en largarse a Córcega.

—Necesito los expedientes de Hack Darvis y Pete Lowe —dijo—. ¿Hay más casos pendientes?

—Un caballo extraviado. Rumores de una pelea en el instituto. Ocho bolsas de patatas fritas robadas en el Dollar General.

—¿Ocho?

—Sí, bacanal.

—Diles que llegaremos al fondo del asunto.

Mick se metió en el despacho de Johnny Boy y, como siempre, se quedó impresionado con la pulcritud y el orden. Una mesa y una silla, una mesita auxiliar y veintiséis archivadores. Centrados sobre la mesa, cuatro expedientes y un taco de fichas.

Se pasó dos horas leyendo los informes, primero por encima, luego más despacio, uno a uno. Eran extremadamente detallados, incluían direcciones, horarios y multitud de nombres. Una página entera dedicada a las actividades de Pete en el circuito de Bluestone. El arma usada contra Gowan seguía sin aparecer. La Glock de Hack había disparado recientemente una sola bala. A Hack y Pete se los ventilaron a corta distancia con una escopeta de calibre doce. Ambos vivían solos y estaban metidos en las peleas de gallos. Según el interrogatorio a Roscoe Reeder, las peleas locales se suspendieron tras la muerte de Hack.

Uno de los expedientes contenía fotografías hechas con el móvil detrás de la casa de Hack: huellas de neumáticos y de una zapatilla con un 7 estampado y el nombre del fabricante. En el pueblo había dos tiendas que vendían esa marca, Iris. Otras fotografías mostraban montículos de serrín y el trazo liso de unos troncos cortados con motosierra. Se metió las fotos en el bolsillo.

El último informe estaba en blanco, pero llevaba un

encabezamiento: «Janice, hija de Pete Lowe». Una nota escrita a mano indicaba que Linda la había interrogado el mismo día que le dispararon, así que no había informe de su conversación. Johnny Boy no le había dado seguimiento. Mick decidió que era el mejor sitio para empezar.

Sandra estaba al teléfono ofreciendo sus mejores «mm-hmmm» diplomáticos y le hizo unas muecas. Colgó y puso los ojos en blanco.

—Una mujer que ha oído un ruido extravagante en el bosque. «Ruido extravagante», esas han sido sus palabras. Le he dicho que mandaremos a alguien.

Mick asintió y salió. Condujo por las calles de Rocksalt, casi vacías salvo por las construcciones nuevas. Habían derribado la consulta de un dentista para reemplazarla por un restaurante de comida rápida con mesas metálicas en el exterior, atornilladas a una losa de cemento. Los cerros estaban rodeados de árboles que se talaban y transportaban lejos, mientras el pueblo se reconstruía con cemento y metal. Se preguntó de dónde procedería todo aquel material de construcción. Quizá lo intercambiaban por la madera.

Una vez en los cerros, salió del asfalto para tomar una carretera de grava que se fue disipando gradualmente hasta no ser más que un camino de tierra que iba a dar a una casa amarilla de madera. Había un todoterreno aparcado en el patio. Una mujer empuñaba un hacha de mano entre la maleza, detrás de un carrito grande de jardín hecho de plástico duro. Llevaba un chaquetón vaquero de faena, vaqueros viejos y botas verdes de trabajo que le llegaban casi hasta las rodillas. Lo saludó con un ademán de la cabeza, luego emergió de los matorrales y se dirigió al tajo que tenía a un par de metros. Colocó encima un leño corto, descargó el hacha con precisión y rebanó un listón que cayó al suelo.

—Soy el hijo de Jimmy Hardin, Mick. ¿Es usted la señora Moore?

—Ya hace unos cuantos años que no. Ahora señorita.

—Yo también soy divorciado —dijo Mick.

—Si has venido a cortejarme, no estoy en el mercado.

—No, para nada. Lo entiendo. Solo trataba de entablar conversación.

—¿A cuento de qué?

—Bueno, la verdad es que era más bien un intento de hacerla sentir cómoda. Soy ayudante del sheriff. He venido a preguntarle sobre su padre.

Ella dio un paso hacia el carrito y dispuso los pies en posición defensiva, sopesando el hacha a modo de arma.

—Ya hablé con la sheriff hace unos días. Era una mujer. Te agradecería que salieras de mi propiedad.

Mick asintió y dio un paso atrás. Se llevó la mano al bolsillo y sacó la placa.

—Señorita Lowe —dijo—. Usted habló con Linda Hardin. Mi hermana. Está en el hospital.

—Estaba bien cuando se fue de aquí.

—Lo sé. Alguien le disparó en casa de Leo Gowan.

—Lo lamento mucho. Me pareció una chica de lo más agradable. Muy cariñosa.

—Sí, lo es. Se recuperará.

—Me alegro —dijo ella—. ¿Has venido a decirme quién mató a papá?

—No.

Se volvió hacia el tajo y cortó diestramente otra lasca de leña de cinco centímetros de grosor. Mick se guardó la placa y se acercó con las manos a la vista. Recogió el trozo de leña y lo lanzó al carrito. Ella liquidó otros dos leños y, acto seguido, descansó. Mick se metió entre los hierbajos y asió el mango horizontal del carrito.

—¿Dónde se lo dejo? —dijo.

—Ya lo haré yo luego. Gracias. ¿Quieres un poco de agua?

Mick asintió. Ella incrustó el hacha en el tajo con una sacudida de la muñeca y se dio media vuelta. Él la siguió hasta el porche. Ella se descalzó, dejó las botas junto a un par de deportivas de lona y entró. Al momento regresó calzando unas pantuflas de cuero con dos vasos altos de agua con hielo.

—Siéntate donde puedas —dijo, y se dejó caer en una silla de madera con un cojín rojo amarrado al asiento. Mick apartó una silla y se volvió hacia ella.

—Gracias —dijo, y se sentó.

Un aura de soledad envolvía a Janice, no de la que se obtiene espantando a la gente, sino evitándola.

—¿Sabe si su padre tenía algún problema con alguien? —dijo

Mick.

—No, ya se lo dije a tu hermana. No hacía más que trabajar en los coches. ¿Hablaste con esa gente?

—Se ocupó el otro ayudante. Según sus notas, decían que su padre era el mejor mecánico de los alrededores. Obstinado e independiente. No trabajaba para cualquiera, ni aunque lo untasen.

—Eso suena muy a papá.

—¿Sabía usted que le pidió a Roscoe Reeder que le cuidase un gallo?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Según Roscoe, es un gallo de pelea. Se conoce que vale una pasta. Alguien lo amenazó por eso.

—¿Cuánta pasta? —dijo ella rápidamente, luego desvió la mirada hacia el patio.

—Tres de los grandes —dijo Mick.

—¿Más agua?

Mick asintió. Ella se levantó y se llevó los vasos. Mick repasó la breve conversación. La mayor parte de la gente habría querido saber quién había amenazado a su padre, no en cuánto estaba valorado el gallo. Ella había cambiado de tema al momento. Miró por la puerta mosquitera. Las botas de goma le parecieron más anchas que las zapatillas de lona y se preguntó si se habría puesto dos pares de calcetines. Seguro que las botas estaban forradas por dentro. Se levantó y se desplazó sin hacer ruido hasta la puerta, se agachó y le dio la vuelta a una de las deportivas. En la suela había un 7 junto al nombre del fabricante: Iris. A través de la mosquitera le llegó el murmullo de un grifo abierto. Rápidamente, sacó las fotografías de Johnny Boy y comparó la huella de la pisada con la suela de la deportiva. Coincidían.

Regresó a la silla y se situó de cara al patio en pendiente. Una brisa le lanzó a la cara una peste horrible. Janice salió con el agua. Arrugó la nariz al percibir el olor.

—Tengo unos cuantos cerdos —dijo—. Están a sotavento, pero de vez en cuando me viene una ráfaga.

—Cuando era pequeño ayudaba a un hombre a buscar comida para sus cerdos. Nos recorríamos todos los colegios del condado y recogíamos los restos del almuerzo de los cubos de basura. Luego íbamos a su casa y les dábamos de comer.

—Bien hecho —dijo ella—. Comida gratis.

—Eso era justo lo que él decía. Bebía mucho y al final lo dejé. Y cuando digo mucho es mucho. Whisky a diario y a todas horas. Sus hijos se largaron en cuanto pudieron. Por eso conseguí el trabajo, porque el más pequeño, al que se le iban los ojos, se largó.

—¿Se le iban los ojos detrás de las mujeres?

—No. Me refiero a que tenía un ojo pipa. Lo miraba todo con la cabeza ladeada. Se ve que por eso se le daba de miedo el billar. El caso es que su padre se cayó de cabeza desde la trasera de la camioneta en uno de aquellos cubos de basura llenos de bazofia. Y se ahogó.

—Lo suyo habría sido hacer volcar el cubo desde dentro.

—Era muy bajito. Tendría que haberlo mencionado al principio de la historia.

—¿A dónde quieres ir a parar? —dijo ella.

—El olor de sus cerdos me lo ha recordado.

Mick señaló el carrito.

—¿Se corta usted misma la leña?

—Sí, así me mantengo en forma.

—Yo partía leños para mi abuelo, con un hacha. Siempre quise tener uno de esos divisores automáticos.

—Mi primo tuvo uno —dijo ella—. Perdió tres dedos por su culpa.

—Las motosierras son más seguras de lo que la gente se piensa.

—Yo prefiero las que van con batería.

—¿Cuánto dura una batería?

—Con cuarenta voltios tengo para dos horas. Tres si es para cosas más pequeñas.

—¿Tamaño de barra?

—Treinta y cinco centímetros. ¿Va a ser como la historia del cubo de bazofia? ¿Un borracho bajito que se cae encima de una motosierra?

Un tordo charlatán emitió su canto gorgoteante. Mick contempló cómo se posaba en el suelo y se adentraba en una zona de matojos crecidos al borde del bosque. Su cabeza aplanada estaba dividida por una franja de color, lo que significaba que era un macho. Mick intuyó que por allí dentro habría un nido.

—La cosa es que cada motosierra tiene un patrón único —dijo—.

Las marcas que deja en la madera. Es como el ADN. ¿Qué cree usted que encontraré si comparo su motosierra con las marcas del árbol que hay detrás de la casa de Hack Darvis? El árbol derribado que alguien seccionó para que pudiera pasar un coche. ¿Piensa que será el mismo patrón que el de su motosierra?

—¿Quieres saber lo que pienso? ¿Es eso lo que me estás preguntando?

Mick asintió.

—Pues lo que pienso es que me la quieres meter doblada —dijo ella.

—Tiene razón —dijo él—. Me lo he inventado todo.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque esas zapatillas que hay junto a la puerta coinciden con las huellas que hallamos donde mataron a Hack Darvis. Iris talla siete.

Ella miró las zapatillas y luego le sostuvo la mirada. El viento soplaba desde el otro lado, trayendo consigo el aroma arcilloso de las zanahorias silvestres. Dos ardillas pleiteaban en la hierba. Una trepó a toda prisa por el tronco de un árbol hasta desaparecer de la vista en las ramas superiores. Un cardenal sobresaltado voló hasta un arbusto.

—Lo mejor sería que me lo contase —dijo Mick.

—Lo que menos me hace falta es otro hombre con intención de enderezarme.

—No lo dirá por mí —dijo Mick—. Yo solo soy un tipo sentado al sol dispuesto a escuchar. Ni le sabría decir por cuántas evaluaciones de misiones he pasado. Ninguna me sirvió de nada. Papeleo para complacer a los chupatintas. Básicamente una manera de justificar las malas decisiones de los gerifaltes. Hablar con un compañero que hubiese estado en el mismo fregado, eso ya era otro cantar.

—¿Tropa de combate?

—Ciento Uno Aerotransportada. ¿Y usted?

—Dos períodos de servicio como médico. Brigada de Combate de la Tercera División de Infantería, Unidad Vigésimo Quinta. Mi trabajo era mantener sanos a los soldados fuera del perímetro. Ahora hago lo mismo, pero con cerdos.

—¿Conocía su padre a Hack?

—Sí, desde pequeñitos. Papá se aficionó a lo de los pollos cuando murió mi madre. Solo gallinas ponedoras. Luego vino lo de esas condenadas aves de pelea. De coches entendía, de gallos no tenía ni zorra. Se gastó todo el dinero que le quedaba en comprarse un gallo. Lo llamó Charles. Decía que los propietarios de los coches eran los auténticos ganadores, no los pilotos. Y Charles era el mejor coche del circuito. Adoraba a ese pajarraco.

—Oí que era un buen hombre.

—Lo era. Pero no entendía cómo funcionan las cosas. Cómo funcionan de verdad. Sobre todo en lo que respecta a Hack y las peleas de gallos.

—¿A qué se refiere?

—Hack amañaba las peleas y se sacaba una pasta.

—¿Cómo?

—Con las apuestas. Hack se encargaba de emparejar a los gallos. Lo que hacía era enfrentar a uno fuerte con uno débil. Todo el mundo sabía que el fuerte vencería. Las apuestas al débil subían en contra. Hack frotaba veneno de serpiente en los espolones del débil y luego apostaba contra el favorito de turno. Un cortecito de nada y el favorito la palmaba. Hack hacía su agosto.

—No podría ocuparse él solo de todo.

—No, tenía compinchados a dos tipos de Vanceburg. Papá decía que se sacaban un pastizal. Luego dejaron de venir y Hack quiso que papá lo acompañase y que envenenasen a Charles. Pero a papá no le gustaba engañar a la gente. Aparte de que no quería que Charles muriese de esa forma. Ni siquiera por la mitad de las ganancias.

—¿Cómo es que sabe todo eso?

—Me lo contó papá. Vino y me pidió que le cuidara a Charles. Yo no tenía gallinero. Le dije que me lo volviera a traer en unos días y que ya apañaría algo. Me dijo que no podía esperar. Que Hack lo había amenazado con matar a Charles si él no entraba en el timo. Ahora me paso el día pensando que si me hubiese quedado con el puto pájaro ese, papá seguiría vivo.

—Todo el mundo piensa así cuando se le muere alguien.

—A veces es verdad.

Mick asintió, pensando en sus propios remordimientos por las muertes de algunos camaradas. Él no había sido responsable, pero

sintió lo mismo. Era natural, algo que había que procurar evitar.

—¿Y luego qué? —dijo Mick.

—Cuando encontré a papá supe que Hack lo había matado.

—¿Lo comentó con alguien?

—No tenía con quién —dijo ella—. Lo que hice fue acechar a Hack. Iba por ahí con su *quad*. Llevaba dos armas. Una Glock a la cintura y una escopeta amarrada a la barra antivuelco. Me imaginé que sería la misma escopeta con la que mató a papá. Así que esperé hasta que se bajó del *quad*. Me apropié de la escopeta por si la policía necesitaba pruebas. Me vio.

—¿Dijo algo?

—Sí. Me dijo que había matado a papá y que iba lista si pensaba que iba a darle miedo una chica. Que iba a follarme tan fuerte que iba a prensar el suelo.

Mick asintió, sabiendo que debía ser cauteloso.

—¿Y qué pasó luego? —dijo.

—Me disparó con la Glock. Falló.

Mick siguió asintiendo, pensando en el informe de Johnny Boy en el que constaba que faltaba una bala en el cargador. Se imaginó la respuesta de Janice al disparo, el instinto de un soldado. Esperó a que siguiera, pero se había quedado callada, escrutándolo con su mirada tranquila. Él habló con un tono amable, conversacional.

—Después del disparo, ¿qué hizo usted?

—Me vine para casa.

Mick pensó en ello. Su historia aclaraba un montón de interrogantes, hasta lo de la serpiente de cascabel del cobertizo de Hack. Sabía que ella había usado la escopeta contra Hack Darvis. También sabía que jamás lo admitiría. La única prueba eran las zapatillas, circunstancial, como mucho. Podían adquirirse en el pueblo, lo que significaba que cualquiera podía tener un par. Sería imposible probar que las huellas de las fotografías eran suyas.

Otro soplo de brisa les llevó el aroma de las madreselvas. Las nubes se desplazaron y la luz se deslizó entre las copas de los árboles como a través de una gasa. Si ella confesaba, tendría que arrestarla.

—¿Qué habrías hecho tú si alguien hubiese matado a tu padre? —dijo ella.

—Mi padre bebió hasta matarse cuando yo era pequeño.

—Bueno, el mío no tuvo esa opción. —Asintió, entrelazó las manos sobre las rodillas, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Mick la observó atentamente. Él mismo había experimentado trastorno de estrés postraumático y conocía sus diversas manifestaciones, pero ella no mostraba ninguna de sus señales. Quizá se le daba bien ocultarlas. Aunque lo dudaba. Ocultar las emociones llevaba su práctica y ella, saltaba a la vista, prefería evitar a la gente.

—¿Dónde está la escopeta?

—Debajo del carrito.

Mick se preguntó si sería una artimaña, una bomba trampa que había aprendido a montar en el desierto, una granada esperando a ser activada bajo el eje.

—¿Y cómo es que la tiene ahí?

—No es que la tenga ahí. Es que la llevo siempre conmigo por si a alguien de la familia de Hack le da por presentarse un día. Te oí llegar con la camioneta y la escondí.

—¿Cómo sabía que no era un Darvis?

—Te pareces a tu hermana.

Mick se levantó, se acercó al carrito, lo rodeó despacio, buscando un posible cable de detonación. Lo reclinó. En la maleza anidaba una escopeta Savage de doble cañón. La cogió y revisó la recámara. Estaba cargada. Dejó abierto el cañón basculante, apoyado en el recodo del brazo. Janice seguía sentada en el porche, mirándolo. No se movió, y él comprendió que estaba esperando a que la arrestara.

—Investigué a Hack Darvis —dijo él—. No tiene hijos. El resto de la familia se largó.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Voy a necesitar esas zapatillas —dijo él.

Ella cogió las deportivas desgastadas y bajó con ellas al patio. Se las tendió. Él no se movió y ella las lanzó al carrito. Sin soltar la escopeta, Mick las recuperó y se encaminó hacia la camioneta.

—Oye —dijo ella.

Él se detuvo y se dio media vuelta, temiéndose que lo estuviera encañonando con una pistola. Según se le ocurrió, lo desestimó. Era una soldado. Si hubiese querido matarlo, no le habría avisado. Lo que sostenía en la mano era un trozo de madera.

—¿Qué vas a hacer? —dijo ella.

—Aún no lo sé.

Metió la escopeta y las zapatillas en la camioneta y se puso al volante. Ella no se movió. Él bajó la ventanilla y habló.

—Como se meta en otro follón, la encerraré antes de que le dé tiempo a cambiarse de bragas.

Volvió al asfalto y paró en el arcén, preguntándose si no estaría cometiendo un error. Primero Penny y ahora Janice. Esperaba no estar dejando que se fuesen de rositas solo por ser mujeres. No, él ya contaba con su cupo de mujeres soldado arrestadas. Tuvo que pelearse con un par de ellas, una lo apuñaló. Puede que solo se tratara de la vida civil, la delgada línea, la ausencia de protocolos estrictos. Hasta entonces, nunca se había cuestionado a sí mismo. Desde su renuncia, lo hacía a todas horas. Arrancó y puso rumbo al pueblo.

Si alguien hubiese matado a su abuelo, él habría hecho lo mismo. Llevado por la furia, ya contaba con unos cuantos muertos en su haber, pero eso no significaba necesariamente que fuese a engrosar la lista. Y tampoco lo creía de ella. A lo mejor es que no quería arrestar a nadie por algo que él mismo no habría dudado en hacer. Su abuelo diría que estaba rigiéndose por la ley de los cerros. Mick esperaba que fuera eso.

Capítulo 20

Joe Tiller había perdido todo lo que le importaba: asesinaron a su hermano, su mujer murió de cáncer y, en cuanto a sus hijos, uno volvió de la Guerra del Golfo en una caja y al otro lo mataron en prisión a puñaladas. A su manera, Joe se había perdido también a sí mismo al cambiar de nombre y pasarse media vida en Montana y Alaska. Ahora que había regresado al condado de Eldridge, esperaba que nadie lo reconociese. Tampoco era tan disparatado. Lucía panza, canas y una barba bastante larga. Sus brazos, antaño musculosos, se veían ahora nervudos. Tenía sesenta años, aparentaba setenta y se sentía como si ya hubiese llegado a los cien.

Había conducido cerca de ocho mil kilómetros, durmiendo en el coche o en moteles baratos. Soñaba con ser una máquina que pudiera someterse a unas cuantas operaciones de mantenimiento: desmontado, engrasado y recompuesto con piezas de recambio en un taller. El largo trayecto le había mortificado la pierna mala. Habían pasado más de veinticinco años desde que le disparó aquel crío. La bala se le alojó junto al hueso y Joe intentó sacársela insensatamente con otro disparo. Craso error, no sería el primero ni el más grave. Matar a un hombre fue el peor, y estaba empezando a pensar que volver a casa iba a ser el siguiente.

Apenas reconoció Rocksalt, solo unos edificios de la calle principal: la vieja tienda de baratillo, una iglesia y el juzgado. La calle Railroad ya no existía. Maloney's tampoco. La mitad del pueblo parecía invadida por anticuarios que vendían productos de la década de 1990: vinilos, muñecos coleccionables y cachivaches adquiridos vía teletienda. Una cosa que había aprendido: el tiempo nunca se ahorraba, o bien se recortaba o bien se estiraba más de lo necesario. Si pudiera ahorrarse de verdad, los ricos ya se habrían encargado hace tiempo de acabar con todas las existencias.

El hospital se había tragado un extremo del pueblo y la

universidad se había adueñado del otro. Acabarían encontrándose en el centro y librarían una cruenta batalla inmobiliaria. Sintió una punzada de alivio al descubrir un comercio familiar (la tienda de alimentación de Whitley) que seguía plantando cara en las afueras del pueblo. Lo recordaba mucho más grande. La distribución por dentro era la misma, con sus seis pasillos de productos básicos y una sola caja registradora junto a la puerta. Una joven con un montón de pendientes y un tatuaje que le cubría el brazo entero usó un dispositivo portátil para escanear los precios de sus adquisiciones. Le preguntó si era de la familia Whitley y ella no entendió la pregunta. Pagó en metálico, como llevaba décadas haciendo, para no dejar rastro electrónico.

Cargó con las dos bolsas de plástico llenas de víveres hasta el coche. Por costumbre, revisó los neumáticos y el aceite. Satisfecho, se subió al coche y puso rumbo al este, adentrándose en los cerros boscosos. Al cabo de unos kilómetros, se relajó. El contorno de la tierra le resultaba familiar y le ofrecía algo de consuelo. Habían enderezado dos curvas bastante jodidas, el primer buen cambio con el que se había encontrado al llegar. Se acordaba de una curva triple en S que fue causa de incontables accidentes, incluyendo el del autobús escolar que él mismo tomaba para ir al instituto. En su día fue el acontecimiento más emocionante de su vida. Ojalá siguiera siéndolo.

Desde su regreso se estaba quedando en el viejo hogar familiar; dio con él como las aves migratorias que vuelven a su viejo nido. La casa apenas se sostenía. Los postes del porche estaban podridos y el tejado se había vencido hacia delante como una trampilla. El interior era una hecatombe de latas de cerveza y colillas. Había una pipa de vidrio rota en un rincón. El hogar de su infancia convertido en un recinto para juergas de la chavalería.

Limpió rememorando el emplazamiento exacto del mobiliario: el sofá bajo la ventana, el sillón de su madre, la alfombra que perteneció a la abuela. Perito en acampadas, Joe infló un colchón de aire y lo plantó en el rincón más resguardado del salón. Se alimentaba a base de latas calentadas en un hornillo y llevó a cabo unas cuantas reparaciones básicas. La casa era una cápsula del tiempo, pero sus mejores recuerdos eran de Montana: meterse en una fuente natural de aguas termales con Botree, de eso habían

pasado ya veinticinco años. Estuvieron juntos hasta que ella murió. Al año, cargó el Wagoneer y regresó a casa. No había dejado de echar de menos Kentucky ni un solo día.

Ahora paró al pie del cerro de su familia, puso la tracción a las cuatro ruedas y reanudó la marcha. Era su cuarto Wagoneer, un vehículo ideal para las montañas de Montana y el terreno nevado de Alaska. Sus padres y su hermano estaban muertos y llevaba décadas sin hablar con su hermana. Sus sobrinos serían ya unos señores y, con un poco de suerte, les habría ido mejor que a sus hijos.

La carretera se esfumó por completo, pero él siguió adelante, sorteando retoños y árboles adultos. Aparcó, sacó la compra y entró en la casa. Un joven con el uniforme de las fuerzas del orden lo esperaba dentro con la pistola enfundada. Joe lo saludó con un movimiento de la cabeza y dejó las provisiones sobre la mesa que se había montado con desechos de madera y dos cubos. Se desplazó hasta la única silla, reparada con alambre y cinta americana. Escrutó al policía y esperó.

—Soy el sheriff del condado de Eldridge —dijo el hombre—. ¿Y usted es…?

—Joe Tiller.

—¿Me podría decir qué está haciendo aquí?

—Estoy de paso. Le pido disculpas si es su propiedad. No creo haber dañado nada. Es más, he intentado acondicionarla un poco.

—¿Por qué molestarse si está solo de paso?

—Es mi modo de ser, supongo. Hasta cuando alquilo, siempre hago algún apaño.

El sheriff señaló la caja de herramientas del rincón.

—¿Viaja con herramientas? —dijo.

—Las básicas —dijo Joe—. Un viejo hábito. Me dirijo a Florida.

—¿De dónde es usted?

—Un poco de todas partes. Sobre todo del norte.

—Vi su vehículo en el pueblo. No lleva matrícula.

—Está en el asiento de atrás. Las fijaciones se oxidaron. Aún no me he puesto con el taladro. Puedo enseñársela, si quiere.

—No, quédese aquí —dijo el sheriff—. ¿Tiene alguna identificación?

—Claro.

—Lánceme la cartera. Con calma.

Joe se sacó del bolsillo la billetera de cuero gastado. Se la lanzó a las botas sin alzar el brazo y, al impactar, levantó una nubecilla de polvo. El sheriff la recogió, sacó el permiso de conducir y lo inclinó para que incidiera la luz. Lo estudió y luego miró a Joe.

—Alaska. Está usted muy lejos de casa, señor Tiller.

—Los inviernos estaban empezando a superarme.

—Tengo entendido que llega a hacer tanto frío que los neumáticos se aplanan por las noches.

—Eso no he llegado a verlo —dijo Joe—. Pero un año estuvimos todo un mes a quince bajo cero.

—Casi todo el mundo suele llevar más cosas en la cartera.

—Yo me apaño con poco.

—Ni tarjetas de crédito, ni contacto de emergencia, ni fotos de la familia.

—Ahora mismo ando un poco escaso de todo eso.

—¿Sabe de quién es esta casa?

—La verdad es que no.

—Era la residencia de Darly y Zale Caudill. Después de su hijo y su mujer, Rupert y Aline.

Joe respiró hondo ante la mención de sus padres. Exhaló despacio y volvió a inspirar profundamente. Se había visto en peores circunstancias, aunque no por mucho tiempo. El sheriff era demasiado joven para estar al tanto de su problema en el condado de Eldridge. Alguien debía haber visto su coche y llamado a la policía. Así se hacía en los cerros: los vecinos velaban los unos por los otros, aunque viviesen a kilómetros de distancia. Probablemente una mujer mayor que vivía sola. De haberse tratado de un hombre, se habría presentado en persona.

El sheriff alzó la mirada del permiso de conducir.

—Pollo —dijo—. ¿En serio se llama así su ciudad?

—En serio.

—Tiene guasa.

—Según me contaron quisieron llamarla Tarmigán, porque por allí viven un montón de esas aves galliformes. Los viejos no sabían pronunciarlo, así que optaron por Pollo.

—¿Y dónde queda Pollo?

—En el interior. Al sudeste de Fairbanks.

—¿Cerca de Canadá?

Joe asintió. No le podía interesar menos la conversación, pero necesitaba mostrarse cooperativo, o al menos parecerlo.

—Me gustan los mapas —dijo el sheriff—. Tengo una colección inmensa. Hay quien dice que es una cosa obsoleta, irrelevante desde que existe internet. ¿Cómo vas a necesitar un mapa de papel teniéndolo todo en el teléfono? Pero yo no veo las cosas así. El día menos pensado volveremos a necesitar esos mapas. Los colecciono y los estudio. Si no recuerdo mal, Fairbanks no queda muy lejos de Canadá. ¿Verdad?

—Diría que a unas cinco o seis horas en coche. En verano. En invierno se cierran las carreteras.

—¿Y hacia dónde queda Pollo? En relación con Fairbanks, me refiero.

—Cinco horas al sudeste.

El sheriff se quedó un buen rato mirándolo fijamente, luego volvió a centrarse en el permiso de conducir. Ya de por sí de naturaleza paciente, Joe había desarrollado aún más ese temple durante los largos inviernos de Alaska. Permaneció sentado sin moverse, escuchando su propia respiración. Una mosca entró por la ventana rota, se dio un garbeo de reconocimiento y se posó en la mesa junto a las bolsas de la compra. Desde el exterior llegó el reclamo en vuelo de un pito crestado. Siempre había sido su pájaro favorito. En los viejos tiempos se conocía al dedillo su ciclo vital, pero toda esa información se había evaporado, y ahora se preguntaba qué otras cosas habría perdido por el camino. Las suficientes para haberse dejado sorprender por un polizonte.

—Le diré lo que pienso —dijo el sheriff—. Pienso que eligió Pollo porque queda cerca de Canadá en caso de tener que salir por patas. Pienso que «Joe Tiller» es un alias. Pienso que usted es Virgil Caudill. Pienso que ha venido a esta casa porque creció en ella. Y pienso que mató usted a mi primo, Billy Rodale.

—¿Qué le hace pensar que soy ese?

—Los ojos y las cejas. Y los pómulos. Puede dejarse crecer toda la barba que quiera, pero los ojos y el arco superciliar no cambian.

Joe pensó en eso. Botree llegó a sugerirle en su día que se depilase y diese otra forma a sus cejas, pero él se resistió. En Pollo estaban a salvo. Tras su muerte, no había ningún motivo para seguir

allí. Respiró hondo, dos o tres veces, dejando escapar el aire despacio y con calma. Estaba cansado y dolorido, sentado en la casa de su madre. Había llegado el momento.

—Soy Virgil Caudill —dijo.

Se le relajó todo el cuerpo, cada miembro, hasta el último músculo y tendón. Sintió un alivio celular al pronunciar su verdadero nombre por primera vez en veinticinco años. Quizá había regresado solo por eso.

—¿Esta propiedad sigue siendo de los Caudill? —preguntó.

—Según el juzgado, sí. No se ha vendido. Su hermana paga religiosamente los impuestos.

—¿Dónde está?

—En Dayton, Ohio. A su marido le salió un trabajo allí.

—Marlon —dijo Virgil—. Era un manitas. ¿Y qué fue de Abigail Trent?

—Conozco a muchos Trent, pero a esa en concreto, no.

—Será más o menos de mi edad. Puede que se casara y cambiase de apellido. Fue novia mía hace años. O eso se pensaba todo el mundo. Yo no sé qué éramos exactamente.

—¿Va armado? —dijo Johnny Boy.

—Sí. Una pistola.

—¿Qué tal si la saca lentamente y la deja en el suelo?

—No, aún no estoy preparado para eso.

Johnny Boy ajustó su postura y desabrochó la correa de la cartuchera.

—¿Cómo ha dado conmigo? —dijo Virgil.

—Le vi en tres ocasiones. Una echando gasolina en el condado de Fleming. Las otras dos en el pueblo. Miré en el motel y en las zonas de acampada. Me figuré que las únicas alternativas serían el cementerio y esta casa. Vi una *rudbeckia* todavía fresca en la tumba de su madre.

—Era su flor favorita. Con los girasoles. Los plantaba al lado. Decía que eran parientes, el pequeño y el grande.

—¿Por qué ha regresado?

—Me lo he estado preguntando desde que llegué. ¿Va a arrestarme o a matarme?

—También yo me lo estoy preguntando.

Los dos hombres se atravesaron con la mirada. Ambos

contemplaban una versión de sí mismos: el pasado y el futuro. No les gustó.

—Quiero saberlo todo —dijo Johnny Boy—. Desde entonces hasta ahora.

Virgil asintió. Su impulso fue tomarse unos minutos para amueblarlo todo en su mente, pero se dio cuenta de que no le hacía falta. Llevaba años deseando contarlo. No se esperaba que el oyente fuese un sheriff jovenzuelo de su pueblo en Kentucky, mucho menos un primo de Rodale.

—¿Cuánto tiempo lleva de sheriff? —dijo Virgil.

—Unos días. ¿Por qué?

—Parece joven para el cargo.

—Es temporal. Ahora desembuche.

—Mi hermano Boyd era un pieza de mucho cuidado por aquel entonces. Empinaba el codo y le daba fuerte al juego, era un picha brava y estrellaba coches. Boyd se hizo matar y todo el mundo sabía que había sido Rodale. Y cuando digo todo el mundo, no exagero: mi familia, todo el cerro, la mitad del condado. Y el sheriff también. Vino un día a casa y dijo que haría la vista gorda si le ocurría algo a Rodale.

—¿El sheriff Troy Johnson?

—Sí, el bueno de Troy.

—¿Por qué diría eso?

—Porque por entonces salía con mi hermana, por eso. ¿Va a hacerme más preguntas o va a dejar que se lo cuente?

—No diré nada más hasta que acabe.

—Yo trabajaba de basurero en la universidad. Con una cuadrilla de cuatro en un camión. Todos sabían lo de Boyd. Abigail, también. Todo cristo, hombres, mujeres y niños, dale que te pego con que tenía que tomar cartas en el asunto. Pero yo ni caso. Yo no soy así. Boyd sí que lo era. Si el muerto hubiese sido yo, él se habría cargado a Rodale al día siguiente. Pensé que si dejaba pasar el tiempo, la gente acabaría olvidándose, pero en estos cerros nada se olvida. Lo que hice fue agenciarme una partida de nacimiento a nombre de Joe Tiller. Di con el nombre en el cementerio, un chaval que nació el mismo año que yo, pero que murió joven. Usé la partida de nacimiento para obtener un nuevo número de la seguridad social y otro permiso de conducir. Era más fácil hacer

esas cosas en los años noventa. Me compré un coche y lo registré a nombre de Joe Tiller. Lo dejé en el aeropuerto de Cincinnati y me vine de vuelta.

Hizo una pausa, casi sin aliento. Había hablado más rápido de lo normal porque era la primera vez que no tenía que andarse con pies de plomo para no delatarse. En Alaska rara vez hablaba con la gente, y cuando lo hacía nunca tocaba temas personales, siempre se sujetaba las riendas. Tomó aliento y retomó la narración.

—Me pasé una semana acechando la casa de Rodale. Nunca asomaba el hocico. Supongo que le daría miedo salir. Habría oído las mismas habladurías que yo. Lo que hice fue adaptar el silenciador de un cortacésped para una pistola. Entré en la casa y le metí seis tiros. Luego conduje hasta el aeropuerto de Cincinnati. Dejé allí mi coche para que la gente se pensara que había cogido un avión a alguna parte. Entonces me subí al que había comprado y conduje hasta Missoula, en Montana. Allí alquilé una cabaña junto al arroyo Rock. Conocí a una mujer y me mudé a Alaska con ella. Tenía dos hijos de dos padres distintos. Vivimos unos años en las afueras de Fairbanks. La ciudad estaba creciendo a marchas forzadas, así que al final nos trasladamos a Pollo. Desde entonces residimos allí. Ella murió y yo me volví para casa.

Dejó de hablar el tiempo suficiente para que Johnny Boy comprendiese que la historia había llegado a su fin. Virgil parecía cansado a la vez que vigorizado. Johnny Boy comprendía la presión a la que se vio sometido para vengar a su hermano. Él había heredado una ira similar hacia la rama de los Caudill a la que pertenecía Virgil.

—Veinticinco años viviendo allí arriba —dijo Johnny Boy—. ¿A qué se ha dedicado todo este tiempo?

—A cazar y a pescar. Y a cortar leños, los fraccionaba y los almacenaba. Leí un montón.

—¿Cómo conseguía los libros?

—En la biblioteca. En Alaska te los mandan por correo.

—¿Sacó algo de sus lecturas?

—Ya lo creo. Los humanos son los únicos animales que matan por represalia. Lo llevan haciendo desde que el mundo es mundo. Lo que significa que todos descendemos de asesinos vengativos. Lo llevamos dentro. Somos una caterva de revanchistas.

—No todos.

Virgil se movió como si la enclenque silla de madera le estuviese importunando la zona lumbar.

—Usted sí —dijo Virgil—. Por eso está aquí.

—No. Estoy aquí para arrestarlo por asesinato.

Capítulo 21

Mick estaba ya casi en el pueblo cuando el gorjeo del teléfono le avisó de que tenía un mensaje. Solía llevarlo apagado y guardado en la guantera, pero desde que Linda estaba hospitalizada lo tenía siempre a mano. El sonido le hizo dar un respingo, lo primero que pensó fue que su hermana había empeorado. Paró para leerlo, era un mensaje de texto de Johnny Boy.

SOS. Antigua residencia de los Caudill. Ya.

Dio media vuelta y volvió por donde había venido. Conocía la ubicación desde hacía un par de años. El crepúsculo estaba transformando los cerros en montículos oscuros a ambos lados de la carretera, y unas cuantas estrellas de avanzadilla moteaban el cielo como una leve escarcha sobre el pasto endurecido. Se dirigió hacia el este y se metió por una carretera estrecha de asfalto hasta dar con los vestigios de un camino de tierra. El terreno era demasiado abrupto para la tracción trasera. Aparcó y subió la pendiente empuñando la linterna y la pistola. Lo primero que vio fue el tejado oscuro, luego el Jeep Wagoneer estacionado delante de la casa. Se adentró un poco en el bosque y la rodeó, el SUV enorme del sheriff estaba aparcado en la parte de atrás. Al llegar a la fachada vio que había un hombre sentado en los escalones rotos. Alzó la Beretta y rompió el silencio desde la densa sombra de un roble.

—Quieto ahí —dijo Mick—. Las manos al frente.

—Soy yo —dijo Johnny Boy.

Mick emergió a la débil luz de la luna.

—¿Estás bien? —preguntó.

—La verdad es que no —dijo Johnny Boy.

Señaló hacia atrás con la mano. Mick subió al porche y entró en la casa. Había un hombre tendido en el suelo junto a una silla,

encharcado en sangre y con una pistola junto a la mano. Mick le presionó la carótida con dos dedos. Volvió al exterior. Johnny Boy seguía sentado de cara al bosque.

—¿No hay nadie más? —preguntó Mick.

—No.

—¿Lo encontraste así?

Johnny Boy sacudió la cabeza lentamente. Un jirón de nube se desprendió dejando la luna al descubierto. La luz se intensificó. Mick siguió escrutando los alrededores sin perder a Johnny Boy de vista. Incluso en las sombras crudas de la noche tenía mal aspecto, como si se estuviese recuperando de una larga enfermedad. Mick suavizó el tono de voz.

—¿Quién era ese, Johnny Boy?

—Virgil Caudill. Vine a arrestarlo.

—¿Se resistió?

—Puede ser. Un poco.

—¿Qué pasó?

—Sacó un arma. Yo desenfundé. No llegó a disparar. Pudo haberlo hecho. Volvió el pecho hacia mí como si quisiera ofrecerme una diana más fácil. Sonreía un poco. Le disparé dos veces. No tuve por qué.

—Tenía un arma en la mano —dijo Mick.

—No iba a dispararme. Lo supe, pero lo maté de todos modos. Ojalá no lo hubiese hecho.

—Eso está muy bien —dijo Mick—. Es lo que se supone que hay que sentir, siempre que te funcione bien el cerebro.

Johnny Boy dejó su arma y la placa en los escalones.

—Ahora el sheriff eres tú —dijo—. Renuncio. Tienes que arrestarme.

—No.

—Lo he matado.

Mick se guardó la Beretta y se sentó a su lado.

—Disparaste a un sospechoso que iba armado —dijo Mick.

—Tienes que encerrarme.

—En el condado de Eldridge te conoce todo el mundo, ¿no? Puedes hablar con cualquiera cuando sea y sobre lo que sea. Eso es insólito en un agente de la ley. Y eso es lo que hace que seas tan bueno. ¿Me oyes?

Johnny Boy se encogió de hombros y asintió.

—Si acabas en prisión, ya puedes ir olvidándote de todo eso —dijo Mick—. No serás más que un poli entre rejas. Y allí dentro odian a los polis. Te violarán y luego te matarán.

La desdicha de Johnny Boy brotaba en oleadas, el flujo y reflujo de la culpa y la pesadumbre. Mick lo había experimentado en carne propia varias veces. No había cura. Lo había intentado todo: whisky, sexo, soledad, juego y drogas. O te las apañabas para dar con un modo de aceptar las cosas, o las cosas acababan destruyéndote. Johnny Boy estaba a punto de emprender uno de esos dos caminos.

—Ese Caudill de ahí atrás —dijo Mick—. ¿Por qué se le buscaba?

—Homicidio. Se sentó en la silla y lo admitió.

—Según yo lo veo, se te plantean tres opciones. Puedes huir. Puedes ir a la cárcel. O puedes contarle a la estatal lo que ha sucedido. Se abrirá una investigación, pero quedarás limpio.

—¿Seguro?

—Disparaste a un fugitivo que te sacó un arma.

—En la casa de su familia.

—¿Esto? —dijo Mick.

—Creció aquí. Lo he matado en su propiedad. No quiero que todo el mundo se entere.

El atisbo de una solución comenzó a germinar en la mente de Mick, luego reculó, pero dejó suficiente rastro para considerarlo. Le dio unas cuantas vueltas. La idea era como un iceberg del que solo se veía el diez por ciento. Comenzó a aflorar otro pensamiento, y luego otro.

Un cárabo emitió su prolongado reclamo: «*Who cooks for you, who cooks for you all?*».[10] A lo que siguió un gorjeo, como un español sumergido haciendo rodar las erres. Era un reclamo territorial y Mick aguardó a que le respondiera otro desde más lejos. En lugar de luchar, los cárabos proclamaban su presencia y respetaban el espacio del otro. Reservaban sus dotes asesinas para sus presas, que nunca se les escapaban.

—¿Tienes pasaporte? —dijo Mick.

—Sí. Nunca lo he usado. Con mi última novia nos íbamos a ir a México. Rompimos. Me costó ciento diez dólares. Dinero tirado a la

basura. Ahora he tirado a la basura todo. Mi puta vida entera.

La luna se había alzado hasta situarse casi sobre sus cabezas, iluminaba el terreno y resplandecía sobre el Wagoneer. La idea de Mick era sencilla. El principal obstáculo era Johnny Boy, su culpa y su sentido de la responsabilidad.

—Tengo un amigo de un pueblo minero de Gales —dijo Mick—. Sebastien, estaba en el SAS, el Servicio Aéreo de las Fuerzas Especiales del Ejército británico, luego se enroló en la Legión Extranjera Francesa. Si estás en la Legión y resultas herido, pasas a ser considerado automáticamente ciudadano francés. Fue lo que le pasó, y se mudó a Córcega. ¿Sabes dónde está?

—Es una isla del Mediterráneo.

—Se suponía que yo tenía que estar allí ahora, pero no ha podido ser por lo de Linda. Me alquiló una casa de dos habitaciones, pagué por adelantado seis meses. Puedes ir.

—No pienso huir.

—Puedes fiarte de Sebastien. Puedes hablar con él cuando lo necesites. Y si no quieres hablar, pues también perfecto. Sebastien es parco en palabras. Yo me ocuparé aquí de todo.

—¿De qué todo?

—De todo el pifostio. No te implicaré. Y cuando te sientas preparado, te vuelves. Y quiero decir preparado de verdad. No solo nostálgico, sino preparado para volver a ser el ayudante del sheriff. Linda se recuperará y te necesitará.

—Si huyo, todo el mundo sabrá que maté a Caudill. Eso es lo que me impide irme.

—Diré que fui yo.

—¿Por qué?

—Porque estás metido en un aprieto y yo puedo ayudarte.

—¿Y ya está?

—Y ya está. Si uno no ayuda cuando puede, es posible que no haya nadie que lo ayude a uno cuando lo necesite.

Johnny Boy hundió la mirada en la oscuridad del bosque. Una breve ráfaga de viento hizo que las hojas se frotasen entre sí, produciendo un sonido tan suave como el terciopelo. Una cigarra emitió un chirrido tentativo, como para anunciar a su hermandad que no había peligro. Al momento, llenaron el aire con su concierto, ascendente y descendente, similar a un oleaje distante.

Johnny Boy dejó escapar un suspiro largo y brusco.

—Vale —dijo.

Mick entró en la casa y recuperó la pistola del muerto. De nuevo fuera, Johnny Boy le entregó la placa y el arma.

—¿El arma es tuya o del condado? —dijo Mick.

—Mía.

—Bien. ¿Estás bien para conducir?

Johnny Boy asintió.

—Sígueme hasta tu casa.

Regresaron sin apresurarse al pueblo, formando un convoy de dos. A Mick le sorprendió la decoración espartana del apartamento: ni sofá, ni mesa de centro, una butaca solitaria, reclinable, con una lámpara orientada para iluminar por encima del hombro izquierdo. Estanterías abarrotadas del suelo al techo en todas las paredes, ordenadas por temas y por orden alfabético de autor. Lo más sorprendente, una esterilla de yoga desenrollada en el suelo.

Mientras Johnny Boy se duchaba y hacía el equipaje, Mick le reservó un vuelo al aeropuerto de Bastia-Poretta, en Córcega. Envió un texto cifrado a un número internacional que acabaría abriéndose paso hasta Sebastien. Borró el texto de SOS de Johnny Boy. Al cabo de veinte minutos, Johnny Boy entró en el salón con una maleta. Mick nunca lo había visto vestido de civil, con los vaqueros, las botas y la camisa de faena habituales de los cerros.

—No lo tengo muy claro —dijo Johnny Boy.

—Pensarse las cosas dos veces es buena señal. Significa que le estás dando vueltas al asunto, que no te limitas a reaccionar. Eso es lo que estabas haciendo en casa de los Caudill. Estabas dispuesto a ir a prisión. Ahora la alternativa es Francia.

—¿Esto se acaba pasando?

—¿La sensación? No. Se queda. Se va haciendo más fácil de manejar, pero siempre estará contigo. De lo contrario, serías un psicópata. Tenemos que irnos. ¿Llevas el pasaporte?

—Sí.

Mick se sacó de la cartera cuatrocientos dólares.

—Toma esto. No uses la tarjeta de crédito. Si te quedas sin dinero, Sebastien te prestará lo que sea. Haremos cuentas cuando vuelvas.

—¿Y el billete?

—Está pagado. Ya me lo devolverás. Ahora mismo, lo que tienes que hacer es escribirles una carta a Sandra y a Linda. Una carta, no un correo electrónico. Te das de baja temporal por un asunto familiar.

—¿Qué clase de asunto?

—Médico, es lo mejor. Eso nunca se cuestiona. ¿Tienes algún primo que viva muy lejos?

—En Muncie, Indiana.

—Eso valdrá.

—¿Algo más?

—Sí. Me llamas al móvil. Te lo cojo. Esperas treinta segundos y cuelgas.

Johnny Boy asintió e hizo la llamada. Mick la cogió y aguardaron mirándose en silencio, contando mentalmente los segundos. Johnny Boy colgó.

—¿Y ahora? —dijo Johnny Boy.

—Deja el teléfono aquí. Si lo usas, te localizará en Córcega y se vendrá abajo todo el tinglado. Ahora ponte a escribir la carta.

—Joder, has pensado en todo, ¿no?

—Sí —dijo Mick—. Debería haberme dedicado al crimen.

—¿Como Virgil Caudill? ¿Como yo?

—¿Él planeó el asesinato de tu primo?

—Eso dijo. Adaptó el silenciador de un cortacésped para su pistola.

—Pues ahí tienes la diferencia, Johnny Boy. Tú no planeaste nada. Fuiste a arrestarlo y él te sacó un arma. Va, mueve el culo, la carta.

El trayecto hasta el aeropuerto Blue Grass de Lexington les llevó más de dos horas, Mick se mantuvo en todo momento ocho kilómetros por debajo del límite de velocidad. Un control rutinario revelaría el contenido de su bolso de campaña, aún lleno de material de combate, tres armas utilizadas en homicidios y la pistola de Caudill. Johnny Boy iba casi inmóvil, mirando por la ventanilla, de vez en cuando gruñía para sus adentros y meneaba la cabeza.

—Tu coche —dijo Mick—. Si te has ido a Muncie, no puede estar. Dame las llaves.

Johnny Boy se sacó del bolsillo cuatro llaves enganchadas a una

pata de conejo andrajosa, los huesos atravesaban el pellejo en varios puntos.

—Coche, apartamento y las dos del curro.

—¿Hace cuánto que llevas esa pata de conejo?

—Me la regaló mi abuelo cuando cumplí los doce. Yo quería una navaja. Pero me dijo que la suerte me iba a hacer mucha más falta.

Avanzaron en la noche bajo un cielo sin estrellas. Los cerros fueron menguando gradualmente hasta configurar el terreno ondulante del condado de Fayette, con sus cercas blancas destellando a la luz de los faros. Mick bajó tres centímetros la ventanilla para que el viento le diese en la cara y lo espabilase. Tomó la salida de la New Circle, la carretera de circunvalación de Lexington, se metió en el bulevar Man O' War y giró en la entrada del aeropuerto de Terminal Drive. Aparcó en la zona de salidas. Johnny Boy no se movió.

—No me gusta huir —dijo Johnny Boy.

—No huyes, estás siendo inteligente.

—¿Lo estás siendo tú?

—No lo sé —dijo Mick—. Tengo que regresar y ver cómo anda Linda.

Johnny Boy se bajó de la camioneta y sacó su equipaje de la trasera. Rodeó la cabina hasta la ventanilla de Mick.

—Gracias, Mick —dijo.

Mick asintió y observó a Johnny Boy dirigirse a un futuro que no podía entender. Dejando a un lado el idioma, vivir en una isla se parecía mucho a vivir en el condado de Eldridge, cercado por el mar en lugar de por los cerros. Sintió una pizca de envidia.

Arrancó y se puso en marcha. El aeropuerto estaba al lado del hipódromo de Keeneland. Los purasangre tenían a los veterinarios permanentemente encima, la mejor alimentación disponible y establos con aire acondicionado. Se le ocurrió pensar que la vida de un caballo en Lexington era mejor que la que esperaba a Johnny Boy en Córcega.

Capítulo 22

Mick cruzó Rocksalt y salió del condado por una carretera sinuosa que discurría bajo un dosel de ramas hasta el lago Sand Plank Pay. Sacó la pistola de Virgil Caudill de la talega, se acercó a la orilla y la lanzó al lago. Apenas salpicó. En cuestión de segundos, la superficie volvió a aparecer lisa y plácida a la luz de la luna. Ya se había deshecho allí de otras armas hacía dos años, por una más no pasaría nada. Otro hueso no iba a arruinar el estofado.

Regresó al condado de Eldridge y se metió por el descuidado camino de acceso de los Caudill. No había huellas nuevas. En la casa, el muerto permanecía imperturbable. Las moscas ya habían dado con él. Mick las espantó con la mano, un empeño inútil. Volvió a la camioneta y metió la Beretta en la guantera. Limpió concienzudamente la pistola de Johnny Boy y luego la sobeteó con ambas manos. Tiró de la corredera un par de veces, asegurándose de dejar huellas y que pareciera que llevaba tiempo utilizándola. Disparó al bosque y se la guardó en el bolsillo de atrás.

Ya solo quedaba ocuparse del arma de Gowan, el enorme revólver calibre 45 que le había requisado a Penny en Detroit. Lo limpió con mucho esmero, luego descargó las cuatro balas y las limpió una a una antes de reinsertarlas en el tambor. Sirviéndose de una camiseta vieja que había debajo del asiento del acompañante, hizo lo propio con la escopeta de Hack Darvis, poniendo especial atención en el cilindro. Quería eliminar cualquier huella dactilar latente que hubiese podido dejar Janice Lowe, o él mismo.

En la casa, se agachó junto al cadáver y le plantó el guardamanos de la escopeta en la mano izquierda, que ya estaba empezando a agarrotarse. La derecha se la apretujó contra la empuñadura y el gatillo, luego apoyó cuidadosamente la escopeta contra una pared. Acto seguido, insertó el índice de la mano derecha de Caudill en el guardamonte del 45 de Gowan. Apartó la

cabeza y disparó a la pared. El sonido reverberó en la reducida estancia. Dejó caer la mano del muerto. Todo el montaje era bastante tosco y sabía que no soportaría un escrutinio minucioso, pero no le dedicarían mucho tiempo. La evidencia hablaría por sí misma.

El único punto flaco del plan era el *rigor mortis* y la hora de la muerte. Marquis enviaría el cuerpo a Lexington para un examen forense completo. Pero Mick pensaba que la resolución de tres casos de homicidio, más el del intento de ventilarse a un agente de la ley, aceleraría las cosas. Sobre todo si el jefe Logan llegaba a la conclusión lógica que Mick le había acondicionado.

Calculó que dispondría de unas quince horas antes de que la carta de Johnny Boy llegara a la oficina del sheriff. Volvió a la camioneta, puso la alarma del móvil para que sonara al cabo de siete horas y se echó a dormir. Cuando se despertó, ya era de día. Hizo una serie de llamadas: a la policía de Rocksalt, a una ambulancia y a Sandra, a la centralita. Se sentó en los escalones del porche con la pistola de Johnny Boy en el regazo, y procuró relajarse hasta que llegasen.

Diez horas más tarde estaba sentado en la comisaría de Rocksalt con el jefe Logan y el teniente Fred Sanders, del equipo de respuesta crítica de la policía estatal. Sanders comparecía debido a su experiencia en casos de tiroteos con agentes implicados. Era alto y delgado, con hombros anchos que parecían trasplantados de otro espécimen. Tras ocho años en la Marina, Sanders se había metido en la estatal y había ascendido de la noche a la mañana de simple agente a teniente. Como exmiembro de la Marina, tenía prejuicios contra Mick, y llevaba horas dejándoselo bastante claro. Mick se preguntaba si se trataría de algo más personal que la consabida rivalidad entre el Ejército y la Marina.

Estaban sentados en torno a una mesa con puertos de ordenador en el centro y una grabadora. Mick llevaba una camiseta que le quedaba holgada, había tenido que entregar su camisa para el examen de residuos de pólvora. También la pistola de Johnny Boy, declarando que era suya. Después de renunciar a su derecho a un abogado, les contó la misma historia diez veces. Mick había interrogado a bastantes sospechosos como para saber qué tenía que hacer y, más importante aún, qué no, como por ejemplo echar mano

de las mismas frases cada vez, como si las hubiera memorizado. Introdujo deliberadamente pequeñas variaciones en la secuencia de los hechos y en la descripción de los detalles. Sanders registró cada discrepancia. De haber estado en su lugar, Mick habría hecho lo mismo, porque todo aquel asunto apestaba.

El interrogatorio estaba llegando a su fin, pero Mick seguía necesitando dejar cubiertos un par de detalles y tenía que esperar a que alguien los sacara a la luz. Estaba prolongando la conversación para darles tiempo a hacerlo. Llamaron a la puerta y el agente Dixon se asomó. Le hizo un gesto al jefe Logan para que saliera. El teniente Sanders apagó la grabadora.

—Todo parece en orden, de momento —dijo—. Cuadra.

Mick asintió. En el curso de los interrogatorios para la División de Investigación Criminal, paraba la cinta, pero dejaba correr una auxiliar. Esa artimaña le permitió obtener pruebas cruciales que incriminaron a dos homicidas.

—¿Necesitas algo? —preguntó Sanders—. ¿Fumar o ir al cuarto de baño?

Mick sacudió la cabeza.

—¿Llamar a alguien?

Mick frunció el entrecejo como si se lo estuviese pensando. Sanders había tropezado inadvertidamente con una de las cuestiones que Mick quería dejar zanjadas, pero sin Logan presente y la grabadora apagada, le entró la duda. La puerta se abrió y Logan regresó. El teniente Sanders accionó el botón de la grabadora. Cuando la máquina comenzó a zumbar, Logan tomó la palabra.

—El hombre al que disparaste es Joe Tiller, de Alaska. Por aquí no tenemos registro de él, lo que resulta bastante inusual. Nada de nada. Su coche estaba registrado a nombre de Botree Smith, nacida en Montana, su pareja de hecho, fallecida hará cosa de un año. Y aquí es donde la cosa se pone interesante. Las huellas dactilares de Tiller coinciden con las de un habitante del condado de Eldridge que estuvo en busca y captura para ser interrogado hace veinticinco años. Virgil Caudill.

—¿Interrogado por qué? —preguntó Sanders.

—Homicidio. La víctima fue Billy Rodale. En aquel entonces era el principal sospechoso del asesinato del hermano de Virgil, Boyd Caudill. Alguien mató a Rodale. Al poco tiempo, Virgil desapareció.

—¿También se lo cargaron? —dijo Sanders.

—El sheriff no lo cree. Hay más. Otra coincidencia con el cuarenta y cinco que tenía Tiller. El mismo que se utilizó contra Leo Gowan y Linda. Hay huellas dactilares suyas tanto en el revólver como en la escopeta. A Hack Darvis y a Pete Lowe los mataron a corta distancia y con el mismo calibre.

Mick observó las caras de los dos hombres mientras procesaban la información y armaban el relato en sus cabezas. Sabía las preguntas que harían.

—A ver si lo he entendido —dijo Sanders—. Caudill mató a Rodale hace veintitantos años. Se cambió de nombre y huyó a Alaska. Entonces, la semana pasada se presentó aquí y la lio parda. ¿Por qué?

—Sabe Dios —dijo Logan—. Lo mismo estaba pirado. Lo mismo se lo ordenaron los marcianos.

Sanders dirigió la mirada a Mick.

—¿Alguna conexión con tu familia?

—Podría ser —dijo Mick—. Aquí los Caudill crecen como setas. Ricos y pobres. Urbanos y de los valles. No sé a cuántos conocerá Linda. De la docena seguro que no bajan.

—¿Y casualmente vas tú y te cargas al hombre que disparó a tu hermana?

—En ese momento no sabía que era él.

—¿Por qué andabas buscándolo?

—Ya os lo he dicho —dijo Mick—. Me llamó Johnny Boy. Me dijo que había visto un Wagoneer sin matrícula. No conocía ese vehículo y le pareció sospechoso.

—¿Por qué no se encargó él en persona?

—No me lo dijo y no se lo pregunté.

—¿Respetar la cadena de mando? —dijo Sanders—. ¿No cuestionar a un superior? ¿Protocolo militar?

—No había nada que cuestionar. Me contó lo del Wagoneer y yo lo vi luego en el pueblo. Lo seguí por la 60 hasta un desvío. Esperé en la carretera principal un par de horas. El Wagoneer salió y yo subí hasta allí.

—¿Por qué esperaste? —dijo Sanders.

—No sabía a quién iba a encontrarme ni qué. Estaba solo.

—¿Así se hace en el ejército? —dijo Sanders—. ¿A cubierto y

con cuidado?

—Ni por asomo —dijo Mick—. Así lo hago yo. Lo aprendí por las malas.

—¿Y qué encontraste?

—No había nadie. Pero parecía que alguien estaba acampando en la casa. Así que me quedé a esperar.

—¿Y qué pasó luego?

—El Wagoneer regresó. El conductor entró en la casa. Me identifiqué como el ayudante del sheriff. Sacó un arma y me disparó. Yo hice lo mismo.

Alguien golpeó la puerta dos veces. Se abrió, entró el agente Dixon, le entregó un papel al jefe Logan y salió. Logan lo leyó y se lo pasó al policía estatal. Los dos miraron a Mick, que permanecía impertérrito.

—Tu teléfono —dijo Sanders—. Déjame verlo.

—No hace falta —dijo Logan.

—Por mí no hay problema —dijo Mick—. Todo lo que pueda resultar de ayuda.

Desbloqueó el teléfono y lo deslizó sobre la mesa. El policía estatal comprobó el registro de llamadas, seguidamente los mensajes.

—Ningún mensaje —dijo Sanders—. ¿Los has borrado?

—No los uso.

—¿Cosa tuya o del ejército?

—No tengo a quién mandárselos —dijo Mick.

—¿Qué buscas? —dijo Logan.

—Está la llamada entrante del sheriff Tolliver a propósito del Wagoneer. De anoche. Luego una saliente a emergencias. Acto seguido, Hardin te llamó a ti, Chet. Y después nada.

Mick asintió, aliviado. La secuencia de llamadas verificaría la línea temporal.

Logan golpeteó el papel que había traído el agente Dixon.

—Sandra nos ha remitido esto —dijo Logan—. Es una carta de Johnny Boy. Se ha cogido una baja por emergencia médica. Tiene que irse a Indiana. Sus riñones son compatibles con los de un primo que ha tenido un accidente.

—¿Por qué? —dijo Mick—. Pensaba que se podía vivir perfectamente con uno.

—Ha perdido uno y tiene el otro dañado. Te nombró ayudante cuando dispararon a Linda. ¿Correcto?

Mick asintió.

—Eso significa que ahora eres el sheriff —dijo Logan.

—No me interesa.

—Si no lo aceptas, el alcalde y el juez se juntarán para nombrar a uno nuevo hasta que sean las próximas elecciones.

—O Linda volverá a asumir el cargo —dijo Mick.

—Sí, y tú puedes mantenérselo hasta que vuelva. Esos políticos se lo darán a dedo a quien más les convenga. ¿Quién sabe? Podría apropiarse del cargo.

—Yo no puedo —dijo Mick—. Estoy bajo investigación.

—Creo que con las huellas y el arma ya no. Caudill se metió en una especie de vorágine sangrienta y tú le pusiste freno.

El jefe Logan miró a Sanders.

—¿Tú cómo lo ves, Fred?

Sanders se había quedado mirando la colección enmarcada de parches de los distintos departamentos de policía. Se mordió los carrillos y puso una expresión de disgusto resignado.

—Los políticos apestan —dijo—. Y sí, meterán a su esbirrillo. Solo les beneficiará a ellos. Ni puta gracia me hace, pero va a ser lo mejor.

Sanders miró fijamente a Mick, como retándolo a que hiciera algún comentario. Mick comprendió que estaba frustrado y cabreado.

—Necesitarás un ayudante —dijo Logan—. ¿Se te ocurre alguien?

Mick asintió, mirando a Sanders.

—¿Por qué no tú, Fred?

La tensión que llevaba un rato cociéndose en la sala estalló de repente, como si una explosión hubiese succionado el oxígeno. El cuerpo de Mick se relajó por sí mismo, puro instinto de combate. Respiró pausadamente, en actitud de defensa. Estaba desarmado, pero disponía de unos cuantos objetos a su alcance: un bolígrafo, una lámpara, una taza de café. La patilla de plástico de las gafas de Logan. Todas las opciones se le presentaron en cuestión de milisegundos. Se decantaría por una u otra dependiendo de por dónde le viniera el ataque: por encima de la mesa o por un costado.

Sanders le sostuvo la mirada sin pestañear. Se estaba poniendo colorado. Los ojos se le estrecharon y Mick supo que estaba a punto de saltar. A su alrededor se difuminó todo, salvo el enemigo. El mundo estaba sumergido, haciendo que todo se ralentizase menos él. Mick era el pez más veloz del océano.

De repente, Sanders estalló en carcajadas. Resonaron por las paredes y el techo hasta que se quedó sin fuelle, y luego volvió a empezar. Logan se le unió. Sus carcajadas remitieron hasta convertirse en una risilla floja que duró hasta que Logan dijo: «¿Por qué no tú, Fred?». A los dos les volvió a entrar la risa fuerte, y Mick no pudo evitar contagiarse, sorprendiéndose a sí mismo. No se acordaba de cuándo había sido la última vez que algo le resultaba tan desternillante. Aquello tampoco es que lo fuese. Era una liberación, lo más cerca que había estado de llorar por su hermana.

Capítulo 23

Mick se despertó en casa de Linda, tendido bocarriba, una postura que había empezado a adoptar hacía veinte años, en el campamento militar. En el suelo estaban sus botas de cremallera lateral y la Beretta. Parpadeó un par de veces, respiró hondo y se espabiló del todo. Se levantó, se vistió y puso agua a hervir para el café. Se lo tomó en la misma mesa en la que comía cuando era pequeño. Lavó la taza en el mismo fregadero. Hasta puede que el agua fuese la misma. Había leído en alguna parte que la Tierra tenía una cantidad de agua limitada que se perpetuaba en un ciclo permanente de evaporación y lluvia. Quizá el café estaba hecho con el agua de un baño que se había dado en algún momento del pasado.

Su teléfono vibró. Era una fotografía de un tomate rojo que sabía que había estado rebotando por Europa y Estados Unidos antes de llegar a su teléfono. Significaba que estaba a punto de llegarle una segunda imagen procedente de Sebastien. A los treinta segundos le llegó, en efecto, la cara de un zorro, eso quería decir que Johnny Boy ya estaba en Córcega. Mick se preguntó cuánto tiempo se quedaría. Había visto hombres fuertes desmoronados después de matar a alguien, y hombres silenciosos que se convertían en infatigables parlanchines. Otros desaparecían del mapa, como Sebastien. Un pequeño porcentaje se las ingeniaba para llevar una vida decente y, solo una vez muertos, la gente se enteraba de su lúgubre pasado. A saber por dónde les saldría Johnny Boy.

Mick recorrió a pie el kilómetro que lo separaba de la casa de Johnny Boy en la otra punta del pueblo. Su vehículo personal estaba aparcado en el patio, un Chrysler 200 con poco kilometraje. Si ocultaba el coche, acabarían encontrándolo y levantaría sospechas. Podía falsificar la firma de Johnny Boy que constaba en el título y venderlo fuera del estado, pero eso dejaría un rastro. Deshacerse completamente del coche era la opción más segura.

Mick condujo hacia el sur del pueblo por la vieja 1274 hasta el lago Cave Run. El punto de acceso más remoto era por Claylick Boat Ramp, que daba a un foso bastante profundo junto a la orilla. Antes de que lo habilitaran, él había ido a nadar allí de niño, saltando desde el acantilado. Recorrió un camino de tierra invadido por la maleza hasta la cima del acantilado y aparcó. Quitó la tira del número de chasis, vació la guantera y bajó las ventanillas. Buscó por el bosque un trozo robusto de nogal. Estaba plagado de troncos quebradizos, pero al final dio con una rama grande partida por un rayo. La calzó entre el acelerador y el asiento del conductor. No encajó del todo a su gusto, pero solo tenía que aguantar unos segundos. Puso el freno de mano y giró la llave de contacto. El motor cobró vida, tirando del freno como un animal enlazado. Usó otro palo para soltar el freno y vio cómo el coche arremetía como una bala de cañón y se precipitaba al lago. Se meció un par de veces en la superficie y se hundió, yendo a parar al pueblo de Yale, inundado cuando construyeron la presa en los años setenta.

Mick regresó a pie a la carretera de asfalto, llamó a Albin, el taxista, y le pidió que fuera a recogerlo a la rampa de botes. A la media hora, llegó Albin con su habitual jovialidad. Mick lo calló con la mirada, le dijo que tenía un resacón de tres pares de cojones y aludió vagamente a un rollete romántico que al final le había salido rana. Albin asintió con una sonrisa y lo llevó al hospital.

Juan Carlos y Raymond estaban en la habitación de Linda, lo que indicaba que habían levantado el límite de un solo visitante por enfermo, buena señal. Linda estaba un poco grogui por la medicación. J. C. le estaba cortando un burrito en pedacitos.

—¿Qué te cuentas, hermano mayor? —dijo Linda—. Ya me he enterado de todo por Chet y Sandra. Eres el gran héroe del momento.

—Solo hasta que tú te reincorpores.

—O hasta que vuelva Johnny Boy —dijo ella—. ¿Adónde se largó? ¿A Indianapolis?

—A Muncie. Al nordeste de Indianapolis.

—No necesito que me des una puta lección de geografía.

—¿Y qué es lo que necesitas que te dé, hermanita?

—Una puta pierna que funcione.

—Oye —dijo Juan Carlos—. No vas a poder hablar así si te vas a

venir a vivir con nosotros. Mamá Shifty no tolera ese tipo de lenguaje. Y yo tampoco.

Mick miró a Raymond, que se encogió de hombros.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Mick.

—Nos la llevamos a casa para repararla —dijo Juan Carlos.

—Gracias —dijo Mick—. Linda, ¿te importa que me instale en tu casa?

—Perfecto —dijo ella—. Quédate mi trabajo y mi casa. Me he enterado de que ayer conociste a un amiguete mío. Fred Sanders.

—No me digas que es el motivo por el que cambiaste las cerraduras.

—Tal cual.

—No me extraña que me tuviese tirria.

Linda masticó y se tragó un trocito infinitesimal de burrito, luego sorbió un poco de agua con una pajita flexible.

—¿Caudill llegó a decir algo? —preguntó ella.

—Ni mu.

—Un pirado, supongo.

Mick asintió. Linda alzó la mano para indicar que no quería seguir comiendo, posó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Mick se dirigió hacia la puerta y Raymond lo siguió. Se quedaron en el pasillo esperando a que se alejara una enfermera.

—¿Qué pasó en realidad? —preguntó Raymond.

—Es largo de contar. Ya habrá tiempo. Así que vas a cuidar a Linda…

—Es cosa de mamá y J. C.

—Me vendría bien un ayudante.

—Ni lo sueñes.

—¿Sin más?

—Tengo un camión de comidas del que ocuparme.

—Vale, amigo. Gracias por haberte quedado estos días con ella.

Raymond dejó caer levemente la barbilla en gesto de conformidad. Mick le dijo a su hermana que volvería en un rato y se fue. Desde la camioneta llamó a Sandra y le preguntó si conocía al agente Dixon.

—Conozco a su hermana —dijo ella—. Buena familia.

—Háblame de él.

—Dixon, Joseph Taulbee. Veinticinco años. Estudió

criminología. Segunda mejor nota de su clase. Estuvo en la reserva militar, pero nunca lo llamaron a filas. A Chet le gusta.

—Veo que lo conoces muy bien.

—¿Por qué lo dices, sheriff? ¿Te estás poniendo celosillo?

—Necesito un ayudante.

—¿Y Ray-Ray?

—Ya me ha dicho que no.

—Insiste —dijo ella.

—¿Por qué?

—Entre tú y yo, está harto del camión de tacos. Solo lo hizo para proteger a Juan Carlos. Pero al final ha resultado que a todo el mundo le cae mejor que él.

Mick asintió y colgó. A los dos kilómetros se dio cuenta de que no se había despedido. La vida de civil estaba sembrada de inconvenientes. Se preguntó si la decisión de retirarse no habría sido prematura. Para nada, solo necesitaba reencontrarse con la vida civil. O a lo mejor era al revés: la gente del condado de Eldridge necesitaba acostumbrarse a él.

Mick sacudió la cabeza para desdecirse. Se trataba de Sandra, no de los civiles. Su impulso de agradar a las mujeres era una tara, porque no se le daba nada bien. Hacía diez años, su mujer tuvo una depresión. Se pasaba todo el día tirada en el sofá. Su solución fue comprarle el mejor sofá que había en el mercado: de cuero rojo con reposabrazos inclinados, ideales para apoyar la cabeza. En lugar de ayudarla, lo que hizo fue prolongar su depresión, y ahora estaba divorciado, claro. Volvió a sacudir la cabeza para dejar de pensar. Había aumentado la intensidad de su concentración, dejando que su mente se llenase de imágenes sepultadas. El sofá rojo. Su mujer triste.

Quería whisky, pero necesitaba bosque. Mick recorrió una ruta llena de curvas, atajando por caminos de tierra, hasta llegar a las tierras de su abuelo. Aparcó al pie del cerro. Ascendió como cuando era niño, sin prisa y en silencio. Al coronar la cima oyó el reclamo tempranero de una torcaza. Se detuvo para acecharla. Su abuelo las adoraba. Cultivaba mijo solo para dar de comer a las palomas y hasta llegó a adiestrar a una para que comiera de su mano.

Pasó por delante de la cabaña carbonizada y se adentró en el bosque. Enseguida lo embargó una sensación de calma. Conocía

cada árbol. Las aves habían enmudecido con su irrupción, pero volvieron a manifestarse poco a poco, rodeándolo, como dándole la bienvenida. Avanzó sin titubeos hasta el lugar favorito de su abuelo, y luego un poco más, hasta el suyo. Solían ir allí a pensar. A veces juntos, otras solos. Nunca hablaban. Aquel fue el mayor regalo de su abuelo, la idea de que siempre contaría con un sitio en el que poder sentarse, su sitio.

Se sentó y se apoyó en el viejo roble, acordándose de cuando su cuerpo era demasiado pequeño para abarcar la dimensión del tronco. Ahora sus hombros lo rebasaban por ambos lados. Estiró las piernas. Con la espalda curvada contra la corteza, el roble se le amoldó como una camisa vieja. Presionó la tierra blanda con las manos.

Había manipulado la escena de un crimen y dejado pruebas falsas. Había permitido que cuatro homicidas se fuesen de rositas. En menos de una semana se había convertido en el peor sheriff de la historia del condado, puede incluso que de todo el estado. Los cerros eran como un nudo corredizo: cuanto más forcejeabas, más te apretaban. Se percató de que no le importaba. Él tenía su sitio. Cerró los ojos y escuchó a los pájaros.

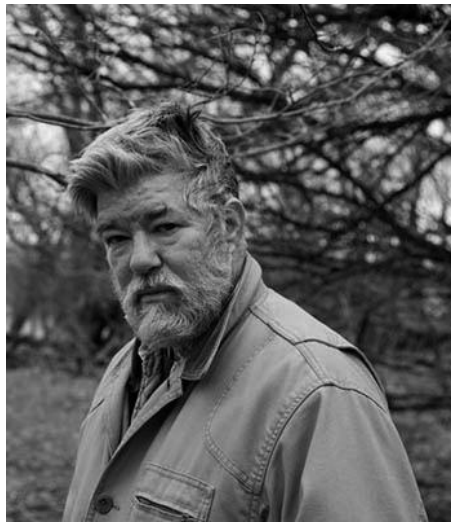
Agradecimientos

Por la historia local de Sharkey, Kentucky, les doy las gracias a mis viejos amigos Mark Eldridge, Mona Eldridge y Michael Campbell. También quiero agradecérselo a un nuevo amigo, el doctor Benjamín Fitzpatrick, profesor de Historia en la Universidad Estatal de Morehead.

Por el asesoramiento médico sobre heridas de bala le estoy profundamente agradecido a la doctora Jean Gispen, la mejor que he conocido en mi vida. Por añadidura, gracias también a sus cuatro hermanos, todos médicos: Greg, Tom, Doug y Steve Guyton.

Por la información militar, vaya mi agradecimiento a Randy Ryan, de la Octogésimo Segunda División Aerotransportada.

Todos y cada uno de los errores son única y exclusivamente míos.



Chris Offutt (1958) pasó su infancia y primera juventud en Haldeman, Kentucky, una población minera de doscientos habitantes que ya no existe. Tras licenciarse en la Universidad de Morehead, recorrió los Estados Unidos a dedo y trabajó en más de cincuenta empleos.

Alumno de James Salter y Frank Conroy en el curso de escritura creativa de la Universidad de Iowa, Chris Offutt debutó en 1992 con el libro de relatos *Kentucky seco*. Es, además, autor de otra colección de relatos (*Lejos del bosque*), de tres obras autobiográficas y de cinco novelas.

Ha escrito guiones de las series *Treme, True Blood* y *Weeds*.

Notas

[1] El nombramiento más importante que otorga la Commonwealth de Kentucky a las personas más notables y respetadas del estado, por sus contribuciones a la comunidad. El más célebre fue y sigue siendo el Coronel Sanders, fundador de la cadena de restaurantes Kentucky Fried Chicken. (*Todas las notas son del traductor*). < <

[2] Personaje creado por el escritor Edward Stratemeyer en 1930. Joven detective aficionada que, desde su aparición, tuvo un fuerte impacto cultural en Estados Unidos. < <

[3] La mofeta francesa de dibujos animados creada por Chuck Jones para la serie de Warner Bros *Looney Tunes*. < <

[4] En castellano en el original, lo mismo que los siguientes parlamentos en cursiva. < <

[5] Establecida por siglos de jurisprudencia, se basa en la idea de que la residencia de una persona es su castillo y que, por tanto, tiene derecho a protegerse mientras lo habita. < <

[6] «Put the pedal to the metal and let it roar», verso de la canción «The White Night», de Cledus Maggard & The Citizen's Band. < <

[7] En los llamados Códigos 10 utilizados por los cuerpos de policía y las transmisiones de banda ciudadana equivale a: mensaje recibido, OK, afirmativo o comprendido. < <

[8] En Australia, donde casi pueden considerarse parte esencial de la indumentaria, a las «flip-flops», chancletas, se las llama, en efecto, «thongs», que para los estadounidenses son tangas. < <

[9] Nombre con el que se conoce el éxodo de los habitantes de la zona de los Apalaches desde su región a las ciudades industriales de los estados del norte, medio oeste y oeste, sobre todo en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, en busca de trabajos mejor pagados y mayor calidad de vida. Aquí se refiere a la ruta que tomaban. < <

[10] Así suele describirse el reclamo distintivo de ocho o nueve notas que emiten los cárabos. En la traducción se pierde el soniquete: «¿Quién cocina para ti? ¿Quién cocina para todos?». < <